

VIDA DE HIPACIO CALÍNICO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
RAMÓN TEJA

EDITORIAL TROTTA



Vida de Hipacio

Vida de Hipacio

Calínico

Introducción, traducción y notas de
Ramón Teja

E D I T O R I A L T R O T T A

COLECCIÓN ESTRUCTURASY PROCESOS

Serie Religión - Colección de Vidas

Dirigida por Ramón Teja

© Editorial Trotta, S.A., 2009
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
<http://www.trotta.es>

© Ramón Teja, 2009

ISBN: 978-84-9879-035-1
Depósito Legal: S. 385-2009

Impresión
Gráficas Varona, S.A.

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
1. Hipacio, <i>higoúmeno</i> del monasterio de Rufiniana	9
2. El autor de la <i>Vida de Hipacio</i>	11
3. El lugar de «Rufiniana»	13
4. Hipacio y el monacato de Constantinopla	14
5. La actividad de Hipacio como <i>higoúmeno</i> del monasterio	19
6. Carismas sobrenaturales de Hipacio y labor de cristianización ..	21
7. Lengua, estilo y género literario	24
8. Ediciones y traducciones	27
9. Bibliografía	28

LA VIDA DE NUESTRO SANTO PADRE HIPACIO DE RUFINIANA

<i>Dedicatoria del editor a Eutiques</i>	33
<i>Prólogo del autor</i>	35
1. Hipacio, nacido en Frigia, huye de casa de sus padres a Tracia ..	37
2. En Tracia trabaja como pastor y después ingresa como lector en una iglesia rural	38
3. El eremita Jonás toma a Hipacio como compañero y fundan un monasterio en Tracia	38
4. Hipacio se dedica al cuidado de los enfermos	39
5. Disciplinas y mortificaciones de Hipacio. Su lucha contra la concupiscencia juvenil	41
6. Ataque de los bárbaros contra el monasterio. Jonás se refugia en Constantinopla	42
7. El padre de Hipacio visita a su hijo y ambos acuden a Constantinopla	42
8. Hipacio se instala en Rufiniana en compañía de dos hermanos ..	43
9. Hipacio rompe con Timoteo y vuelve al monasterio de Jonás en Tracia	44
10. Hipacio cura a Jonás, se reconcilia con Timoteo y vuelve a Rufiniana como abad	45
11. Relaciones entre Isaac de Constantinopla e Hipacio. Preocupación de san Juan Crisóstomo por los monjes	46

12. La vida en Rufiniana. El caso del cubiculario Urbicio	47
13. Disciplinas de Hipacio durante la cuaresma. Ordenado sacerdote, celebra la liturgia	48
14. Don de clarividencia de Hipacio	49
15. Curación de Alcimo y diálogo con el diablo	49
16. Visita y muerte de Jonás. Una anécdota de Hipacio	50
17. Pobreza de Hipacio en la etapa inicial de Rufiniana	51
18. Aumenta el número de hermanos. El joven Benjamín ofrece su vida por Hipacio	51
19. Descubre una fuente a raíz de una visión	52
20. Multiplicación milagrosa del trigo distribuido a los pobres	52
21. Hipacio y los esclavos del excónsul Monaxio	53
22. Preocupación de Hipacio por los pobres y curaciones milagrosas	54
23. Grave enfermedad de Hipacio	55
24. Enseñanzas espirituales y ascéticas de Hipacio	56
25. Conclusión sobre las enseñanzas de Hipacio	65
26. Régimen alimenticio de Hipacio	66
27. La compunción de Hipacio. Su actitud con los discípulos y los visitantes	66
28. Las luchas de Hipacio contra los demonios y los magos paganos	67
29. Diversos carismas de Hipacio	71
30. Celo apostólico de Hipacio	71
31. Generosidad de Hipacio con los pobres	72
32. Hipacio predice la condena de Nestorio en el Concilio de Éfeso	73
33. Oposición de Hipacio a los Juegos Olímpicos de Calcedonia	75
34. Desapego de Hipacio de los bienes del mundo	76
35. El bautismo de tres scholastikos	77
36. Fama y popularidad de Hipacio	78
37. El emperador Teodosio II y sus hermanas visitan a Hipacio	78
38. Milagros realizados por Hipacio gracias a sus eulogías	79
39. Reprobación de Nestorio y confesión de fe ortodoxa	80
40. Curaciones de endemoniados y otros milagros	80
41. Hipacio y el archimandrita Alejandro el Acemeta	83
42. Orgullo y desgracia del monje Macario, antiguo mago	84
43. La lucha de Hipacio contra las prácticas mágicas	87
44. Algunos milagros de Hipacio	88
45. Hipacio anula los efectos mágicos de la diosa Artemis	91
46. Hipacio sale indemne de una tormenta	92
47. Se debe creer en los milagros de Hipacio	92
48. Más enseñanzas de Hipacio	93
49. El asceta Zenón va a morir a Rufiniana	96
50. Predicción por Hipacio de su muerte y últimos consejos	96
51. Muerte y sepultura de Hipacio	97
52. Calamidades e invasión de los Hunos profetizadas por Hipacio	98
53. La hermana de Hipacio renuncia al mundo	99
54. Visita el monasterio un amigo del asceta Zenón	99
55. Policronio se hace monje	100
56. El monasterio de Rufiniana sigue fiel a Hipacio	100

INTRODUCCIÓN

1. HIPACIO, HIGOÚMENO DEL MONASTERIO DE RUFINIANA

De Hipacio de Rufiniana sólo conocemos los datos biográficos que nos ofrece la *Vida* que presentamos. Había nacido en Frigia, en la parte oriental de Asia Menor, hacia el año 366, en el seno de una familia acomodada y, al parecer, cristiana. Su padre es calificado como *scholastikos* que hay que interpretar, más que como abogado, como hombre de cultura. Y fue con su propio padre con quien aprendió las primeras letras. Frigia había sido durante toda la Antigüedad un foco de culturas y religiones diversas donde el cristianismo se había implantado pronto, desde finales del siglo I. Allí surgió y se desarrolló, a mediados del siglo II, uno de los movimientos heréticos más activos de la época y que más influyó en el desarrollo del cristianismo de los primeros siglos: el montanismo, que toma su nombre de Montano, fundador de una iglesia de tipo profético. Montano se presentó ante sus seguidores como un profeta enviado a la tierra por el Paráclito o Espíritu Santo que pretendía completar la revelación de la doctrina que se había iniciado con Cristo y los Apóstoles. Aunque condenado por las otras iglesias, el movimiento tuvo una gran aceptación y numerosos seguidores entre los que destacan dos discípulas del propio Montano, Maximila y Priscila que completaron la revelación profética del maestro. El montanismo fue una de las herejías más influyentes del siglo II y sus adeptos se extendieron también al Occidente, especialmente a Roma y Cartago donde se adhirió a la nueva iglesia un personaje tan importante como Tertuliano, el primer escritor y teólogo cristiano en lengua latina. Los seguidores del montanismo pervivieron, aunque en número cada vez menor, hasta los siglos VI y VII en que terminarán por desaparecer perseguidos, como todos los herejes, por la iglesia oficial con el apoyo político del Estado romano a partir del siglo IV.

Si hemos hecho este excursus sobre el montanismo es porque el autor de la *Vida* dice que cuando nació Hipacio apenas había iglesias en

Frigia, lo cual debe de ser una deformación literaria de la realidad, quizá para resaltar el carácter extraordinario de la atracción del joven por la vida religiosa o para obviar la estrecha asociación que existía entre Frigia y la herejía montanista.

A los dieciocho años abandonó la casa de sus padres después de haber sentido la llamada de Dios durante la lectura del evangelio en la iglesia y emprendió una curiosa aventura: se unió a un grupo de mercaderes con los que llegó hasta Tracia en la zona europea próxima a Constantinopla. Aquí trabajó primero como pastor y después entró al servicio de un clérigo local como cantor de la iglesia. Dos años después se unió a un monje del lugar, un armenio de nombre Jonás, que había abandonado su profesión de soldado en la Corte imperial de Constantinopla en época de Arcadio (395-408) para llevar vida de eremita. Éste reunió un grupo de discípulos y fundó un monasterio en la localidad de Halmirissos, donde Hipacio comenzó a iniciarse en la vida monástica.

Hacia el año 400, cuando Hipacio tenía unos treinta años, inició una nueva etapa como fundador monástico que marcará su vida hasta su muerte. Sin que nos digan los motivos, abandonó el monasterio de Jonás y, en compañía de dos hermanos cruzó a la parte asiática del Bósforo estableciéndose en las ruinas de un antiguo monasterio conocido como Rufiniana, cerca de la ciudad de Calcedonia. Después de unos desencuentros con su compañero Timoteo que provocaron la vuelta de Hipacio junto a Jonás, en 406 vuelve a Rufiniana y se entrega a la reconstrucción del edificio. El número de monjes que acuden al nuevo monasterio va creciendo e Hipacio es elegido *higoúmeno* o superior de la comunidad. En un momento dado, cuya fecha desconocemos, fue ordenado presbítero, contra su voluntad, por el obispo de Calcedonia Filoteo, consolidando así su liderazgo al frente de la nueva comunidad. La mayor parte de la *Vida* está dedicada a describir la actividad de Hipacio como asceta, fundador e *higoúmeno*, sus dotes taumatúrgicas y proféticas, y sus enseñanzas espirituales. Su fama e influencia se extendió a Constantinopla y a partir de 436 en que murió Dalmacio, que era considerado el padre de los monasterios de Constantinopla, Hipacio ocupó este liderazgo, no tanto jerárquico, pues cada monasterio era independiente, como moral.

Hipacio demostró durante su larga vida al frente del monasterio una gran independencia respecto a los obispos de Calcedonia, en especial con Eulalio, y se enfrentó desde el primer momento con el obispo de Constantinopla, Nestorio, nombrado en 427 y que fue condenado y desterrado como hereje en el concilio de Éfeso (431). La misma libertad de acción pondrá de manifiesto frente a las más altas autoridades de la Corte de Constantinopla, con choques frecuentes por motivos político-religiosos, aunque disfrutará del aprecio y admiración del piadoso

emperador Teodosio II, cuyo largo reinado (405-450) coincidió con la estancia de Hipacio en Rufiniana y de sus hermanas las emperatrices que acudían a visitarle y solicitar su bendición.

Hipacio murió en 446 a los ochenta años de edad y, como es frecuente en este tipo de narraciones hagiográficas, su muerte vino precedida de una serie de profecías y augurios sobre las calamidades que iban a sobrevenir al Imperio romano, entre ellas las invasiones de los hunos. Parece que dejó escritas una serie de admoniciones y enseñanzas a sus discípulos que el autor de la *Vida* pone en su boca insertadas en la narración de sus acciones y milagros.

2. EL AUTOR DE LA VIDA DE HIPACIO

El nombre del autor de la *Vida* es problemático pues no figura en la narración ni en los manuscritos que nos han transmitido la obra. Pero la *Vida* sí nos proporciona algunos datos sobre él: en el capítulo 25, 1 se nos dice que era discípulo de Hipacio en el monasterio de Rufiniana, y por el capítulo 23, 1 podemos deducir que formaba ya parte de la comunidad en 426 pues se presenta como testigo de una grave enfermedad que sufrió Hipacio cuando tenía sesenta años. Pero en el prefacio con que un antiguo editor desconocido presenta la obra, éste dice que su nombre era Calínico y discípulo de Hipacio (Prefacio 2). Añade el editor que, a su muerte, Calínico había legado su obra, sin publicar, al segundo sucesor de Hipacio al frente de Rufiniana. El desconocido editor dice que habiendo pasado casualmente por el monasterio tuvo conocimiento de la obra y se dispuso a publicarla (Pref. 3). También nos dice el editor que, al proceder a la publicación de la obra, se ha limitado a hacer ciertas modificaciones lingüísticas porque el original ofrecía peculiaridades ortográficas propias de los sirios de lo que se deduce que Calínico sería originario de Siria (Pref. 6), lo que no resulta extraño pues sabemos que los monjes sirios fueron numerosos en los monasterios fundados en la zona de Constantinopla en la primera mitad del siglo v.

La credibilidad del desconocido editor levanta sospechas pues este tipo de ficciones literarias en que se atribuye una obra a otro autor con más autoridad por haber conocido y tratado al personaje biografiado eran frecuentes en la literatura hagiográfica. Pero no hay razones convincentes para negar la autoría al sirio Calínico, discípulo de Hipacio. Si es así, la obra habría sido escrita pocos años después de la muerte de Hipacio en 446, lo que se confirmaría por la exactitud de la datación de algunos acontecimientos que tuvieron lugar tras la muerte del santo monje: una enorme granizada a los treinta días (cap. 51, 1), las incur-

siones de los hunos seis meses después (*ibid.* 3), la llegada al monasterio del monje Macario, enfermo, al cabo de un año (cap. 42, 27). Otros datos de la *Vida* avalan esta hipótesis: el ilustre personaje Antioco, protector de los monjes de Rufiniana, y que solicitó al autor redactar por escrito la *Vida de Hipacio* está aún en vida (cap. 42, 27); en el capítulo 52, 8 se nos dice que Tracia aún no se ha recuperado de las razias de los hunos y que la iglesia de San Alejandro había sido fortificada a raíz de ello (*ibid.* 7). Además, todas las informaciones que proporciona sobre numerosos magistrados y altos funcionarios de la época, están confirmados por otras fuentes, lo que reafirma el valor histórico de la obra y la inmediatez de su composición. Por todos estos motivos, ya los primeros editores modernos propusieron una fecha, entre 447-450, para la redacción de la obra, fecha que ha sido mantenida después por todos los especialistas. A estos argumentos aducidos por la crítica tradicional nos atrevemos a sugerir otro que no ha sido tenido en cuenta por los estudiosos que nos han precedido. Calínico inserta un pasaje que se comprende bien en el ambiente que existía en los medios eclesiásticos y monásticos de Constantinopla de la década entre 440-451. Después de haber expuesto en el capítulo 32 la oposición radical de Hipacio a Nestorio, en el capítulo 39 dice que, tiempo después de que Nestorio hubiese sido enviado al exilio, dignatarios, clérigos y ascetas venían con frecuencia a preguntar al santo monje si pensaba que era posible que Nestorio volviese a Constantinopla. Sabemos, en efecto, por numerosas fuentes que en estos años se hablaba intensamente de esta posibilidad y el tema surgió de una forma polémica en las discusiones del segundo concilio de Éfeso de 449, más conocido como «latrocinio». Ello demuestra que en 449 vivía aún Nestorio, pero debía de haber muerto antes del concilio de Calcedonia de 451, pues en los debates y discusiones de este concilio nunca se vuelve a hablar del asunto. Los pasajes que Calínico dedica a poner de manifiesto la oposición radical de Hipacio a Nestorio tienen un claro carácter propagandístico y apologético antinestoriano sobre un tema que era de enorme actualidad cuando Nestorio aún vivía, pero que perdió su razón de ser una vez fallecido éste. Por ello pensamos que la inserción de esta noticia por el autor de la *Vida* encuentra su plena justificación si ésta fue escrita antes de la muerte de Nestorio que debió de producirse hacia el año 450.

Se ha especulado también sobre si el propio Calínico habría sido el segundo *higoúmeno* del monasterio después de Hipacio, pues en su Prefacio el editor dice que Calínico, el autor de la *Vida*, había legado su obra al tercer *higoúmeno*. La hipótesis de que este segundo *higoúmeno*, cuyo nombre no se menciona, fuese el propio Calínico, que lo silenciaría por humildad, es seductora pero no es posible confirmarla. También se ha especulado que Calínico, antes de entrar en el monasterio, fuese

un *notarius* de un abogado (*scholastikos*) de acuerdo con la información contenida en el capítulo 35, 16 y la familiaridad que demuestra con el lenguaje administrativo de la época. En cualquier caso, su estilo literario es muy simple y espontáneo e ignora los recursos retóricos propios de los escritores de la época. Tampoco es muy amplia su cultura que se limita a un buen conocimiento de la Biblia, algo que era propio de todos los monjes de la época que no eran analfabetos.

3. EL LUGAR DE «RUFINIANA»

El lugar conocido como Rufiniana que Hipacio eligió para fundar su monasterio nos es muy bien conocido¹. Se trata de un gran conjunto arquitectónico formado por un palacio, una iglesia y un monasterio que había sido construido por Flavio Rufino, el todopoderoso cónsul (392) y después prefecto del pretorio de Oriente (392-395), de origen galo, y de quien tomó el nombre de Rufiniana. Estaba situado a una legua de la ciudad de Calcedonia, en la ribera asiática del Bósforo, y no lejos del mar. La iglesia estaba dedicada a los apóstoles Pedro y Pablo, pues en ella se habían instalado reliquias de los dos Apóstoles traídas desde Roma, lo que justifica el nombre de *martyrion* que se le da en la *Vida* y en otras fuentes y *apostoleion* o «iglesia de los Apóstoles». Fue consagrada en 395 y ese mismo día Rufino recibió en ella el bautismo y allí instaló su propio mausoleo. El palacio era una lujosa construcción concebida como residencia de descanso para el propio Rufino. El tercer elemento era un monasterio donde Rufino instaló monjes pacomianos que hizo venir desde Egipto. Tenía una estructura muy simple: un patio con celdas en los cuatro lados y una capilla u oratorio (*eukterion*).

En el mismo año de la inauguración (395) Rufino cayó en desgracia víctima de intrigas cortesanas y Arcadio, hijo de Teodosio, que actuaba de regente en Constantinopla mientras su padre se encontraba en Occidente, le condenó a muerte. Sus propiedades fueron confiscadas y el monasterio quedó en el abandono pues los monjes egipcios volvieron a su país en 396, no así el palacio que es mencionado en el capítulo 37, 3 como residencia temporal de las emperatrices teodosianas. Fue poco después, en 400, cuando Hipacio y sus compañeros se instalaron en el monasterio abandonado, sin que sepamos si fue por propia iniciativa o a invitación de alguien, posiblemente Juan Crisóstomo, que era entonces obispo de Constantinopla.

1. Fue objeto de varios estudios a comienzos del siglo XX por parte de J. Pargoire («Rufinianos»: *Byzantinische Zeitschrift* 11 [1902], pp. 333-357) y R. Janin («La banlieue asiatique de Constantinople IV Rufinianos»: *Échos d'Orient* 22 [1923], pp. 182-190).

El lugar elegido por Rufino era conocido como *Drys*, «la Encina», y se hizo famoso en 403, pues en la iglesia de los Apóstoles se reunió el sínodo conocido como «de la Encina» que, presidido por el poderoso e intrigante obispo Teófilo de Alejandría, condenó y depuso a Juan Crisóstomo. Parece que Hipacio y sus compañeros permanecieron fieles al obispo depuesto atrayéndose la hostilidad de su sucesor y de los altos funcionarios de la Corte. Ello explicaría las dificultades que en los primeros años tuvo Hipacio para rehabilitar el edificio y la indigencia en que vivieron. La rehabilitación parece que no se culminó hasta el 434 gracias a la generosidad del *cubicularius* de la Corte imperial, Urbicio (cap. 12, 12). En los primeros años, Hipacio no era presbítero por lo que los monjes asistían en la iglesia de los Apóstoles a la liturgia dominical celebrada por clérigos designados por el obispo de Calcedonia. Una vez ordenado presbítero, era el propio Hipacio quien celebraba allí la liturgia para los monjes y los fieles del lugar (cap. 29, 1). La persona de Hipacio quedó tan vinculada con el monasterio por él fundado que fuentes posteriores lo denominan «monasterio del santo Hipacio» y el monje recibió el apelativo «de Rufiniana».

4. HIPACIO Y EL MONACATO DE CONSTANTINOPLA

La época en que vivió Hipacio coincidió con la eclosión del monacato en Constantinopla y su zona de influencia, especialmente Asia Menor². Se trató de un fenómeno tardío respecto a otras regiones orientales como Egipto, Palestina y Siria donde se había iniciado con medio siglo de antelación, pero, aunque tardío, se manifestó con una pujanza enorme especialmente en la capital del Imperio. Las primeras fundaciones monásticas en Constantinopla habían tenido un carácter herético, obra de personajes como Macedonio y Maratonio en época del emperador Constancio II como bien señala Sozomeno en su *Historia eclesiástica*. Pero estos orígenes arrianos del monacato de la capital del Imperio fueron silenciados por las fuentes posteriores, especialmente las hagiográficas. El propio Calínico, y en concordancia con otras fuentes, presenta como iniciador y primer fundador de monasterios en Constantinopla en 381 al monje Isaac a quien sucedió su discípulo Dalmacio. Después la *Vida* pretende presentar a Hipacio como sucesor de éste en el papel de «padre de los monjes de Constantinopla». Mientras vivió Hipacio, el número de los monjes del monasterio por él fundado no fue

2. El tema ha sido objeto de un importante estudio, al que debemos mucha de la información de este apartado, de G. Dagron, «Les moines et la ville: le monachisme à Constantinople jusqu'au concile de Calcedoine (451)»: *Travaux et Mémoires* 4 (1970), pp. 229-276.

muy elevado, pues parece que a su muerte no superaba los cincuenta (caps. 18, 2; 51, 6). En ese momento existían ya varios monasterios en Constantinopla o en su área de influencia, controlada en cierto modo por Isaac y que contaban con no menos de ciento cincuenta monjes cada uno (cap. 11, 1) y, a quince millas de Rufiniana, floreció el famoso monasterio de los Acemetas, monjes de origen sirio, que llegó a acoger trescientos monjes. Se ha calculado que a mediados del siglo V, cuando muere Hipacio, en la región de Constantinopla debía haber entre diez mil y quince mil monjes, número importante, aunque muy inferior al de otras regiones como Egipto o Palestina.

Calínico pasa en silencio sobre las relaciones que Hipacio tuvo con los líderes monásticos de la capital y sólo hace alusiones muy genéricas al prestigio de que Hipacio disfrutaba y al hecho de que, a la muerte de Dalmacio, ocupó el lugar de éste como «padre de los monjes». G. Dagron ha puesto de relieve que Calínico presenta a Jonás e Hipacio como «dobletes invertidos» de la pareja Isaac y Dalmacio. Este silencio puede obedecer al deseo de no implicar a su «héroe» en los conflictos y enfrentamientos en que Isaac y Dalmacio se vieron implicados con las autoridades eclesiásticas, en especial con Juan Crisóstomo y por su protagonismo en las revueltas sociales de la Capital del Imperio. El movimiento monástico en Constantinopla durante la primera mitad del siglo V se caracterizó por la tendencia a rechazar todo control dentro y fuera de los monasterios y por su enfrentamiento permanente con la jerarquía eclesiástica. Juan Crisóstomo se esforzó durante su episcopado (397-404) por cortar con los abusos y escándalos a que daban lugar estos monjes «urbanos» y someterlos al control del obispo. El resultado fue que el «santo» Isaac, según sus hagiógrafos, o el «pseudo monje» Isaac, según sus detractores, fue uno de los principales acusadores de Juan Crisóstomo en el sínodo de «la Encina» en que éste fue condenado. Años después, cuando estallaron las grandes disputas cristológicas que trataron de ser solventadas en los concilios ecuménicos del siglo V, los monjes de Constantinopla tuvieron un enorme protagonismo como elemento de presión entre el pueblo y ante la corte, siempre en contra de los obispos de la ciudad: con motivo del concilio de Éfeso (431) que culminó con la condena y deposición del obispo de Constantinopla Nestorio, Dalmacio fue uno de sus principales acusadores antes del concilio y después de éste movilizó al pueblo y presionó al emperador Teodosio II para que ratificase su condena como hereje y su deposición. Con motivo del segundo concilio de Éfeso (449), más conocido como «latrocinio» o «conciliábulo» de Éfeso, el protagonismo lo desempeñó el monje Eutiques en contra de su obispo Flaviano. Los monjes, pues, fueron unos elementos siempre díscolos que se movían entre la revuelta y la herejía y que ejercieron un enorme poder gracias a su ascendiente

entre el pueblo por sus acciones caritativas y por la admiración que tenía por ellos el piadoso e ingenuo emperador Teodosio II que incluso parece que ofreció la sede episcopal de la capital al propio Dalmacio tras la deposición de Nestorio. Se explica así que, superada la primera fase de los conflictos cristológicos en el concilio de Calcedonia (451), se dictasen una serie de disposiciones que pretendían integrar a los monjes en el cuerpo social de la Iglesia sometiéndoles al control de los obispos y asimilando la desobediencia y la indisciplina a los intentos de subversión social (concilio Calcedonia, cánones 4, 8, 18).

Sobre este trasfondo socio-religioso hay que explicar algunos silencios de Calínico y algunos de los méritos que atribuye al santo Hipacio. Así resulta sorprendente el capítulo 11 de la *Vida* en donde se ensalza por igual la figura del monje Isaac y la del obispo Juan Crisóstomo, a pesar del enfrentamiento permanente que hubo entre ellos y que, como hemos dicho, Isaac fue uno de los principales responsables de la condena de Juan en el concilio de «la Encina» de 403 que precisamente tuvo lugar en la iglesia de los Apóstoles, anexa al monasterio de Hipacio. Ello explicaría también el extraño silencio de Calínico sobre este concilio del que debió de ser testigo el propio Hipacio.

Pero se explican también los enfrentamientos de Hipacio con sus superiores jerárquicos, los obispos. En esta época era una idea y un sentimiento muy difundido entre los monjes el rechazo del sacerdocio, por motivos de humildad y porque pensaban que el ejercicio de las funciones clericales alejaban al monje de su cometido principal que era la oración y la meditación. A la vida activa, oponían la vida contemplativa. Pero, en el fondo, lo que estaba en juego era la idea de que el carisma del monje era un don divino superior al del sacerdocio. Muchos monjes se presentaban como guías y maestros de los obispos y su celo fanático les empujaba a convertirse en guardianes de la ortodoxia frente a la herejía a la que consideraban propensos a los obispos. En esta época la única «vocación» era la monástica: la división entre monjes y clero se presenta tan radical como entre clero y laicos y los monjes tendían a identificar las autoridades de la Iglesia con las del Estado. Hipacio compartía esta actitud y estos sentimientos. No sólo dice Calínico que Hipacio se vio obligado a aceptar la ordenación sacerdotal «contra su voluntad», algo que era un lugar común de la hagiografía monástica, sino que en diversas ocasiones se enfrentó abiertamente contra sus superiores eclesiásticos, el obispo Eulalio de Nicomedia y Nestorio de Constantinopla. Se enfrentó con Eulalio por la celebración de los Juegos Olímpicos en Calcedonia y con este motivo movilizó a los monjes de su monasterio y de otros vecinos, seguramente de Constantinopla, provocando un altercado de orden público que obligó al prefecto de la capital a renunciar a su celebración (cap. 33). Hipacio actúa aquí con el mismo fanatismo que los líderes

monásticos de Constantinopla, que no tenían escrúpulos en soliviantar a los monjes y a las masas del pueblo contra las autoridades políticas y eclesiásticas. Fueron sin duda razones de este tipo las que llevaron a las autoridades de la capital a mandar al exilio al sirio Alejandro «el Acemeta» y a sus monjes, porque «llevado de su celo extremo, reprendía a los magistrados». Hipacio, por su parte, no tuvo reparos en enfrentarse a las autoridades y a su obispo Eulalio acogiendo en Rufiniana a estos «acemetas» camino del exilio (cap. 41). Alejandro «el Acemeta» había fundado en Siria una comunidad de monjes errantes y vagabundos que provocaron en Antioquía desórdenes públicos por lo que fueron expulsados por las autoridades civiles y eclesiásticas. Hacia el año 425 se estableció en Constantinopla con veinticuatro hermanos, donde instauró la práctica de la *laus perennis*, es decir, la plegaria permanente durante las veinticuatro horas del día, lo que le provocó admiración y celos hasta el punto que se dice que hasta trescientos monjes desertaron de sus monasterios para unirse al de Alejandro. Fue denunciado por el pueblo como herético y expulsado de forma brutal posiblemente en aplicación de una ley de 30 mayo de 428 (C. Th. XVI, 5, 65). Hipacio tampoco tuvo reparos en enfrentarse a su obispo Eulalio de Calcedonia y al pueblo acogéndolos en su monasterio, pero finalmente se encontró una salida a la situación gracias a la mediación de la emperatriz Pulqueria³.

Si estas actitudes son suficientemente representativas de por qué los monjes podían ser considerados un peligro social y fuente de desórdenes públicos, mucho más grave es la postura que Calínico ensalza atribuyendo a Hipacio un carácter profético y providencial frente a Nestorio. Nestorio era un piadoso monje de Antioquía, famoso por su oratoria y su obsesión contra las herejías, en quien se fijó Teodosio II para hacerle obispo de Constantinopla en 427, sin duda porque veía en él a un nuevo Juan Crisóstomo, también antioqueno y gran orador. Ello provocó la reacción del poderoso y ambicioso obispo de Alejandría, Cirilo, que se propuso acabar con él como había hecho antes su tío y antecesor Teófilo con Juan Crisóstomo. Desde que Nestorio tomó posesión de la sede episcopal de la capital, Cirilo inició una intensa campaña de desprestigio contra Nestorio acusándole de negar la divinidad de Cristo y se atrajo el apoyo de la mayoría de los monjes de la ciudad encabezados por Dalmacio. Cirilo logró la condena de Nestorio en el concilio de Éfeso (431) recurriendo a todo tipo de presiones y sobornos. Ante las dudas del emperador para ratificar la condena, de nuevo Cirilo movilizó a los monjes de Constantinopla con su líder Dalmacio a la cabeza hasta que logró su objetivo: la deposición y envió al exilio de

3. Alejandro fue objeto de una *Vida* anónima editada por E. de Stoop en *Patrologia Orientalis* VI, pp. 658-702.

Nestorio. En los años siguientes se produjo una gran fractura en la cristiandad oriental entre los obispos que defendían a Nestorio y los que apoyaron su condena, pero la gran mayoría de los monjes de Oriente se pasaron al bando antinestoriano. Éste fue también el caso de Hipacio de quien dice Calínico que se enfrentó con Nestorio antes incluso de que fuese consagrado obispo: cuando se dirigía de Antioquía a Constantinopla para tomar posesión, dice que hizo escala en Rufiniana e Hipacio se negó a recibirle y comenzó a proclamar que era un hereje. Calínico justifica esta actitud como consecuencia de una visión divina de carácter profético en la que no sólo Dios le habría revelado el pensamiento herético de Nestorio, sino también su condena en Éfeso tres años y medio después. Una condena a la que incluso se habría adelantado el propio Hipacio retirando el nombre de Nestorio de los dípticos de su iglesia, provocando con ello un nuevo enfrentamiento con su obispo Eulalio (caps. 32 y 39). Toda la narración del enfrentamiento de Hipacio con Nestorio es, evidentemente, un ejemplo típico de profecía *post eventum* tan frecuente en la literatura hagiográfica. Pero la narración de Calínico refleja muy bien la oposición de los monjes a los obispos por considerarse portadores de carismas que éstos últimos no poseían y la triste memoria con que Nestorio pasó a la historia como encarnación de la herejía: «predecesor del Anticristo» le denomina Hipacio en el capítulo 39, 3, a pesar de que su pensamiento teológico fue perfectamente ortodoxo. El protagonismo en la condena y denigración de Nestorio lo desempeñaron los monjes hábilmente manipulados en su fanatismo religioso por obispos sin escrúpulos como Cirilo de Alejandría.

La *Vida de Hipacio* constituye una fuente privilegiada para el conocimiento del monacato constantinopolitano en el siglo V pues, aunque disponemos de abundantes noticias aisladas de sus principales líderes como Isaac y Dalmacio, no poseemos ningún relato hagiográfico de estos personajes y de la vida en los monasterios similar al de Hipacio. Aunque las noticias sobre la formación monástica y la actividad de Hipacio antes de la fundación del monasterio de Rufiniana son escasas, Calínico nos proporciona indicios suficientes de que fue discípulo de Isaac. En el capítulo 11 dice que los numerosos monasterios que surgieron en Constantinopla y sus alrededores los inspeccionaba constantemente Isaac y que también frecuentaba de manera regular el de Rufiniana y exhortaba a Hipacio y le impartía su bendición. Es verosímil, pues, que Hipacio se considerase un discípulo de Isaac y se hubiese inspirado en las reglas o conceptos monásticos de éste. Una vez muerto Isaac en 406, debió de ser cuando Hipacio comenzó a actuar como un *higoúmeno* independiente y es posible que las formas de vida comunitaria que implantó en Rufiniana siguiesen las pautas de las imperantes en los monasterios de Constantinopla, pero que no conocemos. Si Calínico no proporciona más

detalles de esta relación entre maestro y discípulo se debe seguramente al hecho ya mencionado de que Isaac se enfrentó abiertamente con Juan Crisóstomo, al que parece que Hipacio permaneció fiel, lo que generó una situación embarazosa para él y para su biógrafo. Pero es razonable suponer que el modelo de vida monástica imperante en Rufiniana pueda ser aplicado a la mayoría de los monasterios de Constantinopla.

5. LA ACTIVIDAD DE HIPACIO COMO HIGOÚMENO DEL MONASTERIO

La tarea de *higoúmeno* que asumió Hipacio es descrita por Calínico siguiendo un modelo que se había convertido en un lugar común en la literatura hagiográfica de la época: el abad se ve sometido a las contradicciones propias generadas de la «carga» que representa dirigir a una comunidad y las exigencias de la vida contemplativa entregada a la oración. El impulso que llevaba a Hipacio y a todos los monjes a asumir la vida monástica era el rehuir las responsabilidades y preocupaciones del mundo para entregarse exclusivamente a Dios. Calínico resalta con frecuencia los esfuerzos que para un *higoúmeno* como Hipacio suponían el hacer compatible la gestión material y espiritual de una comunidad, la atención a los pobres y necesitados y su deseo de mantener su alma «vigilante y concentrada en Dios» (cap. 48, 41). De ahí proviene la contraposición entre la vida anacorética o contemplativa y la vida cenobítica o en comunidad que caracterizó el movimiento monástico cristiano desde sus orígenes.

Aunque el autor de la *Vida* no nos dice que Hipacio redactase una regla escrita por la que se rigiese la vida del monasterio, nos proporciona una gran riqueza de información que demuestra que ya Hipacio aplicó los principios que había sentado a comienzos del siglo IV el primer legislador monástico, el egipcio Pacomio, y que habían difundido otros legisladores como Basilio de Cesárea. Se trata del principio del *ora et labora* que popularizará en Occidente san Benito de Nursia en su *Regla*, trabajo y oración unidos a una ascesis moderada tendente a dominar las pasiones carnales.

Como fundador monástico, Hipacio es presentado como encarnación del modelo de vida monástica en el que se deben inspirar los miembros de su comunidad. Si las comparamos con las prácticas ascéticas extremas que en esta época predominaban entre otros monjes de Oriente, en especial los de Siria muy bien descritos por Teodoreto en sus *Historias de los monjes de Siria*⁴, Hipacio practicó durante la mayor

4. Publicado dentro de esta misma colección, con traducción, introducción y notas de Ramón Teja (Trotta, Madrid, 2008).

parte de su vida una ascesis más bien moderada y la misma moderación manifiesta en los discursos y consejos a sus monjes que el autor de la *Vida* pone en su boca. Sólo durante sus primeros años, llevado de su entusiasmo juvenil y de su afán por doblegar las pasiones de la carne, se entregó a disciplinas más extremadas: durante su estancia en el monasterio de Halmirissos en Tracia se nos dice que con frecuencia ayunaba durante cinco días seguidos (cap. 5, 1) y que en una ocasión no bebió nada durante cincuenta días, mortificación que fue interrumpida por el *higoúmeno* Jonás obligándole a beber una copa de vino en presencia de toda la comunidad (*ibid.* 8). Sin duda se trató de un acto público para combatir el peligro de orgullo del joven monje pues se nos dice que intentaba poner en práctica unas mortificaciones superiores a las de todos los demás e incluso a las del *higoúmeno* (*ibid.* 12). El orgullo por superar a todos en las exigencias ascéticas es un peligro constante en la doctrina monástica y debió de ser la causa de la rivalidad que provocó poco después de la llegada a Rufiniana el enfrentamiento con Timoteo al que se nos dice «superaba en ascesis, plegarias y humildad» (cap. 8, 9). Hasta qué punto estas rivalidades eran un peligro de la vida en comunidad lo demuestra el caso del monje Macario, cuyos intentos por superar a todos en su ascesis le llevaron a la locura (cap. 42). En su edad madura, Hipacio sólo practicaba estas formas extremas de disciplina durante la Cuaresma: se encerraba en una pequeña celda y recibía por una estrecha abertura su ración de pan cada dos días (caps. 13, 1; 26, 2).

El régimen alimenticio normal de Hipacio y de sus hermanos era similar al de la mayoría de los monjes egipcios y palestinos de la época que habían sentado los principios de la vida monástica. Se trataba de alimentarse con lo imprescindible «para el sostenimiento de la energía que requería la vida en el monasterio» y dominar las pasiones de la carne, a saber, pan, legumbres secas, ensaladas y queso. El vino estaba prohibido en todas las reglas monásticas, salvo en caso de enfermedad, pues se consideraba que producía efectos saludables, por lo que el monasterio tenía un pequeño viñedo para atender estas necesidades. De Hipacio se nos dice que nunca lo bebía (cap. 5, 9) salvo en su vejez y en pequeña cantidad (cap. 26, 1). La comida principal en el monasterio se hacía a la hora nona, las tres de la tarde, pero nada se nos dice de otras comidas.

No parece que Hipacio redactase una regla por escrito, pero la regulación de la vida comunitaria estaba ya tan extendida en Oriente que todos los monasterios se regían por unas normas similares. La jornada se dividía entre el sueño para descansar, el rezo de los oficios y el trabajo manual. Los rezos se hacían siete veces al día en el oratorio del monasterio (cap. 26, 3) y a ellos debían asistir todos los monjes (cap. 42, 6). Las tareas a realizar las distribuía el *higoúmeno* en función de las condiciones físicas de cada monje de forma que todos se

alternasen, cada semana, en el ejercicio de oficios diferentes que debían realizar al tiempo que recitaban los salmos y otras plegarias (cap. 42, 4-6). El trabajo no se limitaba a satisfacer las necesidades materiales de la comunidad, sino que el monasterio generaba también productos agrícolas y artesanales destinados al mercado y a satisfacer las necesidades de los pobres que acudían a él (cap. 18, 1). Aunque la mayoría de los monjes que formaban la comunidad de Rufiniana debían proceder, como era norma entre el monacato de la época, de ambientes rurales y de las capas sociales más bajas, e incluso esclavos, llama la atención que, viviendo Hipacio, ingresó en el monasterio un importante número de personas de orígenes sociales altos y profesionales cualificados como un calígrafo, un ecónomo, un *scrinarius* militar o ex-militar, tres antiguos abogados (*scholastikoi*), el hermano de un conde (*comes*) imperial y otros como el propio Calínico, posiblemente *notarius* de un abogado de Constantinopla. Calínico insiste en repetidas ocasiones en la gran preocupación que Hipacio demostró siempre por la hospitalidad y la caridad hacia los pobres y necesitados, algo que fue característico de los monasterios de Constantinopla y que fue una de las causas principales de la popularidad de que disfrutaban los monjes y de su ascendiente entre las masas populares.

La *Vida* nos ofrece también importantes noticias sobre la liturgia de los monjes. Como era la norma en los monasterios de la época, la liturgia eucarística ocupaba un lugar mucho menos importante que la oración comunitaria y el canto de los salmos. Los monjes de Rufiniana disponían de una capilla u oratorio (*eukterion*) en el propio monasterio y de la vecina iglesia de los Apóstoles (*apostoleion*) que había hecho construir Fl. Rufino y que parece que estaba también al servicio de los fieles de las proximidades. Cuando Hipacio fue ordenado presbítero, se dirigía todos los domingos a ella para celebrar la eucaristía —a excepción quizá de la Cuaresma en que se encerraba— y posiblemente asistían también todos los monjes y los cristianos del lugar pues también hacía uso de la palabra: «corregía a todos tanto con sus acciones como con sus palabras» (cap. 13, 4). Cuando la fama de sus milagros y su vida santa se extendió acudían también a escucharle gentes de Constantinopla (cap. 43, 1). No se nos dice si la eucaristía se celebra los restantes días de la semana en la capilla del monasterio, únicamente sabemos que en ella se reunían los monjes para cantar los siete oficios de las horas (cap. 26, 2).

6. CARISMAS SOBRENATURALES DE HIPACIO Y LABOR DE CRISTIANIZACIÓN

Si Hipacio fue considerado merecedor de una *Vida* como ésta no debió de ser tanto por su condición de fundador monástico como por sus

carismas sobrenaturales manifestados en forma de milagros, exorcismos, curaciones que eran consideradas como fruto de su santidad. Se trata de un elemento imprescindible en toda narración hagiográfica desde que tomó carta de naturaleza en la *Vida de Antonio* escrita por Atanasio de Alejandría. Pero la *Vida de Hipacio* es una de las narraciones hagiográficas que mejor ilustran la concepción del monje como un «hombre divino» cuyos poderes sobrenaturales le sirven para vencer los poderes maléficos del diablo convirtiéndose así en un instrumento privilegiado de cristianización, no sólo de las masas populares, sino también de los elementos más cultos de la sociedad de su época. El diablo (*diabolos*) y el demonio (*daimon* en singular, o *daimones* en plural) están omnipresentes en la *Vida de Hipacio* que lucha contra ellos mediante la oración y con una serie de ritos, gestos, talismanes, especialmente el signo de la cruz, el agua o el aceite bendecidos. El diablo actúa unas veces directamente, estableciéndose coloquios entre él y el santo, otras por medio de magos profesionales, pues el mundo en que se mueve está invadido por la magia e Hipacio es presentado como un mago cristiano que pone de manifiesto un poder superior al de los magos paganos. El diablo es el causante de las enfermedades e Hipacio aparece no sólo como un exorcista capaz de expulsarle del cuerpo de los hombres y animales que están poseídos, sino también como un experto curandero, lo que pone de manifiesto las borrosas fronteras que existían en las mentalidades de la época entre la medicina sagrada y la profana.

Hipacio es presentado en muchos pasajes como un médico cuyos poderes curativos se atribuyen a Dios, pero que demuestra unos conocimientos de medicina natural y popular que no se nos dice dónde y cuándo los había adquirido. Al contrario, se dice que «ignoraba el oficio de médico» (cap. 22, 5). Sus curaciones van acompañadas de plegarias, el signo de la cruz y la unción de los enfermos con aceite u otros gestos de carácter apotropaico, pero también de remedios naturales como cataplasmas, lentejas cocidas, o la fricción con sal de la lengua de los animales. Pero sus poderes curativos no sólo se manifestaban con su presencia física sino también mediante el recurso a objetos y productos tocados o bendecidos por él, es decir, amuletos o talismanes que en el lenguaje cristiano son denominados *eulogiai*, «bendiciones» o «regalos». Estas *eulogias* podían ser utilizadas de las formas más extrañas y sin que el propio monje tuviese conciencia de ello. Así en 38, 1-5 se mezcla con agua una *eulogia* de Hipacio, la aplican sobre el ojo de un esclavo que había sufrido un accidente, lo vendan y al día siguiente el ojo aparece sano. En otra ocasión, se trataba de un establo de los caballos de la posta imperial que se veía atacado por un demonio. Hipacio ordena al propietario rociar las paredes con agua bendecida por él y colgar una

eulogia en el local, tras lo cual el demonio no volvió a provocar la muerte de ningún animal (*ibid.* 10-12).

En su labor cristianizadora Hipacio no rechaza ninguna manifestación de su poder que fuese útil a sus objetivos: no sólo expulsa los demonios de las personas y animales poseídos, sino que también provoca la enfermedad o la muerte de quienes no querían convertirse, lo que recuerda las prácticas de la magia negra. También declaró la guerra a todas las formas de idolatría y en especial al culto de las imágenes de los dioses, pues era creencia compartida por los cristianos que las imágenes eran encarnaciones del diablo con todos sus poderes. Por ello, unas veces en solitario, otras en compañía de sus monjes, llevó a cabo verdaderas cruzadas para destruir ídolos (45, 1-8) o incluso objetos naturales como los árboles considerados morada de los poderes diabólicos, como es el caso de 30, 1 (véase también 2, 1 en su juventud). Resulta muy revelador su enfrentamiento con la diosa Diana Artemis durante la celebración de una fiesta de la diosa (cap. 45). Pero no se trata sólo de combatir prácticas y creencias radicadas en las masas sociales más incultas y desfavorecidas, sino que la fama de Hipacio por su capacidad para combatir los poderes de los magos y hechiceros y la actividad de los *daimones* maléficos estaba ampliamente expandida entre las clases sociales más ricas y cultas de la administración civil y militar de Constantinopla, que acudían a Hipacio después de comprobar el fracaso de las artes mágicas tradicionales. Éste es el caso, entre otros, de un «hombre del mundo» (*kosmikos*) que acudió a Hipacio para que le curase y se vio obligado a reconocer que previamente «una mujer con un cuchillo había hecho encantamientos sobre su úlcera» (cap. 28, 1-6).

Las relaciones entre magia y religión es un tema ampliamente discutido entre los estudiosos modernos. El hecho es que todos los hombres y mujeres de la Antigüedad creían en el poder (*dynamis*) de los magos, brujos, hechiceros, adivinos y en la omnipresencia del diablo y otros seres extrahumanos que influían de forma permanente en la vida de las personas, de los animales e, incluso, de las plantas. Los cristianos de la Antigüedad tardía comenzaron a recurrir a los monjes santos, considerados «hombres divinos» dotados de poderes superiores, para contrarrestar la influencia y la atracción que ejercían sobre las masas de la época sus rivales paganos. En el marco de la rica literatura de vidas de santos de la época, la *Vida de Hipacio* constituye uno de los documentos más valiosos sobre la pervivencia de la magia y sobre la actuación de los monjes como magos benéficos capaces de hacer frente al poder maléfico del demonio. Resulta fácil comprender los efectos que esta literatura hagiográfica tuvo en la cristianización de la sociedad de la época. Pero el resultado fue el paso de las supersticiones tradicionales, ligadas a los cultos y creencias paganas, a una nueva forma de superstición de signo cristiano. Al

convertir a los dioses paganos en demonios y a los santos en sustitutos de los magos, el cristianismo engrosó el mundo con nuevas legiones de demonios y ángeles maléficos y perpetuó en la mente de las gentes la creencia en la existencia real de poderes infernales o celestiales que hasta entonces habían invocado con gran éxito las artes mágicas tradicionales (cap. 28). La lectura de la *Vida de Hipacio* pone muy bien de manifiesto cómo este santo monje se enfrentó a lo largo de su vida a los magos que constantemente aparecen en la narración y su biógrafo se esfuerza por demostrar que sus poderes curativos, adivinatorios y de todo tipo eran muy superiores a los de sus rivales del paganismo.

7. LENGUA, ESTILO Y GÉNERO LITERARIO

Como ya hemos dicho, la lengua y el estilo en que está escrita la obra tiene escaso valor literario. Se trata de la obra de un monje con una cultura elemental, falta de todo refinamiento literario. Aparecen muchas construcciones sintácticas y expresiones descuidadas propias del lenguaje familiar. Su principal fuente de inspiración es la Biblia, sin reminiscencias de los autores clásicos tan frecuentes en otros escritores contemporáneos de obras hagiográficas como es el caso de Teodoreto de Ciro en su *Historia de los monjes de Siria*. El frecuente empleo de las conjunciones *kai* y *gar* hace la narración monótona y reiterativa. Son pocos los vulgarismos que aparecen, pero sí son frecuentes los latinismos, especialmente de términos relacionados con la administración que ya tenían carta de naturaleza en el lenguaje oficial y administrativo de la época, como *praepositos*, *koubikoularios*, *komes*. También resulta evidente la consolidación del lenguaje eclesiástico y monástico con numerosos términos técnicos como *archimandrites* (archimandrita), *higoumenos* (higoúmeno), *oikonomos* (ecónomo), *ostiarios* (portero), *kalogueros* (monje), *adelphotes* (comunidad), *hesychia* (vida contemplativa) y tantos otros.

En cuanto al género literario, nuestra obra constituye una de las más antiguas y bellas narraciones hagiográficas de monjes que se nos han conservado en griego. El modelo vino marcado por la famosa *Vida de Antonio*, escrita un siglo antes (356) por Atanasio de Alejandría. Mucho se ha escrito en el último siglo sobre las influencias literarias en Atanasio de las vidas griegas, desde las *Vidas paralelas* de Plutarco, a las *Vidas* de Apolonio de Tiana, de Pitágoras, de Porfirio, de Plotino y de tantos otros filósofos y «hombres divinos» (*theioi andres*) del paganismo. Es un tema que no podemos entrar a discutir aquí y que se ha reavivado en los últimos años con las discusiones sobre las influencias recíprocas, es decir, que la hagiografía cristiana habría influido a su vez sobre las últimas

biografías de filósofos paganos de los siglos IV y V, como sería el caso de las *Vidas de filósofos y sofistas* de Eunapio de Sardes. Lo que resulta indudable es que la *Vida de Antonio* marcó de una forma definitiva las biografías monásticas cristianas, tanto griegas como latinas, éstas a partir de la *Vida de Martín de Tours*, escrita por Sulpicio Severo y la trilogía de san Jerónimo de las *Vidas de Hilarión, de Pablo y de Malco*.

Las biografías paganas y las cristianas tienen una serie de características comunes, pero hay otras que son propias de los cristianos como la influencia de ciertos personajes bíblicos, en especial los profetas Elías y Elíseo. Aunque en todas las biografías se ensalzan ciertas virtudes que son comunes a los héroes paganos y cristianos, en la hagiografía cristiana aparecen ciertas virtudes que son propias de la ética cristiana, como la humildad, el desprecio de la fama y de la gloria, la obediencia, la mortificación del cuerpo y de las pasiones, etc. Por ello se puede decir que se trata de un género literario nuevo en el que el sello que le imprimió Atanasio de Alejandría fue definitivo. Pero un género que evolucionó con el tiempo y que terminará por empobrecerse al consolidarse una serie de *topoi* o lugares comunes y en el que el elemento taumatúrgico o capacidad para hacer milagros sería cada vez más frecuente y dominante. En la *Vida de Hipacio* se aprecian ya algunos elementos de esta evolución pero pertenece a un período de transición en el que el autor es todavía enormemente creativo desde el punto de vista literario, a pesar de la poca brillantez de su estilo. Esta creatividad y frescura le viene dada a la obra por el hecho de que su autor, llámese Calínico o no, conoció al personaje biografiado y da la sensación de narrar algo vivido por él mismo. Es indudable que conocía la *Vida de Antonio* y que hay pasajes y elementos de la narración que se inspiran en ella, aunque la vida de ambos monjes fue muy diferente, anacoreta Antonio, cenobita y fundador de cenobio Hipacio. También se aprecian influencias e imitaciones de otros autores, en especial de Teodoreto de Ciro cuya *Historia de los monjes de Siria* había sido escrita poco antes, hacia el año 444. Basta comparar el pasaje en que expone la enorme popularidad alcanzada en vida por Hipacio (cap. 36, 7-8) con el pasaje de Teodoreto 21, 11 en que describe la fama de Simeón Estilita. Las *Vidas* siguen un orden cronológico desde el nacimiento y la infancia del personaje hasta su muerte. Pero, al igual que Atanasio, Calínico inserta largos pasajes en forma de discursos y exhortaciones de tipo parenético que interrumpen la narración y que, en el caso de Hipacio, presentan muy poca originalidad, pues son fundamentalmente una acumulación de citas del Antiguo y Nuevo Testamento adaptadas y, a veces, manipuladas para tal fin. En la *Vida de Hipacio* estas exhortaciones ocupan casi una quinta parte de la obra (en especial los larguísima capítulos 24, 27 y 48). También hay unas series de narraciones de milagros que rom-

pen con el orden cronológico: están agrupadas especialmente en los capítulos 22, 28, 38, 40 y 44. Ocupan un lugar importante también las predicciones adivinatorias, algunas cumplidas después de la muerte (cap. 52). La mayor presencia de lo maravilloso, respecto a la *Vida de Antonio*, es propia de la evolución que experimentó pronto el género hagiográfico.

El contexto geográfico y humano en que se desarrolló la *Vida de Hipacio*, en estrecho contacto con la sociedad de su tiempo, es también muy diferente del de Antonio y los eremitas de los desiertos de Egipto, Siria y Palestina. Hipacio dedica una gran parte de su actividad, no sólo a dirigir la vida de la comunidad monástica por él fundada, sino también a la asistencia a los pobres y enfermos, y a la lucha contra las prácticas y creencias paganas, especialmente arraigadas en los ambientes rurales, y contra la magia y los magos en sus diversas manifestaciones. Por sus dotes de curandero y sus enfrentamientos frecuentes con los magos, Hipacio es presentado, como ya hemos señalado, como una especie de mago cristiano que se esfuerza en demostrar su superioridad sobre los paganos. Por todo ello, la obra de Calínico nos ofrece una rica y fresca descripción de la sociedad pagana y cristiana del siglo V en esas regiones de Bitinia y Tracia ribereñas con el Bósforo, incluida la capital Constantinopla. Al igual que otras *Vidas* del siglo V, la de Hipacio nos sitúa en las fronteras entre dos mundos, entre un paganismo que ya no es un rival serio, sino un componente cultural mal asimilado todavía y la nueva fe que explora nuevas formas de expresión y descubre la vía paralela de la historia de Antiguo Testamento. Encontramos en la *Vida de Hipacio* los primeros pasos de un proceso que se desarrollará en la hagiografía bizantina posterior donde los santos populares se distinguirán con dificultad de los curadores y profetas de ocasión creándose una contraposición entre el santo y el mago o echador de suertes, tema que ha sido estudiado por G. Dragon⁵. Un ejemplo paradigmático será el de los santos «locos» como la *Vida de Simeón el Loco* o *La pasión y milagros de Modesto*, arzobispo de Jerusalén, del que se duda entre tres explicaciones sobre su poder para curar los animales: que sea un santo, que sea discípulo de un gran médico, o que sea un mago. Ante las preguntas ¿qué es un santo?, ¿qué es un milagro?, los textos hagiográficos ofrecen un discurso muy uniforme que oculta muchos problemas de fondo en que se enfrentan una cultura pagana todavía viva y un cristianismo mal asimilado.

5. «Le saint, le savant, l'astrologue. Étude de thèmes hagiographiques à travers de quelques recueils de 'Questions et réponses' des V^e-VII^e siècles», en *Hagiographie, cultures et sociétés (IV^e-VII^e)*. Études Augustiniennes, 1981, pp. 143-155.

8. EDICIONES Y TRADUCCIONES

La *editio princeps* de la *Vida de Hipacio* fue obra del bollandista D. Papebro(i)ch (van Papebroek) en las *Acta Sanctorum* de junio, t. III, Amberes, 1701, 308-349. La edición fue hecha sobre el único manuscrito entonces conocido, el *Vaticanus Graecus*, 1667.

En 1895 apareció una nueva edición dedicada a F. Bücheler como homenaje de sus alumnos: *Callinici de Vita Hypatii librum ediderunt seminarii philologorum Bonnensis sodales*, Leipzig, 1895, 3-110, por lo que pasó a ser conocida como la edición de los Sodales de Bonn. Para esta edición se sirvieron de un nuevo manuscrito, el *Parisinus Graecus*, 1488, que equivocadamente consideraron más antiguo que el *Vaticanus*.

La más reciente edición crítica ha sido obra de G. J. M. Bartelink, *Callinicos, Vie d'Hypatios*. Introduction, texto crítico, traducción y notas, Paris, 1971, en la colección «Sources Chrétiennes» n.º 177. La edición está hecha en base a los cuatro manuscritos conocidos, los dos citados más el *Athoniensis Philotheon* 8 y el fragmentario palimpsesto *Vaticanus Graecus* 984.

Anteriormente A. J. Festugière había publicado la primera traducción a una lengua moderna en *Les Moines d'Orient* II. *Les moines de la région de Constantinople. Callinicus, Vie d'Hypatios; Anonime, Vie de Daniel de Stylite*, Paris, 1961. Festugière hizo la traducción sobre la base del texto crítico de los Sodales. La de Bartelink está hecha de una manera independiente, sobre la base del texto de su propia edición crítica. No conocemos otras traducciones a lenguas modernas.

La traducción que aquí ofrecemos es la primera que se hace al español y está basada en la edición de G. J. M. Bartelink. Hemos consultado su traducción al francés y la de A. J. Festugière, aunque son frecuentes las ocasiones en que hemos discrepado de uno u otro, siempre basándose en el texto crítico de Bartelink. Festugière introdujo una división de la obra en capítulos que también mantuvo Bartelink añadiendo una división en párrafos dentro de cada capítulo. Estas mismas divisiones las hemos mantenido en nuestra traducción para facilitar las citas de la obra. En cuanto a las rúbricas que anteceden a cada capítulo son obra nuestra y con frecuencia diferimos de las ofrecidas por los dos traductores franceses en el intento de resumir de la mejor manera el contenido. El texto de Calínico está plagado de citas bíblicas: traducimos en cursiva las que son textuales, aunque a veces alteradas respecto al texto original, y remitimos a la fuente bíblica de aquellas que son paráfrasis inspiradas en el texto bíblico.

BIBLIOGRAFÍA

- Acerbi, S., «Monjes contra obispos: concilios y violencia monástica en Oriente», en R. Teja (ed.), *Cristianismo marginado: rebeldes, excluidos, perseguidos*, Aguilar de Campoo, 1998, pp. 57-75.
- Acerbi, S., *Conflitti politico-ecclesiastici in Oriente nella Tarda Antichità: il II Concilio di Efeso (449)*, Madrid, 2001.
- Acerbi, S., «Il potere dei monaci nei concili orientali del V secolo: il costantinopolitano Eutiche e il siro Bar Sauma»: *Studia Historica. Historia Antiqua* 24 (2006), pp. 291-313.
- Bacht, H., «Die Rolle des Orientalischen Mönchtums in den Kirchenpolitischen Auseinandersetzungen um Chalkedon (431-519)», en H. Bacht y A. Grillmeier, *Das Konzil von Chalkedon II*, Würzburg, 1953, pp. 193-314.
- Brown, P., «The Rise and Function of the Holy Man in Late Antiquity»: *Journal of Roman Studies* 61 (1971), pp. 80-101.
- Brown, P., «Holy Men», en *The Cambridge Ancient History XIV. Late Antiquity*, Cambridge, 2001, pp. 780-810.
- Caner, D., *Wandering, Begging Monks: Spiritual Authority and the Promotion of Monasticism in Late Antiquity*, Berkeley, 2002.
- Canetti, L., *Il passero spennato. Riti, agiografia e memoria dal Tardoantico al Medioevo*, Spoleto, 2007.
- Canetti, L., «Olea Sanctorum: reliquie e miracoli fra tardoantico e alto medioevo», en *Olio e vino nell'Alto Medioevo*. LIV Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, Spoleto, 2007, pp. 1335-1415.
- Capizzi, C., «Origine e sviluppo del monachesimo nell'area di Constantinopoli fino a Giustiniano», en *Storia Europea. Il monachesimo nel primo millennio*. Convegno Internazionale di Studi, Roma-Casamari, 1989, Roma, 1989, pp. 79-97.
- Dragon, G., «Les moines et la ville: le monachisme à Constantinople jusqu'au concile de Calcedoine (451)»: *Travaux et Mémoires* 4 (1970), pp. 229-276.
- Dragon, G., *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 300 à 415*, Paris, 1974.
- Dragon, G., «Le saint, le savant, l'astrologue. Étude de thèmes hagiographiques à travers de quelques recueils de 'Questions et réponses' des V^e-VII^e siècles», en *Hagiographie, cultures et sociétés (IV^e-VII^e)*. Études Augustiniennes, 1981, pp. 143-155.
- Festugière, A. J., *Les moines d'Orient II. Les moines de la région de Constantinople*, Paris, 1959.
- Frend, W. H. C., «Popular Religion and Christological Controversy in the Fifth Century»: *Studies in Church History* 8 (1971), pp. 19-29.
- Hatlie, P., *The Monks and Monasteries of Constantinople ca. 350-850*, Cambridge, 2007.
- Janin, R., «La banlieue asiatique de Constantinople IV Rufinienes»: *Échos d'Orient* 22 (1923), pp. 182-190.
- Krueger, D., «Hagiography as an Ascetic Practice in the Early Christian East»: *Journal of Religion* 79 (1999), pp. 216-232.

- Maraval, P., «Le monachisme oriental», en J. M. Mayeur et al. (eds.), *Histoire du christianisme des origines à nos jours* II. *Naissance d'une chrétienté* (250-430), Paris, 1995, pp. 719-745.
- Marcos, M., «El monacato cristiano», en M. Sotomayor y J. Fernández Ubiña (eds.), *Historia del cristianismo* I. *El mundo antiguo*, Trotta, Madrid, ³2006, pp. 639-686.
- Martindale, J. R., *The Prosopography of the Later Roman Empire* II. A. D. 395-527, Cambridge, 1980 (= PLRE II).
- Orselli, A. M., «Santi e Città. Santi e demoni urbani fra Tardoantico e Alto Medioevo», en *Santi e demoni nell'alto Medioevo Occidentale (secoli V-XI)*. XXXVI Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, Spoleto, 1989, pp. 783-835.
- Orselli, A. M., «Modelli di santità e modelli agiografici nell'Occidente latino»: *Augustinianum* 39 (1999), pp. 169-185.
- Orselli, A. M., «I monaci tardoantici in dialogo con l'acqua», en *L'acqua nei secoli altomedievali*. LV Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, Spoleto, 2008, pp. 1323-1382.
- Pargoire, J., «Les débuts du monachisme à Constantinople»: *Revue des Questions historiques* 65 (1899), pp. 67-143.
- Pargoire, J., «Rufinianos»: *Byzantinische Zeitschrift* 11 (1902), pp. 333-357.
- Pricoco, S., «Dalla morte di Teodosio al Concilio di Calcedonia (395-451)», en G. Filoramo y D. Menozzi (coords.), *Storia del Cristianesimo. L'Antichità*, Roma-Bari, 1997, pp. 330-353.
- Saradi, H., «Constantinople and Its Saints (IVth-VIth centuries): The Image of the City and Social considerations»: *SMi* n.s. III/36, pp. 87-100.
- Teja, R., *La «tragedia» de Éfeso: herejía y poder en la Antigüedad Tardía*, Santander, 1995.
- Teja, R., «La violencia de los monjes como instrumento de política eclesiástica», en P. Bádenas et al. (eds.), *El cielo en la tierra. Estudios sobre el monasterio bizantino*, Madrid, 1997, pp. 1-20.
- Teja, R., «Monjes, magia y demonios en la 'Vida de Hipacio' de Calínico», en R. Teja (coord.), *Profecía, magia y adivinación en las religiones antiguas* (Codex Aquilarensis 17), Aguilar de Campoo, 2001, pp. 107-128.
- Trombley, F. R., *Hellenic Religion and Christianization* (c. 370-529), 2 vols., Leiden, 1990, especialmente II, pp. 76-96: «Hypatius of Rufiniana and the Christianization of Rural Bithynia».
- Ueding, L., «Die Kanones von Chalkedon in ihrer Bedeutung für Mönchtum und Klerus», en H. Bacht y A. Grillmeier, *Das Konzil von Chalkedon* II, Würzburg, 1953, pp. 569-676.
- Vallejo Girvés, M., «El Imperio romano de Bizancio: conflictos religiosos», en M. Sotomayor y J. Fernández Ubiña (eds.), *Historia del cristianismo* I. *El mundo antiguo*, Trotta, Madrid, ³2006, pp. 759-814.

LA VIDA DE NUESTRO SANTO PADRE
HIPACIO DE RUFINIANA

DEDICATORIA DEL EDITOR A EUTIKES

1. Bendito sea Dios que enseña a los hombres la sabiduría^a y que revela inopinadamente a los niños lo que los sabios no habían comprendido^b.

2. Yo sé, querido hermano Eutiques, el ardor y celo que manifestáis por estar en contacto con los santos, bien mediante encuentros cara a cara, bien mediante escritos, y sé también cómo os esforzáis por alimentar con tales deseos al hombre interior. Ahora bien, como yo he descubierto que la vida de nuestro muy santo padre Hipacio ha sido escrita en forma de narración por uno de sus discípulos, de nombre Calínico, me he apresurado a darte a conocer este escrito que no carece de encanto.

3. Yo soy consciente, ciertamente, de que en él no están recogidas muchas cosas referentes a su vida y a sus santas acciones que yo he escuchado de la boca del propio bienaventurado *abba* [Calínico]. Además, yo había constatado también con mis propios ojos algunas acciones suyas que merecían ser recordadas y que no he encontrado recogidas en el escrito.

4. Sin embargo, no me disgusta tanto lo que falta como me alegra lo que allí se recoge, pues constituye de por sí un tesoro no despreciable para quienes desean conocerlo y son amantes de Cristo. Yo he ordenado todo en forma de libro y lo he enviado a vuestra caridad.

5. Yo descubrí la obra, bien por casualidad o, más bien, por designio de Cristo que todo lo dispone, cuando estuve de paso por el monasterio de Rufiniana¹, en manos del tercer *higoúmeno*² que sucedió a aquel bienaventurado [Hipacio] en este monasterio. El que había compuesto la obra, tal como se presenta a vuestros ojos, discípulo del santo anciano por la gracia que le había sido concedida, se la había legado al *higoúmeno* cuando estaba para partir hacia el Señor.

a. Sal 93, 10.

b. Cf. Mt 11, 25.

6. Yo he cambiado y corregido aquello que en razón al dialecto de los sirios y la aspiración que les es propia, parecía diferir de nuestra pronunciación habitual; me refiero al cambio de la letra *eta* en *ei* o de la *omega* en *ómicron*, o viceversa, y otros detalles menores análogos³, de manera que no corra el riesgo de caer en la acusación de haber deformado el texto, ni para el autor suponga una crítica por parte de los lectores por el lenguaje en que les había sido transmitido. 7. Pero he considerado una osadía alterar con añadidos o recortes lo que ha sido escrito, pues pienso que las deficiencias por los solecismos de este monje que compuso y redactó la narración con gran simplicidad de corazón eran preferibles y más atractivas para los lectores que las correcciones intempestivas y sin gracia que, de acuerdo con mi saber profano, pensase que yo debería aportar. Saludos y ora por mí, reverendísimo⁴ [Eutiques].

NOTAS

¹ Sobre el nombre y demás circunstancias de este monasterio, cf. Introducción.

² Término con que se designaba y se designa en Oriente a los superiores de una comunidad monástica. Calínico alterna este término con el de archimandrita y *abba* (abad), que pasó a la literatura latina. En Oriente este último era más utilizado para indicar a los ancianos anacoretas, maestros de los jóvenes que se instruían a su lado en la vida ascética.

³ Sobre esto, cf. Introducción.

⁴ *Eulabestate*: apelativo que cuadra con los monjes, presbíteros o diáconos, aunque es más frecuente para estos últimos. Pero ello no ofrece seguridad de que Eutiques fuese diácono.

PRÓLOGO DEL AUTOR

1. Por deseo de vuestra reverencia, sacerdote amante de Cristo, deseo que Dios ha inculcado en vosotros que lo merecéis —pues por vuestros actos estamos convencidos de que Dios ha hecho de vosotros un nuevo [centurión] Cornelio—. 2. Y por causa de vuestra fe, muy piadosos verdaderos hermanos en Cristo, puesto que, llenos de amor por Cristo, impulsados por un deseo espiritual y por un estímulo divino, vosotros me habéis insistido en diversas ocasiones, a mí, siervo de Cristo, y suplicado a mi bajeza, es por lo que me he apresurado a satisfaceros. Porque es más bien vuestro deseo el que me ha invitado a gozar de una mesa espiritual y disfrutar de un gran beneficio. 3. Vosotros me habéis pedido escribir para vuestras reverencias, en la medida de mis fuerzas, para gloria de Dios y en honor de los santos que han combatido el buen combate y se han hecho agradables a Dios, la forma de vivir de nuestro padre Hipacio que está ya entre los santos.

4. Con la ayuda de la gracia de Cristo y por vuestras plegarias, estoy seguro por Dios de que Cristo me concederá haceros conocer la vida monástica y venerable del santo Hipacio. 5. Me he apresurado a daros a conocer por escrito, a vosotros amantes de Dios, todos los milagros que yo mismo he visto que Dios ha realizado por medio de él y todo lo que he oído de sus discípulos que me han precedido y todo lo que él ha contado de sí mismo dando gloria a Dios y agradeciéndole los grandes dones de que juzga merecedores a aquellos que le aman, de acuerdo con la Escritura: *Yo narraré todas vuestras maravillas*^a. 6. He hecho esto para que todos los amantes de Cristo, leyendo este libro y edificados por él, alabemos a Dios, honremos a los santos y, emulando su celo por la perfección, nos entreguemos a imitarle. 7. Porque nosotros somos los coherederos de los santos en la vida eterna cuando

a. Sal 74, 2.

los justos brillarán como el sol^a según lo que está escrito: Imitad su fe considerando el fin de la vida^b.

8. De hecho, cuando él se veía obligado y sentía la necesidad de hacerse oír por sus discípulos, acostumbraba a decirles con frecuencia: «Hijitos míos, si yo fuese herrero o carpintero, ¿no me imitaríais para aprender el oficio? 9. Sed, pues, también ahora como yo, aprended el temor del Señor y cómo haceros agradables a Dios».

10. Lo mismo decía a los monjes que venían de fuera, a los amigos y seguidores que iban a verle, porque en el mundo viven también gran número de *fervorosos de espíritu^c* que, en su sed, buscan dónde encontrar un hombre de fe que posea la gracia de convertir las almas al temor de Dios, según aquél que dice: 11. *Vuelvan a mí los que te temen y los que conocen tus testimonios^d, porque es difícil encontrar un hombre fiel^e.* 12. Cuando estas personas venían a su monasterio y le obligaban a instruirles, él decía a los que le insistían, pues pensaba que es a esto a lo que Dios le había llamado, a salvar también sus almas: 13. «Todo lo que me pedís, lo encontraréis en la Escritura inspirada por Dios. 14. En cuanto a mí, en los límites de mi insignificancia, yo os enseñaré, en la medida de mis fuerzas, con palabras y hechos, al igual que Dios me lo concedió a mí, todo lo que el Señor me ha donado para el perfeccionamiento de vuestras almas y para mi propia edificación o, más bien, es el Señor el que os lo enseñará sirviéndose de mi humildad. Porque *¿qué poseemos nosotros que no hayamos recibido de Dios?*»^f.

15. De hecho, Hipacio nos decía, cuando nos sermoneaba con celo derramando lágrimas, que también él sacaba provecho y experimentaba alegría en predicar la palabra de Dios. 16. Y, apenas comenzaba a hablar, le inspiraba una gracia tal que el oyente inmediatamente se sentía tocado de compunción y pensaba que era amonestado, no por un hombre, sino por el Señor. 17. Y era el Señor, en efecto, el que hablaba por su boca, porque Dios ha hablado por medio de su santo, según lo que está escrito: *Para que yo dé la gracia a los que escuchan^g.* 18. Pero de sus enseñanzas trataré más tarde, porque ahora es el momento de contar, desde su inicio, su muy hermosa vida y su muy virtuosa conducta.

a. Mt 13, 43.

b. Heb 13, 7.

c. Rom 12, 11.

d. Sal 118, 79.

e. Prov 20, 6.

f. 1 Cor 4, 7.

g. Ef 4, 29.

Hipacio, nacido en Frigia, huye de casa de sus padres a Tracia

1. Hipacio había nacido en Frigia. Su patria es por naturaleza amante de la cultura y del estudio de las letras. Sus padres eran bien nacidos y temerosos de Dios y su padre, hombre con cultura¹, se preocupó de que su hijo recibiese una educación apropiada. 2. Criado en el temor de Dios y sumiso a sus padres, aprendió de ellos las primeras letras y los mandamientos del Señor. Así pues, por haber sido formado en el temor de Dios, fue creciendo en santidad de una forma natural. 3. Penetrado de compunción y deseo de Dios, aprovechaba la ocasión, cuando se presentaba, de acudir a una iglesia o a un monasterio donde pudiese encontrar hombres piadosos. 4. Y es que en aquella época no había en Frigia más que uno o dos monasterios² y si, casualmente, se encontraba una iglesia, sus clérigos eran más bien indolentes como es propio de los ambientes rurales³. 5. Por ello, incluso en el día de hoy, las gentes de su país que han sido totalmente catequizadas —todos, o casi todos, se han hecho cristianos y los hay incluso que han rivalizado con él en el bien— cuando se enteran de las circunstancias de su vida, se maravillan de que un hombre como ése haya podido surgir en su tierra⁴.

6. Pero en esa época ni siquiera en la radiante Constantinopla había monasterios salvo el del gran Isaac, a quien sucedió el santo Dalmacio⁵. 7. Ahora bien, en una ocasión en que su padre le había azotado⁶, decidió huir de la casa de sus padres siguiendo la idea que tenía en su mente y, después de dos o tres días de marcha, encontró una iglesia y, como él mismo ha contado, escuchó en la lectura del santo evangelio aquellas palabras del Señor: 8. *Quien haya abandonado a su padre, a su madre, a sus hermanos, a su esposa, a sus hijos o a sus tierras por causa de mí, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna*^a. En efecto, además de a sus padres, había abandonado a una hermana menor. 9. Una vez que, por inspiración divina, hubo escuchado este pasaje evangélico y que su propósito se hubo consolidado, se dirigió a Tracia con unos viajeros con los que se había encontrado.

a. Mt 19, 29.

2

*En Tracia trabaja como pastor y después ingresa
como lector en una iglesia rural*

1. Una vez que llegaron a Tracia, al no encontrar una posada⁷, pernoctaron en la montaña en que les había sorprendido la noche. Una parte de la montaña estaba cubierta por un espeso bosque y el lugar infundía temor por los demonios que allí moraban⁸. 2. Éstos se acercaron a ellos para atormentarles y se decían unos a otros: «No tenemos ningún poder contra ellos pues entre ellos hay un niño⁹ que goza de poder contra nosotros». Escucharon estas palabras mientras dormían y, al despertarse aterrorizados, oyeron entre los árboles el alboroto de los demonios que huían. 3. También el niño de Dios se dio cuenta de lo que pasaba, pues tenía ya dieciocho años. 4. Cuando amaneció le preguntaron si también él se había enterado de lo sucedido. Al responderles negativamente, dieron gracias al Señor admirados por haber recibido de Dios como compañero de viaje a un niño tan buen cristiano como éste. 5. Viendo que era muy pudoroso y que llevaba una vida piadosa, se lo entregaron al propietario de una hacienda, pues le daba vergüenza ir solo con ellos. 6. Éste le aceptó y le entregó un rebaño para pastorearlo. Y no nos puede sorprender esto pues Dios le vaticinaba con ello que estaba destinado a pastorear el rebaño espiritual de Cristo. 7. Nosotros no ignoramos que también el santo Moisés y Jacob y David fueron pastores de ovejas. Mientras cuidaba de las ovejas, cantaba en voz alta como es costumbre entre los pastores¹⁰.

8. Ahora bien, había una iglesia en las cercanías y, cuando el presbítero escuchó su voz, le persuadió a abandonar al dueño de la hacienda. Le prometió enseñarle los salmos y hacerle cantar en la iglesia¹¹ y, si lo deseaba, entregarle a los monjes. 9. Como éste era su mayor deseo, se puso a su servicio. Cuando salmodiaba en la iglesia se admiraban de su habilidad y de su entusiasmo por aprender los salmos. 10. Se negaba a beber vino, pues veía que los clérigos que bebían mucho vino en la comida el uno se tambaleaba, el otro gesticulaba con procacidad como sucede en el campo y que esto no era de provecho para los laicos, por lo que estaba muy triste¹².

3

*El eremita Jonás toma a Hipacio como compañero
y fundan un monasterio en Tracia*

1. Estaba, pues, afligido y pedía a Dios que le permitiese convivir con personas piadosas. Dios escuchó su plegaria y dispuso que en Cons-

tantinopla un soldado de nombre Jonás, originario de Armenia, fuese divinamente estimulado a abandonar el mundo. 2. Muchas veces con anterioridad se lo había comunicado al tribuno de su cohorte pero, al no concedérselo, un día cargó un pequeño haz de leña sobre sus espaldas y una antorcha en su mano y cuando el muy piadoso emperador Arcadio salía del palacio se acercó a él y le dijo: 3. «Hasta ahora he servido a tu majestad, pero a partir de hoy quiero servir a Cristo. Permíteme abandonar el servicio. 4. De lo contrario puedes quemar a tu servidor con esto. Yo no puedo actuar de otra forma»¹³.

5. El emperador, al comprobar su piadosa decisión, ordenó licenciarle inmediatamente. Él abandonó de inmediato la ciudad y salió para construirse una choza¹⁴ en la montaña que no estaba lejos de la iglesia en que se encontraba el siervo de Dios [Hipacio]. 6. Vivía en su choza y se alimentaba de plantas salvajes. Los campesinos de los alrededores, al tener conocimiento de ello, le construyeron una celda y sembraron para él una pequeña parcela. 7. Mientras cantaba los salmos, oraba, ayunaba y practicaba todas las virtudes de un eremita —pues las había conocido en su propia patria ya que los armenios tienen gran devoción a Dios¹⁵— uno tras otro se unían a él para servir a Dios. 8. Así pues, cuando el amigo de Dios Hipacio lo supo, inmediatamente se despidió del presbítero y de todos los demás, fue a él y le dijo: «Yo también quiero servir a Dios». Él le acogió de inmediato. 9. Pero los que le habían permitido partir quedaron muy tristes por su piedad y porque era el más asiduo a la iglesia. Tenía veinte años cuando se unió al siervo de Dios Jonás. 10. Como hubo otros que se unieron a ellos, se pusieron a cultivar un huerto y un terreno para sembrarlo y construir allí un monasterio. Llegaron a juntarse ochenta hermanos y construyeron una gran fortificación. 11. Construyeron las fortificaciones porque los hunos estaban cerca y podían saquear la zona con facilidad¹⁶. 12. El santo Jonás era el maestro de todos ellos. Hipacio se entregaba a la ascesis hasta el punto de que superaba a todos, y casi también al *higoúmeno*¹⁷, en ayunos, vigiliass, canto de los salmos, plegarias, obediencia, vida contemplativa¹⁸, humildad, desprendimiento de todo y en todo tipo de virtud. Por esto, era motivo de edificación para todos y daban gloria a Dios y el *higoúmeno* le amaba y se alegraba de su forma de vida.

4

Hipacio se dedica al cuidado de los enfermos

1. Como se ejercitaba en la vida contemplativa mediante ayunos y plegarias todos deseaban escuchar algunas palabras de su boca y le pedían sus consejos para provecho de su alma. 2. Pero él lo rechazaba

con este argumento: «En el mundo yo era un sirviente y ahora he venido aquí para que sea juzgado digno de ser vuestro servidor». Por ello se arrojó a los pies del *higoúmeno* diciéndole: «Ordéname que me entregue totalmente al servicio de los enfermos». 3. Aducía que lo hacía por lo que había escuchado en el Evangelio: «Yo he elegido este mandato porque el Señor dijo a los que tenía a su derecha: 4. *Venid benditos de mi padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; estaba enfermo y me visitasteis; estaba preso y vinisteis a verme y cuando ellos dijeron: Señor, ¿cuándo te vimos en este estado e hicimos todo esto? Él respondió: Amén, amén, yo os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis^a*».

5. Habiendo recibido el mandato del *higoúmeno*, dio muestras de un celo tal que, con la excusa de inspeccionar los campos sembrados, se alejaba a mucha distancia. 6. Cuando encontraba campesinos enfermos y tendidos en el camino porque no tenían nada, tal como él nos contaba —y nos contaba también las cosas del santo Jonás¹⁹— los tomaba sobre sus espaldas, los transportaba y los depositaba a la puerta, entraba dentro y decía al *abba*²⁰: «Unos desconocidos han acercado a un enfermo a la puerta, lo han abandonado y se han ido». 7. Al recibir el permiso, lo introducía. Y ya tuviese una herida o cualquier enfermedad, le curaba y le alimentaba con la comida que necesitaba. Y si era necesario ungir al enfermo, avisaba al *abba* —pues era presbítero²¹—, hacía que fuese ungido por él con aceite bendito y a los pocos días lo despedía sanado, pues Dios colaboraba según lo que está escrito: *Dios colabora con todo aquel que hace el bien^b*. 8. Oímos contar también a los hermanos que allí estaban que, si uno era víctima de una fiebre súbita, Hipacio acudía a él y, palpándole como para examinarle, hacía en secreto con su mano la señal de la preciosa cruz²², oraba con ardor en su interior, y decía al hermano: «Levántate, no tienes ningún mal, y vuelve a tu trabajo». 9. Decía esto con fe, por lo que inmediatamente el enfermo se sentía aliviado y se encontraba mejor. Y el que le escuchaba con convicción se levantaba y quedaba curado por la ayuda de Dios y sin ningún mal²³.

a. Mt 25, 34-40.

b. Rom 2, 10 y 8, 28.

*Disciplinas y mortificaciones de Hipacio.
Su lucha contra la concupiscencia juvenil*

1. Esto es lo que hacía por los enfermos y por todos mientras él dormía en una estera y se mortificaba hasta tal punto que muchas veces ayunaba durante cinco días²⁴. 2. Con frecuencia se veía acosado, como joven que era, por el demonio del impuro placer que atormenta a los jóvenes y que intenta doblegarles si no están vigilantes. 3. Pero si, tras abandonar el mundo, el joven combate en la continencia orando a Dios sin descanso para que acuda Él mismo a luchar contra los enemigos, permaneciendo firme y observando todo esto, a saber, la continencia, la paciencia, el amor y la humildad, sin desesperar por esta lucha, sino con confianza [se cumplirá] aquello de que, «si no me he liberado hoy, me liberaré mañana, y si no es en cinco días, en diez años»²⁵. Pero esto, a condición de que no se rinda en el estadio sino que resista firme²⁶. 4. *Pues el que persevera hasta el fin, ése será salvo*^a. Con tal de que se santigué cuando se aproxima la guerra y se ponga a orar inmediatamente, Dios, al ver su lucha, le envía su gracia y libera su alma. 5. E incluso si Dios tarda en ayudarnos aunque le busquemos insistentemente, nosotros no desconfiemos ni cedamos, sino mantengámonos firmes. Dios sabe, en efecto, que esto es útil para nosotros de acuerdo con lo dicho: *Si tienes fe y crees que verás la bondad del Señor, espera al Señor con firmeza*^b. 6. Pero, si alguien rechaza esto por no haber querido renunciar al mundo, que al llegar a la edad apropiada se case según la ley y viva honestamente en el temor de Dios, pues también esto es aceptable a Dios²⁷. 7. Protejámonos así por adelantado para que no nos tienta Satanás, pues *cada uno tiene de Dios su propio don: éste uno, aquel otro*^c.

8. En una ocasión en que Hipacio se veía muy atormentado por esta guerra, no bebió durante cincuenta días, a pesar de los fuertes calores, hasta el punto de que su estómago se quedó como curtido y sus labios agrietados por la sequedad. 9. Los hermanos, al verle, se lo contaron al archimandrita. Éste, de momento, no dijo nada, pero después de los rezos nocturnos, preparó un trozo de pan en un vaso de vino y le llamó en presencia de todos: «Hipacio». Él respondió: «Bendíceme». Y le dijo: «Ven en medio de todos y toma esta bendición²⁸ y bebe». Él no había probado nunca el vino. 10. Sin embargo, llevado por el espíritu de obediencia a su padre y sabedor de que la obediencia da como fruto la vida, lo bebió confiado en la fe y así tuvo más fortaleza para mantener la lucha.

a. Mt 10, 22.

b. Sal 27, 13-14.

c. 1 Cor 7, 7.

*Ataque de los bárbaros contra el monasterio.
Jonás se refugia en Constantinopla*

1. Él nos contaba: «Los bárbaros en muchas ocasiones invadían la Tracia y pusieron sitio a nuestro monasterio fortificado²⁹. Pero Dios, que protegía en cualquier lugar a sus siervos que le invocaban, rechazó a los enemigos. 2. Tenían [los monjes] una tronera por donde, lanzando piedras, lograron herir a uno. Al comprobarlo, los otros blandieron sus látigos como señal, se montaron en sus caballos y se retiraron. 3. Una vez vuelta la tranquilidad, los campesinos, que habían sufrido las depredaciones y ya no les quedaba nada, acudieron al monasterio en busca de lo que necesitaban. 4. El señor Jonás se dirigió a la Gran Ciudad [Constantinopla] y dijo con franqueza³⁰ a los Ilustres³¹: «Los pobres sufren por haber sido saqueados en Tracia y me acosan con sus súplicas. Enviadles alimentos». 5. Aquellos le obedecieron como a un padre. Rufino³² y los otros grandes, todos los que quisieron por amor de Dios, cargaron las naves de trigo y de legumbres secas y se las enviaron para que atendiese a los necesitados. 6. Desde que Jonás entró en la ciudad, todos los ricos le pedían que fuese a orar en sus casas y les impartiese la bendición³³. 7. Demostraba un celo tal que a todos los Ilustres les hablaba a la cara. Cuando veía que alguien cometía una injusticia, defendía hasta la muerte a la víctima y, al propio tiempo, les amonestaba con palabras como éstas: «Las lágrimas de las víctimas son la condena de los culpables». 8. Y todos los que se beneficiaban de él le veneraban como un auténtico siervo de Dios y, al mismo tiempo, se maravillaban de que siendo iletrado³⁴ y sin cultura hubiese recibido de Dios una gracia como ésta³⁵.

*El padre de Hipacio visita a su hijo
y ambos acuden a Constantinopla*

1. El padre de Hipacio tuvo noticias de todo esto y, como tenía que hacer frente a un juicio por cierto asunto, vino a la Ciudad [Constantinopla] desde su país. Inmediatamente se dirigió a Tracia en búsqueda del monasterio fortificado denominado Halmyrissos y, tras encontrarlo, pidió ver a su hijo. 2. Era un hombre distinguido y de gran reputación. Al reconocerle, los monjes decían entre sí: «¿No decía Hipacio que él era un esclavo?». Y todos se alegraban con el *abba* de que hubiese hecho todo esto por Dios y con esta humildad. 3. Cuando Hipacio supo que su padre había llegado no quería encontrarse con él. Después de muchas

presiones, se encontró con él, le abrazó, rezó con él y supo de su boca que su madre había muerto. 4. Se dio cuenta de que su padre necesitaba ayuda para un asunto y que los hermanos podrían en su ausencia hacerse cargo de la liturgia y del cultivo de la tierra. Como su *abba* vivía ya en la Ciudad por su avanzada edad, pidió al archimandrita³⁶ poder ir con su padre a la Ciudad. Permaneció con él en la propiedad, fuera de la ciudad, de un tal Eleutero y, después de ayudar, por amor de Dios, a su padre en su asunto, le devolvió a su patria tras catequizarle³⁷. Después de su partida también él murió en paz.

8

Hipacio se instala en Rufiniana en compañía de dos hermanos

1. A Hipacio se le unió un asceta famoso llamado Timoteo. Éste era también tan piadoso y entregado a la virtud que por ello se había unido a Hipacio para convertirse en un servidor de Dios. 2. Se unió también a ellos otro monje de nombre Mosquion y se formó un trío de hermanos servidores de Dios. 3. Ahora bien, cuando estaban viviendo en el suburbio, les dijo Hipacio: «Yo estoy acostumbrado a vivir en la montaña, no en la ciudad». Ellos respondieron: «Donde tú vayas, iremos también nosotros». 4. Así pues, cruzaron hasta Calcedonia³⁸ y caminaron en dirección oeste en búsqueda de un monte o de una cueva. 5. Después de haber caminado durante tres millas³⁹, encontró un santuario dedicado a los Apóstoles y el monasterio anexo que había construido el bienaventurado Rufino⁴⁰ después de recibir de Roma las reliquias de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Construyó un *martyrion*⁴¹ y depositó en él las reliquias. Allí al lado se encuentra también el cuerpo de Rufino⁴². Después de fundar el monasterio, había instalado en él a monjes egipcios. Una vez muerto Rufino, los egipcios lo abandonaron y retornaron a su patria. 6. Desde entonces el monasterio quedó abandonado hasta el punto de que no aparentaba ser un monasterio y un demonio había entrado y habitaba allí⁴³. 7. Muchas personas habían intentado instalarse allí, pero no habían logrado habitarlo por culpa del demonio, las intemperies del invierno y porque no había posibilidad de obtener provisiones, pues el lugar está muy aislado⁴⁴.

8. Cuando Hipacio llegó al lugar y supo que un demonio terrible habitaba allí, inflamado de fe en Cristo, entró y, después de hacer el signo de la cruz y orar, se convirtió en vecino de los sublimes y santos Apóstoles por cuya intercesión Dios nos concede su misericordia⁴⁵. 9. Al tener conocimiento de ello, se le unieron los dos hermanos y, con un mismo corazón, se entregaron con decisión a la ascesis⁴⁶. 10. Hipacio y Timoteo rivalizaban entre sí en ayunos, en vigiliass, en humildad y en

atenciones a los pobres. 11. Ellos mismos, en efecto, hacían frente a sus necesidades con sus propias manos, uno tejiendo crines de cabra, el otro haciendo cestos, el tercero cultivando el huerto. Había también en el edificio un patio rodeado de celdas⁴⁷ y una capilla en ruinas. Entre estas celdas encontraron una pequeña en la que pudieron establecerse y entregarse a la contemplación al tiempo que al trabajo. 12. Cada vez que querían orar en la capilla o cantar los salmos veían una especie de bola de fuego que rodaba por todo el edificio y con estrépito se dirigía contra ellos, pero no se movían y continuaban en sus rezos. 13. El edificio era grande y sin techo, por lo que en invierno se cubría de nieve.

En una ocasión en que les faltaban los víveres, los otros hermanos acudieron a la ciudad para comprar lo necesario a cambio de lo que habían producido con sus manos. 14. Ahora bien, una mujer rica y muy cristiana que, al pasar por el lugar había elevado una plegaria a los Apóstoles, se enteró de que había un monje en el monasterio. Dejó fuera a los esclavos y entró sola para poner a prueba al asceta —era una diaconisa muy ejercitada en la ascesis⁴⁸—. Se arrojó a sus pies y le dijo: «Discípulo de Cristo⁴⁹, bendíceme y recíbeme para que pueda permanecer junto a ti». 15. Pero él, encolerizado, le gritó: «Apártate de mí, Satanás^a. ¿Has venido aquí para hacernos huir? No permaneceremos aquí más tiempo. Toma lo que encuentres y quédate aquí a tu gusto». 16. Después salió precipitadamente. Entonces ella hizo una señal a sus esclavos para que lo retuviesen y le dijo: «Te he puesto a prueba para comprobar si eres un auténtico monje. Vuelve a tu celda y reza por mí»⁵⁰. 17. Cuando supo que eran tres, inmediatamente ordenó proporcionarles lo necesario para su subsistencia.

9

*Hipacio rompe con Timoteo y vuelve al monasterio
de Jonás en Tracia*

1. Es así como servían al Señor con amor. Pero el enemigo del bien⁵¹, no podía soportar esta situación y tramaba contra ellos todo tipo de maquinaciones. Pero no lograba expulsarles ni mediante el miedo ni mediante otras tretas, pues permanecían firmes y se les habían unido otros que habían renunciado al mundo. Finalmente tuvo éxito en sus insidias y provocó un enfrentamiento entre ellos, entre Hipacio y Timoteo. 2. Hipacio, lleno de prudencia, quería ofrecerle el puesto, aunque le correspondía a él, pero Timoteo, que era menos humilde y menos espiritual, ni quería mandar él, ni permitir que fuese Hipacio el

a. Mt 16, 23.

que mandase⁵². 3. Pasado un cierto tiempo, descorazonado, Hipacio le cede el puesto y, uniéndose a un hermano de su anterior monasterio, se vuelve con él a Tracia⁵³. 4. Cuando salían encontraron tumbado a la puerta a un hombre paralítico por una operación diabólica que les pidió limosna. Al verle, Hipacio, compadecido de él, le preguntó: «¿Qué te sucede?». 5. Cuando supo que había sido paralizado por el demonio, dijo a su acompañante: «Carguemos con él e introduzcámosle entre los dos en la iglesia». 6. Hipacio tomó aceite de la lámpara que pendía y, después de orar, le frotó su cuerpo⁵⁴. Inmediatamente el Señor le robusteció sus miembros y, una vez curado, les acompañó. 7. Las gentes del lugar, al ver lo sucedido, les seguían, tocaban los bordes de sus ropas^a y les pedían que fuesen a visitar a otros enfermos. 8. Pero ellos les respondían: «También nosotros somos hombres pecadores^b, es el Señor el que le ha curado»⁵⁵.

9. Así pues, al final de su viaje llegaron al monasterio. Cuando los hermanos y el archimandrita se enteraron de lo sucedido y vieron al hombre que había sido curado, alabaron a Dios y dijeron: «Antes de que partiese de aquí ya sabíamos que Dios le había concedido el carisma de las curaciones»⁵⁶. 10. El hombre que había sido curado renunció al mundo y, después de haber servido al Señor, murió. Hipacio solicitó al venerable monje, el señor Jonás, que le concediese una celda para llevar allí vida en soledad.

10

Hipacio cura a Jonás, se reconcilia con Timoteo y vuelve a Rufiniana como abad

1. Mientras tanto, Timoteo y los demás hermanos buscaban a Hipacio casi entre lágrimas. Tuvieron conocimiento de que el siervo de Dios Jonás se encontraba en la Ciudad [Constantinopla] y le rogaron con insistencia que hiciera volver a ellos desde Tracia al señor Hipacio. 2. Entretanto enfermó *abba* Jonás y, cuando se encontraba muy mal, vio durante la noche a uno que le decía: «Si Hipacio no viene, tú no te curarás». 3. Inmediatamente mandó un mensaje a los hermanos para que se lo enviasen. Cuando éstos conocieron la revelación que había tenido el *abba* y que solicitaba su presencia, se reunieron y pidieron a Hipacio que acudiese. Éste se resistía pero le enviaron a la fuerza en compañía de otro hermano. 4. Mientras iban de camino rezaron los oficios de tercia en cierto lugar. Durante el rezo oyeron una voz de lo

a. Cf. Mt 9, 20; 14, 36; Lc 8, 44; Mc 6, 56.

b. Cf. Hch 14, 15.

alto que les decía: «Hipacio, vete a Rufiniana, pues *yo te he puesto para ser una luz de los pueblos hasta los confines de la tierra*»^a. 5. Presos de miedo inclinaron sus rostros hasta el suelo y durante largo tiempo oraron a Dios. Al levantarse, Hipacio comenzó a balbucear como queriendo rehusar el encargo. Su compañero, tembloroso todo su cuerpo, le dijo: «¿Qué balbuceas, hombre? ¿Quieres que seamos devorados por la tierra?».

6. Cuando llegaron ante el señor Jonás y vieron que se encontraba tan mal que apenas podía hablar, Hipacio le palpó, hizo una plegaria y le dio de comer. Inmediatamente se sintió mejor pues hacía días que no había comido nada. 7. Cuando, algunos días después se sintió mejor, solicita al *abba* Hipacio que retorne junto a sus hermanos de Rufiniana y, llamando también a Timoteo, les exhorta con estas palabras: «No litigéis entre vosotros pues también entre los santos Apóstoles hubo disputas»^b. 8. Ellos se arrojaron a los pies, el uno del otro, y aceptaron a Hipacio como padre. Él les dirigía de acuerdo con la orden del Señor que había hablado desde lo alto. Tenía entonces cuarenta años⁵⁷.

11

Relaciones entre Isaac de Constantinopla e Hipacio. Preocupación de san Juan Crisóstomo por los monjes

1. En aquella época se habían ido fundando monasterios poco a poco mientras aún vivía el *abba* Isaac, que estimulaba al celo a todos los monjes. En consecuencia, en la propia Ciudad y también fuera de ella, en las cercanías y a considerable distancia había surgido un gran número de monasterios en cada uno de los cuales moraban hasta ciento cincuenta monjes que alababan a Dios⁵⁸. 2. El bienaventurado Isaac los supervisaba como a sus propios hijos. Por ello acudía también con frecuencia a Hipacio y le exhortaba en estos términos: 3. «Gloria a Dios que ha recompensado los esfuerzos de Rufino haciendo que su obra sea habitada por los siervos de Dios. Y ahora, escúchame, hijo, te lo afirmo yo: si quieres alcanzar gloria ante Dios, bien tengas muchos o pocos recursos, no permitas que ningún huésped parta de aquí enojado contra ti, antes bien, abre tu puerta a todo huésped». 4. Y, después de orar con él e impartirle la bendición, se retiraba. Siempre que sabía que le faltaban subsistencias, si él mismo no disponía de ellas, se lo comunicaba a los que eran ricos y cristianos y éstos se las enviaban. Y es que todos le tenían estima y le escuchaban como a un padre⁵⁹.

a. Is 49, 6; Hch 13, 47; cf. Lc 2,32.

b. Cf. Hch 15, 39.

5. También el gran Juan [Crisóstomo], que entonces era el obispo [de Constantinopla] prestaba una gran atención y amaba a los siervos de Dios. Él era verdaderamente obispo por sus obras, la antorcha de la iglesia, piedra preciosa de la corona de la fe, él que no hizo nada indigno de Dios y que había recibido mercedamente de Dios el trono [episcopal] y la gracia y al que hizo famoso su forma de vida. 6. En efecto, desterrado, murió rezando en cierto lugar lejos de toda localidad⁶⁰ conocida. 7. Muchos años después, el muy piadoso emperador Teodosio hizo traer sus restos [a la Ciudad] con gran gloria, como las reliquias de los grandes y santos mártires⁶¹. 8. Juan dedicaba toda su atención a las necesidades de los hombres religiosos y no dejaba de clamar diciéndoles: «Vosotros debéis responder por el hecho de que os ocultáis y no ponéis la lámpara sobre el candelabro^a al rechazar la ordenación, facilitando así que sean ordenados otros a los que no conocemos»⁶². 9. Había sucedido, en efecto, que un monje que estaba a punto de ser ordenado y no quería que el obispo le impusiese las manos, se mordió un dedo⁶³.

12

La vida en Rufiniana. El caso del cubiculario Urbicio

1. Una vez que Hipacio volvió a Rufiniana con Timoteo, llegaron tan lejos en su ascesis y amor mutuo que muchos, al verles, intentaron emularles y renunciaron al mundo. Al poco tiempo se les fueron uniendo otros hasta formar una comunidad, junto con ellos, de treinta monjes. 2. Como iban progresando en el canto de los salmos, en las plegarias y en la hospitalidad, el Señor expulsó el demonio del lugar y gratificó a Hipacio con el carisma de la curación⁶⁴. 3. Hipacio tenía compasión de todos y era amado por todos: sufría con los que sufrían y se hacía cargo de los oprimidos con estas palabras: «*Está escrito: acordaos de los prisioneros como si estuviéseis presos con ellos; de los que sufren malos tratos, como si vosotros estuvierais en su cuerpo^b; llorad con los que lloran y alegraos con los que están alegres^c*».

4. Así, por ejemplo, un cubiculario⁶⁵ de nombre Urbicio, muy buen cristiano, había tenido conocimiento del santo Hipacio y había trabado gran amistad con él⁶⁶. Supo que cierta persona era maltratada por su propio hermano, que era muy rico —el uno había hecho perder el juicio al otro [mediante un maleficio] y le tenía encerrado en cierto lu-

a. Cf. Mt 5, 15; Mc 4, 21; Lc 8, 16; 11, 33.

b. Heb 13, 3.

c. Rom 12, 15.

gar con intención de matarle—, y cuando tuvo conocimiento de ello el excelente Urbicio, le tomó consigo, le llevó al santo Hipacio y le puso en sus manos. 5. Pero algunos de sus esclavos, desconfiados, dijeron al cubiculario que, si moría en el monasterio, sería éste el que heredaría sus bienes. 6. Convencido por estas explicaciones, se presentó en el monasterio y entró, furioso como un león, con la intención de retomar al hombre y llevarlo a su domicilio. 7. Pero aquel hombre había perdido el juicio y su cuerpo estaba muy enfermo. Su nombre era Aecio. Ahora bien, Hipacio oraba por él para que sanase y, como no podía alimentarse, con sus propias manos le daba la comida y le atendía en todas sus necesidades.

8. Así pues, cuando se presentó Urbicio para hacerse cargo de él y enviarle a su domicilio, Hipacio le dijo: «Dios me ha hecho custodio de este hombre y no puedo dártelo porque está enfermo y no sea que muera en el camino. 9. Permite, pues, que se cure con la ayuda de Dios y después te lo llevas. Pero si estás preocupado por su fortuna, estoy dispuesto a prometer por escrito no aceptar nada. Por lo que a mí respecta, no te lo entrego. Pero si tú te atreves a entrar para llevártelo, llévatelo». 10. Aquél se marchó enfadado porque estaba sumido en un dilema. Pero Hipacio cuidaba al hombre orando por él, frotándole con aceite bendito y reconfortándole hasta que le hizo volver en sí y Dios le devolvió la salud. 11. Permaneció en el monasterio durante cierto tiempo alabando a Dios y dando gracias a Hipacio. Después, pasado algún tiempo, murió.

12. Hipacio se lo comunicó inmediatamente al cubiculario, éste reclamó su fortuna y la recibió. Después, lleno de agradecimiento, llegó Urbicio para saludar como a su padre al siervo de Dios. Quiso ofrecerle un donativo, pero Hipacio no lo aceptó. Entonces le solicitó poder, al menos, restaurar el monasterio y, trayendo albañiles y con la colaboración de los hermanos, embelleció la casa de Dios, construyó una capilla y nuevas celdas con el fin de que celebrasen la alabanza de Dios y pudiesen alojarse allí un mayor número de hermanos.

13

Disciplinas de Hipacio durante la cuaresma. Ordenado sacerdote, celebra la liturgia

1. El amigo de Cristo Hipacio se construyó una celda muy pequeña y se encerró en ella durante la cuaresma, después de cegar la entrada con arcilla⁶⁷. Había en la puerta un pequeño orificio por donde, cada dos días, recibía el pan y, a través de él, conversaba y edificaba a los visitantes. 2. Cuando salía, en el santo día de la Pascua, su rostro parecía el

de un ángel de Dios, lleno de gracia divina, e inmediatamente se dirigía a [la iglesia de] los santos Apóstoles. En efecto, había sido ordenado presbítero en la santa iglesia de los Apóstoles: el bienaventurado obispo Filoteo le había ordenado contra su voluntad⁶⁸. 3. Cuando celebraba la liturgia, en el momento de la divina oblación de la hostia, exhalaba tales suspiros y tales gemidos hacia Dios que los que le escuchaban se veían impulsados a la compunción y a las lágrimas. 4. Todos se llenaban de temor y eran instruidos cuando el domingo se dirigía a los santos Apóstoles y, tanto su doctrina como sus obras servían de corrección para todos. También los clérigos le veneraban como a un padre.

14

Don de clarividencia de Hipacio

1. Con mucha frecuencia, mientras estaba recluso, le fueron revelados muchos secretos de los que él se negaba a hablar. Pero nosotros lo supimos por el hecho siguiente: cuando uno de los hermanos estaba asaltado por malos pensamientos o era víctima de cualquier tentación, él le llamaba y con sus consejos ayudaba a su alma. 2. Así, a propósito de un hermano que acababa de llegar, dijo: «Éste roba comida y la come sin estar bendecida». 3. Después un hermano le vigiló y le sorprendió obrando así. Corregido por las amonestaciones del santo, se enmendó aduciendo que obraba así por ignorancia. 4. Y es que el padre le había visto rodeado por una serpiente desde los pies hasta el cuello y la boca de la serpiente se inclinaba sobre la boca del hermano. 5. En otras muchas ocasiones, cuando el día de la santa Pascua salía de su celda, se descubría que había escondido en la celda los trozos de pan que le daban: comía una pequeña parte y guardaba el resto.

15

Curación de Alcimo y diálogo con el diablo

1. En otra ocasión, un doméstico de Urbicio, de nombre Alcimo, quedó seco en la mitad de su cuerpo, víctima de un encantamiento mágico⁶⁹. 2. Vino con Urbicio a solicitar la curación al santo. Una vez que el siervo de Dios hubo orado y le ungió con aceite, en pocos días el Señor le curó. 3. Mientras tanto, vio en su celda al Enemigo del bien⁷⁰ con un aspecto brillante que le dijo: «Hipacio, ¿por qué me has quitado a este hombre? Hace ya tiempo que me había sido entregado». 4. Hipacio le respondió: «El Señor te castigará, diablo, y hará inútiles tus fechorías. ¿Hasta cuándo lucharás contra el género humano recreándote

con el humo de los sacrificios⁷¹ y con otras inmundicias, después de haber caído desde una gloria tan grande? ¿Hasta cuándo te negarás a arrepentirte de tus malas acciones?». 5. El diablo le respondió: «Hipacio, si yo me arrepiento, ¿me aceptará Dios en mi antiguo lugar?». 6. Pero éste le dijo: «No te lo pienses, diablo. ¿No te es suficiente que Dios se aplaque por las súplicas de los santos para que te acepte como uno de los pecadores arrepentidos?». 7. El diablo le respondió: «¿Yo tengo un poder tan grande en el mundo y tú me dices que yo seré uno de tantos pecadores? ¡Bella promesa, Hipacio!» 8. Tras estas palabras, el santo se puso a orar y el otro desapareció. El cubiculario y su doméstico dieron gloria a Dios y, agradecidos, abrazaron al siervo de Dios.

9. Este cubiculario, una vez que llegó a *praepositus*⁷², mandó construir por la salvación de su alma⁷³, un *héroon*⁷⁴, en lo que colaboró también el muy piadoso emperador⁷⁵, en el que están depositados los cuerpos de los hermanos difuntos⁷⁶. Después, desde que otro le sucedió en el cargo, él sólo se ocupa de su salud [espiritual].

16

Visita y muerte de Jonás. Una anécdota de Hipacio

1. El bienaventurado Jonás vino también a hacer una visita a Hipacio, rezó con él y le impartió la bendición con estas palabras: «He venido a verte, mi verdadero hijo, porque tomaré el camino de mis padres. 2. Yo te tenía, después de a Dios, como mi brazo derecho y, sin embargo, tú me abandonaste y fundaste tu propio monasterio». Después de decir esto, se dirigió a su monasterio y murió en paz.

3. Contaba Hipacio que, cuando se encontraba en Tracia, un hermano le dio un puñetazo en la boca y le hizo sangrar⁷⁷. Cuando llegó la hora nona⁷⁸, el que le había golpeado, llevado de remordimientos, no se atrevió a recibir la bendición⁷⁹. 4. Durante la comida, el *abba* buscó con los ojos a aquel hermano y, cuando supo lo sucedido, le llamó y dijo a Hipacio: «Dale la paz». 5. Hipacio le contestó: «Hace poco tiempo me llenó la boca de sangre y ¿ahora voy a ir a abrazarle?». 6. Nos contaba esto para que aprendiésemos que, si se da el caso de que alguien está encolerizado contra un hermano, conviene reconciliarse rápidamente, como el Señor nos enseñó en el Evangelio^a.

a. Cf. Mt 5, 24.

Pobreza de Hipacio en la etapa inicial de Rufiniana

1. Esto nos decía de cuando vino a vivir como eremita en este lugar [Rufiniana]: «Una vez encontré un recipiente de barro roto y calenté en él agua y remojé en ella mi trozo de pan; itan pobre era entonces!». 2. «En otra ocasión llegó un huésped y, como sólo teníamos un pan, me fui a otro lugar para hacer una visita para que el pan bastase a los dos hermanos que me acompañaban⁸⁰ y al huésped. 3. Llegado al lugar encontré que aquellos ya habían comido y me preguntaron: «¿Has comido ya, *abba* Hipacio?». Y yo les respondí: «Sí». 4. Y, cuando volví al monasterio, los hermanos me preguntaron: «Señor, ¿has comido?» y les respondí también: «Sí». 5. Pero, cuando me di cuenta de que Dios les había enviado otros panes, les confesé la verdad y comí». 6. «En una ocasión en que no disponíamos de pan, estaba yo sentado, al mediodía, delante de la puerta, muy triste y me dormí. Entonces veo a un anciano resplandeciente que viene hacia mí, me golpea en un costado con el pie y me dice: 7. ‘Hipacio, ¿estás triste porque no tienes pan? Levántate, no estés triste. Desde el día de hoy nunca faltará pan sobre tu mesa, ni para ti, ni para tus compañeros’. 8. Y nos convenció de la veracidad con estas palabras: ‘En verdad, hijos, desde entonces me ha sucedido muchas veces que yo quería dar a los pobres todo lo que tenía para ver si me faltaría, y jamás me ha faltado gracias a Aquel que lo proporciona para que se cumplan las palabras de la Escritura que dicen: *Aquellos que buscan al Señor no serán privados de ningún bien*^a».

Aumenta el número de hermanos. El joven Benjamín ofrece su vida por Hipacio

1. Los hermanos trabajaban con sus manos y, fruto de su esfuerzo, tenían su pan y lo proporcionaban a otros y, si alguien les ofrecía un regalo, se lo entregaban con entusiasmo a los pobres, de manera que se cumplía la Escritura que dice: *Estas manos han suministrado a mis necesidades y a las de los que me acompañan*^b. 2. Así, en pocos años, se juntaron y se unieron a él cincuenta hermanos. Hipacio les catequizaba uno a uno y a otros muchos y les hizo sus discípulos. Ellos despreciaban el mundo y se hacían monjes.

a. Sal 33, 11.

b. Hch 20, 34.

3. Así, por ejemplo, al comienzo, un cierto Aquilas de nombre renunció al mundo junto con sus cinco hijos y su esposa. Instaló a la mujer a cierta distancia en una celda para vivir como eremita. 4. Uno de los hijos, llamado Benjamín, se hizo muy agradable al Señor. En una ocasión en que *abba* Hipacio se encontraba muy enfermo, el niño Benjamín, de pie junto a él, comenzó a lamentarse angustiado y exclamó: 5. «Señor, por el bien de los hermanos y de los pobres, tóname a mí en lugar del *abba*». [Hipacio curó rápidamente] pero, al cabo de tres días el niño enfermó y se durmió en el Señor. También Aquilas llevó una vida santa y murió a una edad avanzada.

19

Descubre una fuente a raíz de una visión

1. El agua corría por el acueducto próximo al monasterio y con ella atendían a sus necesidades. Pero ciertas personas arrojaron inmundicias al agua. Si por ignorancia o por maquinación del diablo, sólo ellos lo saben. 2. Sin embargo, los hermanos cayeron enfermos por ello y sufrían mucho porque aquellos perseveraban en su acción. 3. El santo estaba triste, como un padre por sus hijos. Ayunaba y oraba a Cristo pidiéndole que les proporcionase agua y que pusiese fin a las maquinaciones. 4. Al cabo de tres días vio a tres hombres con vestimentas resplandecientes que comentaban entre sí: «¿Dónde le indicaremos al *abba* que abra un pozo para que encuentre agua para los hermanos?». 5. De forma que uno de ellos cogió por la mano a Hipacio, le llevó al lugar y le dijo: «Cava aquí y encontrarás agua». 6. A la mañana siguiente, Hipacio tomó consigo a todos los hermanos y se dirigió al lugar que le había sido indicado, oró largamente con los hermanos, cavó y encontró un agua sin igual, pura y muy dulce. 7. El lugar estaba cerca del oratorio de modo que quien lo extraía del pozo podía llegar rápidamente a la cocina.

20

Multiplicación milagrosa del trigo distribuido a los pobres

1. En otra ocasión, la reserva del trigo que tenían los hermanos fue devorada terriblemente por los gusanos. Hipacio, viendo que estaba a punto de acabarse y que no había nada que hacer, hizo llenar los sacos y dijo: «Distribuyámoslo a los pobres que están en los caminos para que no lo devore Satanás». 2. Cuando salió para dárselo a los pobres, el Señor lo multiplicó espontáneamente, sin colaboración humana, y el gusano no volvió a aparecer, sino que el grano permaneció totalmente puro.

Hipacio y los esclavos del excónsul Monaxio

1. En otra ocasión, cuatro esclavos del excónsul Monaxio⁸¹ se dieron a la fuga y llegaron al monasterio con la intención de renunciar al mundo. Hipacio los acogió y los hizo monjes. 2. Monaxio, rápidamente, envió por doquier gentes a caballo en su búsqueda⁸², pues uno de ellos formaba parte de su familia⁸³ y él le había colmado de favores⁸⁴. Éste llegó a ser un asceta muy probado y fue honrado con el sacerdocio. 3. Monaxio hizo detener a otro de sus esclavos, de nombre Pablo, le sometió a tortura, le ató con los hierros y le mantuvo encerrado bajo la vigilancia de un soldado⁸⁵. 4. Pero, en medio de la noche, se presentó un ángel de Dios, le soltó las ataduras, le abrió las puertas y le dijo: «Huye y ponte en lugar seguro»⁸⁶. 5. Una vez libre y sabedor de dónde estaban los otros, se dirigió también él al monasterio. Y es que Monaxio no conocía aún el monasterio. 6. Pero cuando supo de su existencia y se enteró de que los esclavos estaban allí, envió un mensaje al santo en estos términos: «Devuélveme mis esclavos». 7. Pero aquél respondió a los enviados: «Volved y decidle esto: 'Yo no les aparto de Dios para dártelos. Pero, si tú te atreves a retirarlos, ven tú mismo a por ellos, pues ellos se han refugiado junto a Dios'».

8. Cuando aquél escuchó esa respuesta se sumió en la confusión y envió a unos presbíteros con esta petición: «Ven para que yo te conozca, pues tengo deseos de verte». 9. Habiéndole repetido muchas veces el mensaje, se vio obligado a acudir. Otros, sin embargo, se lo desaconsejaban con este argumento: «No vayas, no sea que te meta en prisión para reclamar a sus hombres». 10. Cuando se encontró con él, Monaxio se llenó de alegría y le declaró bajo juramento: «Esta misma noche te he visto haciendo una plegaria en mi casa». 11. Después se puso a acusarle a propósito de los esclavos y a hacer muchos discursos como hombre instruido que era y que había sido tres veces prefecto [del pretorio]. «Quiero», le dijo, «que me devuelvas los esclavos». 12. Pero Hipacio, como no pudiendo dar crédito a sus palabras, le dijo: «Si tú piensas de forma humana, ciertamente son tus esclavos. Pero, si no piensas en términos humanos, sino de Dios, no son esclavos tuyos, sino compañeros de esclavitud. 13. Así pues, si tú los alejas de nuestro dueño común, Dios, ¿qué te hará Éste?, ¿no desatará su cólera contra ti?». 14. Monaxio quedó admirado de aquel hombre e, impresionado por su respuesta, le suplicó diciendo: 15. «*Abba*, eleva una plegaria y bendice mi casa y mis hijos, vete en paz y ora por mí. Desde ahora no me atreveré a hacer nada que impida a los esclavos servir a Dios». 16. Así pues, después de orar y de bendecirle, Hipacio volvió a su monasterio.

Preocupación de Hipacio por los pobres y curaciones milagrosas

1. Tenía tal amor por los pobres que para los huérfanos era como un padre y hacía las veces de esposo para su madre. Es imposible enumerar la cantidad de desnudos que el Señor vistió por medio de él y a los que alimentó. 2. En su semblante se manifestaba cuánto amaba a los pobres. 3. Y es que la gracia de Dios brillaba en él de acuerdo con aquello que está escrito: *La limosna del hombre es para él como un sello*^a, de forma que se cumplió la Escritura que dice: *Bienaventurado el que se preocupa por el necesitado y el pobre, en el día malo el Señor le librará, el Señor le guardará y le dará felicidad sobre la tierra*^b. 4. Nunca un pobre se alejó del monasterio con las manos vacías. No se puede decir a cuántos cubiertos de heridas el Señor curó sirviéndose de él. 5. Y es que a muchos, a los que los médicos rechazaban con la excusa de que no podían ser tratados por causa de su indigencia, y a otros a los que nadie podía acercarse por culpa de su mal olor, él les cuidaba con sus propias manos y les liberaba de sus infecciones. No recurría a un médico ni a los emplastes ni a cualquier otra cosa —de hecho él ignoraba los conocimientos médicos— sino que, después de ponerles una cataplasma de lentejas cocidas y de sal, oraba y les marcaba con el signo de la cruz. Y en pocos días, por la gracia de Dios que le asistía, les devolvía sanos y cantando sus alabanzas⁸⁷. 6. A los que por él eran curados, les mandaba que no le diesen a él las gracias sino a Dios, y que glorificasen a Aquél que obra milagros por medio de sus siervos.

7. ¡Cuántas personas que estaban a punto de quedar ciegas por un glaucoma ha curado el Señor por medio de él! Uno de éstos, que no podía ver, vino a Hipacio y le dijo: «Haz sobre mí el signo de la cruz, siervo de Dios, y escupe sobre mis ojos para que yo vea»⁸⁸. 8. Tenía una enfermedad tal en la vista que no era capaz de verle a él. 9. Una vez que Hipacio oró y le hizo la señal de la cruz, inmediatamente el Señor le curó y se marchó recuperada la visión.

10. ¡A cuántas personas paralizadas en sus miembros por los demonios el Señor fortificó por medio de él! En una ocasión llegaron seis hombres llevando a un hombre llamado Agatángelo, que estaba paralizado en sus miembros a causa de un rayo porque un demonio se había apoderado de él⁸⁹. 11. Todos sus miembros no cesaban de sufrir sacudidas y agitaciones y ni sus manos ni sus pies podían estar quietos. 12. Todo su cuerpo se levantaba por encima del suelo al tiempo que lanzaba alaridos de forma que no se le podía sujetar. Los que le observaban tenían los

a. Ecles 17, 22.

b. Sal 40, 2-3.

cabellos erizados de terror y elevaban sus manos a Dios. 13. Hipacio, cuando le vio, marcó sobre él el signo de la cruz y ordenó llevarle al interior. Después de orar y ungirlo con aceite bendecido⁹⁰, tomó tres cuerdas y le ató. Después de siete días, el Señor le curó⁹¹.

14. ¡A cuántas personas transformadas en locos furiosos por el diablo, ha curado el Señor por medio de él! Y es que había recibido del Señor un tal poder curativo que, mediante la plegaria y el signo de la cruz de Cristo expulsaba a los demonios más terribles. 15. En una ocasión el *comes* Zoanés, que habría llegado a ocupar el cargo de *magister militum*⁹² si no hubiera muerto antes, llevó ante el santo Hipacio a su propio hermano llamado Atelaas que estaba atormentado por un terrible demonio. 16. Era un demonio con una enorme capacidad mágica⁹³. El *comes* llenó de oro su mano y se la tendió al santo Hipacio. 17. Pero éste le dijo: «¿Es que tú has venido por un negocio para comprar la gracia de Dios? ¿No sabes que Cristo nos dio esta orden: *Tomad gratis, dad gratis*^a?». 18. El *comes*, muy edificado por este rechazo del oro y estas advertencias glorificó a Dios que le había permitido encontrarse con un hombre como éste⁹⁴. 19. Hasta su muerte el *comes* amó al siervo de Dios como a un padre. 20. En cuanto a su hermano, permaneció en el monasterio. Gracias a las plegarias del santo, el Señor le desveló a los autores de los encantamientos mágicos y expulsó al demonio del cuerpo del hombre, que fue curado y recuperó la salud⁹⁵.

21. Los campesinos de las tierras próximas al monasterio no sólo eran curados ellos mismos de las enfermedades que les sobrevénían, sino que también llevaban inmediatamente al santo sus animales, si se daba el caso de que enfermaban por una acción del diablo o por cualquier otra causa. Entonces frotaba con sal, con su propia mano, la lengua del buey y, después de orar y marcar su frente con el signo de la cruz de Cristo, el mismo día el Señor lo curaba⁹⁶.

23

Grave enfermedad de Hipacio

1. Había llegado a la edad de sesenta años y cayó gravemente enfermo hasta el punto de que todos nosotros pensábamos que iba a morir. 2. Sus discípulos, todos los pobres y amigos y los monjes de los otros monasterios estaban tan tristes y oraban tanto por él que, cuando Dios le devolvió las fuerzas, todos comprendimos que había sido gracias a estas plegarias y a estas lágrimas. 3. Y es que, después de la muerte del santo Dalmacio todos le consideraban a él como su padre⁹⁷. Después

a. Mt 10, 8.

de haberse reestablecido, él mismo nos decía: «En verdad, hijos, Satanás me ha hecho daño porque es él quien me ha impedido ir por el buen camino. 4. Pues, cuando estaba a punto de partir, el diablo se me presentó y me dijo: '¿A dónde os dirigís? Todavía tengo que luchar⁹⁸ contra ti'. E inmediatamente, Aquel que me había adiestrado me dijo: 'Todavía tienes que combatir. Vete, pues, y cuida de tus hijos'».

24

Enseñanzas espirituales y ascéticas de Hipacio

1. Es así como nos enseñaba siempre a sus discípulos y a los monjes y amigos que venían a él desde fuera⁹⁹. No quiero pasar por alto los beneficios de sus enseñanzas, antes bien, las recordaré para que aquellos que tengan ansias de instrucción extraigan de ellas el celo espiritual que emana de su virtud y todos los demás hermanos saquen provecho de escuchar sus exhortaciones.

El amor de Dios y del prójimo

2. Esto es lo que él decía: El que quiera agradar a Dios y ser juzgado digno del reino de los cielos debe elegir los dos mandamientos del Señor de los que ha hablado en el Evangelio: 3. *De estos dos preceptos penden la Ley y los Profetas*^a, a saber: 4. *Amarás al Señor, tu Dios, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas y a tu prójimo como a ti mismo*^b. 5. De hecho, si la compunción del Espíritu Santo llega a penetrar en uno mismo, cuando éste reflexiona que todas las cosas de este mundo son vanidad y pasan —*pues la figura de este mundo pasa*^c—, 6. y si se persuade de que no es posible sacar ventaja de este mundo si no es cumpliendo buenas obras, que son un mérito que se lleva consigo a la muerte y asegura la misericordia ante el Señor, si, en fin, se da cuenta después de que en el mundo le arrastran en sentidos opuestos muchos deseos, 7. es entonces cuando, consciente de todo ello, elegirá despreciar el mundo, retirarse a un lugar solitario y orar a Dios en silencio de acuerdo con el dicho: 8. *Feliz el hombre que soporta el yugo desde su mocedad; se sentirá en soledad y en silencio*^d. Pues yo me sorprenderé, decía, de que viviendo en el mundo se pueda observar irreprochablemente los mandamientos de Dios, pues también

a. Mt 22, 40.

b. Mt 22, 37-39.

c. 1 Cor 7, 31.

d. Jer 3, 27-28.

dice el Señor: *Nadie puede servir a dos señores*^a. 9. Ciertamente, se puede vivir en el mundo con pureza y justicia. 10. Sin embargo, es más grande aquel que, por Dios, ha despreciado todas las cosas y no tiene otra preocupación que intentar agradar a Dios rezándole noche y día, como él mismo ha dicho: *Considera la plegaria continua como tu oficio*^b. 11. Pues Aquel que alimentó a seiscientos mil en el desierto sin sembrar, no tendrá dificultad en alimentarle también a él. 12. Si, además, uno encuentra a hombres piadosos y habita con ellos y con el tiempo aprende de las divinas Escrituras de los santos Padres que nos han precedido y, mediante la experiencia, la forma de agradar a Dios —13. pues es a través de las tribulaciones y tentaciones con las que nos aflige el Enemigo como se debe aprender qué gran bien es resistir a las intrigas del diablo y qué dulce unirse a Dios—, 14. es entonces cuando uno comienza a pedir a Dios con gran deseo y gran esfuerzo del alma que el Señor venga en su ayuda, le ilumine su mente y le enseñe a distinguir lo amargo de lo dulce.

15. Porque, efectivamente, es muy amargo entregarse al pecado, aunque se nos ofrezca ocasión de satisfacer a la carne, y es muy dulce caminar por la *vía estrecha y angosta que lleva a la vida*^c donde los justos disfrutaban del reposo. 16. Porque el diablo sin cesar acostumbra a sugerirnos comer, beber, llevar bellas ropas, gozar de la vida y engendrar hijos en un matrimonio legítimo. 17. Son éstos los reclamos de que se sirve. De la misma forma que el pez, comiendo el cebo es cogido en el anzuelo, así el Enemigo nos seduce por estos medios. 18. Porque es inevitable que, si uno está casado, desee la riqueza y, por culpa de las riquezas, cometer injusticias, perjurar, querellarse y así verse distraído por los negocios del mundo, de manera que ni siquiera se va a la iglesia y después se desean alimentos delicados y vestidos preciosos. 19. De todo esto surgen las tinieblas que se expanden en el alma y un endurecimiento terrible, de forma que el alma ya no encuentra reposo y no busca más a Dios según las palabras del Apóstol: *El célibe se cuida de las cosas del Señor y de cómo agradar al Señor*^d. 20. Pero el que posee riquezas y tiene apego a ellas y las quiere conservar escucha las palabras del Señor cuando dice: *Todo el que dejare casa, campo, padre, madre, hermanos, hermanas recibirá el céntuplo y heredará la vida eterna*^e. 21. Y no dudes de su palabra, pues él no tiene engaño y tiene poder para dar lo que ha prometido^f. Pues Aquel que ha hecho pasar al

a. Mt 6, 24.

b. Cf. Lc 18, 1.

c. Mt 7, 14.

d. 1 Cor 7, 32.

e. Mt 19, 29.

f. Cf. Rom 4, 21.

universo de la nada al ser, que te ha creado y te ha proporcionado las riquezas, te lo puede dar. 22. *Porque nada es imposible para Dios^a*, siempre que nosotros no dudemos, sino que nos esforcemos por hacer todo por él. 23. Entonces reconoceremos, en lo que respecta a las obras que él ha cumplido en nosotros, que las tribulaciones que nos sobrevienen por él están llenas de alegría y de felicidad. 24. Porque, si penetra en nosotros un tal conocimiento de Dios, no nos preocuparemos de la violencia, del hambre, de la sed, de las injurias, de la humillación, de la desnudez, de la persecución, de cualquier tipo de aflicción, sino que estaremos prestos a soportarlo todo con placer por Dios.

25. Pues si nosotros dejamos todo en manos de Dios y no nos tomamos la justicia por nosotros mismos^b, él nos hará triunfar en todo y mostrará su misericordia sobre nosotros y entonces, llenos de admiración, sabremos en qué maestro nos hemos refugiado. 26. Pues esto es amar a Dios de todo corazón, lo mismo que en el mundo estar encadenado por el amor de una mujer o de un amigo auténtico. 27. Incluso si uno es perseguido, si uno es violentado, condenado, si sufre innumerables males, no se renuncia a aquel amor. 28. De la misma forma también, aquel que arde en deseos de Dios está siempre encadenado de amor por él, desprecia todas las cosas del mundo, soporta todas las penalidades dando gracias y glorificando a Dios, y se entrega siempre con gran celo a cumplir sus mandamientos según aquel que dijo: *Tú has promulgado tus preceptos para que sean guardados con diligencia^c*.

29. Aunque se presente cualquier obstáculo, una tribulación, una guerra con el diablo o con los hombres, incluso si se presenta la ocasión del martirio, éste soporta absolutamente todo con alegría y no renuncia ni al amor de Dios ni a sus mandamientos, según estas palabras de la Escritura: 30. *Casi me han echado por tierra, pero yo no he abandonado tus preceptos^d*, porque quiere agradarle a él y hacer todo lo que agrada a Dios sin que jamás sea suficiente.

31. Paralelamente, amar al prójimo como a sí mismo, es lo que le dijo el Señor: *Cuanto quisieris que os hagan a vosotros los hombres, hacedlo vosotros a ellos^e*. 32. Todo el bien que nosotros queremos que se nos haga, hagámoslo también nosotros a nuestro prójimo, y todo lo que nosotros no queremos sufrir de otro, no se lo hagamos nosotros a otros. 33. Esto es amar al prójimo de acuerdo con la Escritura que dice: *Y no ha hecho mal a su prójimo^f y la caridad no hace nada que*

a. Lc 1, 37.

b. Cf. Rom 12, 19.

c. Sal 118, 4.

d. Sal 118, 87.

e. Mt 7, 12.

f. Sal 14, 4.

dañe al prójimo^a, sino que *todo lo tolera*^b. 34. Ved, en efecto, cuánto nos ha amado Dios porque se ha dignado por nosotros hacerse hombre y sufrir la cruz para rescatarnos del diablo. Y, aceptando nuestras buenas obras en favor de los pobres, nos recompensa con el reino de los cielos. 35. *Si, pues, Dios nos ha amado de esta manera, ¿cuánto nosotros debemos amarnos mutuamente?*^c.

La vocación y la vida del monje

36. *Mirad, hermanos, vuestra vocación*^d: es una cohorte angélica a la que habéis sido llamados. Pues, al igual que los ángeles cantan todos los días la gloria de Dios, así también vosotros, mientras lo alabáis con vuestros cánticos, debéis entregaros a ensalzarle con vuestras obras practicando la virtud, como ya dije antes: primero el amor a Dios y al prójimo, después la continencia, la contemplación, la paciencia, el desapego de los bienes terrenales, la templanza, la grandeza de espíritu, el arrepentimiento permanente de los pecados. 37. Pues, el que ha llegado a gustar la gracia de Dios, llora día y noche, para aprender a agradar a Dios y franquear el océano de este mundo y llegar sano y salvo al puerto de Cristo. 38. Entregaos, pues, a estas prácticas para que *los hombres, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*^e y os sea aplicada también a vosotros la palabra: *Dichoso el siervo aquel*^f gracias al cual el Señor es alabado. 39. Porque vosotros estáis llamados a una vida angélica sobre la tierra: combatís durante esta breve vida y triunfáis de las acechanzas del Enemigo por la gracia de Cristo y, si vencéis las pasiones de la carne y os hacéis agradables a Dios, llegareis a ser mejores que los ángeles según lo que está dicho: *¿No sabéis que nosotros hemos de juzgar a los ángeles?*^g. 40. Porque los ángeles, al no tener cuerpo, son incapaces de pecar. Mientras que esta carne nuestra es una tentación para nosotros porque *sus tendencias son contrarias a los del Espíritu*^h. Sabed, pues, que *los justos brillarán como el sol*ⁱ y recibirán en recompensa bienes indecibles. 41. Porque es a vosotros a quienes el Señor ha dicho: *Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará?*^j. 42. Porque es por vosotros como los

- a. Rom 13, 10.
- b. 1 Cor 13, 7.
- c. 1 Jn 4, 11.
- d. 1 Cor 1, 26.
- e. Mt 5, 16.
- f. Mt 24, 46.
- g. 1 Cor 6, 3.
- h. Gál 5, 17.
- i. Mt 13, 43.
- j. Mt 5, 13.

hombres son salados cuando ven vuestra forma de vida. Es que vosotros sois las primicias del mundo^a. 43. Al igual que un campesino, cuando desgrana el trigo ofrece las primicias al Señor y, gracias a esta pequeña cantidad, el Señor bendice toda la cosecha, así también Dios manifiesta misericordia por el mundo gracias a sus santos.

Los dones que el monje ha recibido de Dios

44. Considerad ahora, hermanos, de qué bienes nos ha colmado Dios a nosotros, sus siervos. En primer lugar, nos ha liberado de la esclavitud del mundo y de sus inquietudes. Hace que, viviendo nosotros en el silencio de la contemplación, no tengamos ninguna preocupación salvo presentar al Señor, en el último día, nuestras almas irreprochables y ser así juzgados dignos de sentarnos a su derecha.

45. En segundo lugar, aunque no seamos dignos, ha hecho que le alabemos día y noche y hagamos elevar a él las plegarias del oficio divino.

46. En tercer lugar, él nos proporciona, aunque no nos demos cuenta, las cosas necesarias para nuestra vida, bien por nuestras propias manos, bien por medio de los hombres que le temen.

47. En cuarto lugar, por causa de Dios nos honran los jefes y los reyes, ilustres según el mundo, evidentemente cuando son cristianos. 48. Sólo esto ¿no es suficiente para darle dignamente gracias al Señor? ¿Qué es lo que nosotros podemos ofrecerle en recompensa por todo lo que él nos ha dado?

49. En quinto lugar, él se ha dignado hacernos pasar de las tinieblas de la ignorancia a la luz de su conocimiento. Y ¿qué es lo que puedo decir, cómo expresar el hecho de que nos ha hecho pasar de la nada al ser? 50. Si yo quisiese enumerar con detalle todos los bienes que nos ha concedido y nos concede aún en este mundo —pues de los del mundo futuro yo no puedo hablar—, me faltaría el tiempo para exponerlos.

51. Con mucha frecuencia, cuando estábamos en el mundo, no teníamos nada de todo esto: a veces éramos pobres, otras veces sufríamos duramente viviendo en el pecado, entre luchas, tribulaciones, procesos y otras dificultades propias del mundo. E, incluso si uno era rico, la riqueza misma nos proporcionaba una vida miserable.

Se debe dar gracias a Dios incluso en medio de las tribulaciones

52. Por todo ello, hermanos, ¿quién estará en condiciones de dar gracias suficientes a Dios o, al menos, elevar sus ojos hacia él? Pero sois felices vosotros que, pobres según el mundo y ricos en Dios, que estáis

a. Cf. Sant 1, 18.

mueritos según el mundo, pero vivos para Dios, según aquel que dijo: *como quien nada tiene, poseyéndolo todo*^a. 53. Porque *estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*^b. 54. Esto es, pues, lo que os quiero decir, hermanos míos: no alabemos a Dios solamente cuando recibimos bienes de él, sino corramos también a él en las tribulaciones, y no nos separemos de él, amémosle y démosle gracias por todo lo que nos sobreviene. 55. Porque, con frecuencia, Dios nos pone a prueba para ver si en las tribulaciones perseveramos en su amor. 56. No seamos sus amigos solamente cuando vivimos en paz y no le rindamos servicio y alabanzas con salmos e himnos cuando estamos con buen ánimo en tiempo de relajación, sino continuemos dándole gracias y sirviéndole con más celo cuando caemos en las tribulaciones, las relajaciones y las tentaciones para que nos veamos libres de ellas lo antes posible. 57. Porque, igual que al soldado, no es la paz lo que le alimenta, ni lo que le hace alcanzar los más altos méritos o lograr el botín, si nunca hace la guerra o combate, lo mismo le sucede a aquel que ama a Dios: cuando sufre persecuciones y torturas, comparece ante los magistrados y éstos le someten a diversos suplicios con el fuego, con el hierro o con otros instrumentos de tortura, es cuando él está más alegre, mantiene su confianza y no renuncia al amor de Dios. 58. Porque observa a lo lejos la corona que Dios concede a los que compiten legítimamente y no reniegan de su Señor, ni aceptan hacer nada que vaya contra la voluntad de Dios. 59. Aquel que llegue a estar atado por un tal amor a Cristo, *que es vínculo de perfección*^c, canta con sus obras: 60. *¿Quién nos separará del amor de Cristo? Las tribulaciones, las angustias, las persecuciones, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada y cualquier otra cosa, nada podrá separarnos a los fieles del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor*^d. 61. Éste aspira a testificar como mártir porque para el cristiano es preferible sufrir por Dios las torturas durante una hora y alcanzar la corona, a morir en un camastro entre dolores. Y es que el alma no se separa del cuerpo si no es con gran riesgo y lucha.

La templanza en la comida

62. Sabed, pequeños hijos, que la templanza es una gran ventaja para el cristiano porque pone freno a todos los males y proporciona muchos bienes. 63. Ella doma las pasiones del cuerpo, pacifica el espíritu y le lleva al conocimiento y reprime los deseos impetuosos de

a. 2 Cor 6, 10.

b. Col 3, 2.

c. Col 3, 14.

d. Rom 8, 35, 39.

la juventud. 64. Pues es terrible la lucha contra los apetitos del vientre y todos los males derivan de él: es la ruina del cuerpo, el yugo del alma que la lleva al pecado y, poco a poco, supera incluso otros vicios. 65. Porque es razonable y se deduce de la Escritura que comer y beber no tiene nada de malo: ¿Acaso no está escrito que *no es lo que entra por la boca lo que hace impuro al hombre, sino lo que sale de ella*^a? 66. Pero esto el Señor lo dijo a los judíos porque acusaban a sus discípulos de arrancar espigas en día de sábado, cosa no permitida por la Ley. 67. Fue entonces cuando les dijo: *No es lo que entra en el hombre lo que hace impuro*^b. Con lo que quería decir: ojalá hubieseis comido espigas también vosotros y no hubiesen surgido maldades de vuestro corazón y ojalá vosotros, observando el sábado, no hubierais encolerizado al autor del sábado. 68. Por lo demás, nosotros no denominamos templanza a la abstención de todo alimento, sino al hecho de no nutrir el cuerpo con alimentos delicados: 69. Las verduras, las legumbres secas y el queso son necesarios a la vida, al sostén del alma y a la energía necesaria para el buen trabajo. 70. Pero recomendamos el buen control del cuerpo para que no se vea entorpecido por los alimentos y haga caer al alma en el pecado y, por otra parte, no se contraiga, se debilite e impida al alma entregarse a las cosas del espíritu. 71. El alma debe esclavizar al cuerpo de forma que si éste se debilita, ella le aporte un poco de más y, cuando se hinche, le refrene.

72. Y es que comer sin control es para el hombre causa de muchos males; por el contrario, la templanza le proporciona muchos bienes como enseñan las divinas Escrituras. 73. Desde el inicio, Adán, nuestro antepasado, fue expulsado del paraíso por haber comido, a pesar de que disponía de todo para disfrutar. 74. Y el pueblo, aunque alimentado con el maná en el desierto, echaba de menos los alimentos de Egipto, *los ajos, las cebollas, los puerros, los melones, los cohombros*^c. 75. Por ello, se volvieron hacia los ídolos, provocaron la cólera de Dios y sus huesos cubrieron el desierto. 76. Los tres jóvenes que no querían mancillarse con la idolatría rechazaron comer los manjares de la mesa del rey^d y, a pesar de alimentarse sólo de legumbres, aparecieron con mejor salud que aquellos que comían el menú real, según lo que está dicho: 77. *Yo castigo mi cuerpo y lo esclavizo no sea que, habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado*^e. 78. Si un apóstol tan grande habla así, ¿qué debemos decir nosotros? *El que se prepara para la competi-*

a. Mt 15, 11.

b. Mt 15, 11.

c. Núm 11, 4.

d. Cf. Dan 1, 11 ss.

e. 1 Cor 9, 27.

ción, se abstiene de todo^a. 79. Cuando uno sigue el apetito que le pide su corazón, se convierte en juguete de sus enemigos. 80. El que tiene lleno el vientre no puede entablar el combate espiritual y librarse de los íncubos nocturnos y de los desórdenes del cuerpo. 81. *Porque aquel que sembrase en su carne, de la carne cosechará la corrupción; pero quien siembre en el espíritu, del espíritu cosechará la vida eterna*^b.

Evitar el orgullo

82. En contrapartida, sea que practiquéis la templanza, o que oréis, o que hagáis cualquier cosa, no os creáis que estáis haciendo algo importante, sabedores de que todo lo bueno que tenemos viene de Dios. 83. *Porque, ¿qué tienes tú que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si no lo hubieras recibido?*^c. *Si no es el Señor el que edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen*^d. 84. Así pues, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: *somos siervos inútiles; lo que teníamos que hacer, eso hicimos*^e. 85. Dios resucitará en la gloria a aquellos que son humildes y a los humildes da su gracia^f. Pues nosotros no hemos hecho nada si no es lo poco que hayamos avanzado en el temor de Dios a causa de nuestros pecados.

86. Pero también esto viene de Dios; y todo lo demás, es él quien nos lo da por su gloria. ¿Cómo, entonces, podemos nosotros gloriarnos de ser justos y de que hemos hecho algo bueno? 87. Pues, si alguien, creyéndoselo, se alaba a sí mismo, inmediatamente le abandona la gracia y se manifiesta lo que somos en realidad. Entonces es cuando uno comienza a reconocer que es un hombre lleno de pecados y que, a menos que la gracia de Dios venga y habite en él, es incapaz de hacer nada nuevo. 88. El orgullo hace caer al hombre, pues *el que se ensalza será humillado*^g. Si, por el contrario, uno se humilla y se considera el más vil de todos, la gracia le ensalzará. Esto es lo que uno debe tener siempre en su corazón: «El Señor ha tenido piedad de mí en este mundo y se ha dignado hacer de mí su esclavo». Entonces, por su gracia nos salvará para el mundo futuro. 89. Pues nadie se justifica por las obras de la Ley según aquel que dijo: *por la gracia habéis sido salvados*^h. 90. La humildad es un muro infranqueable y es la corona de todas las virtudes.

a. 1 Cor 9, 25.

b. Gál 6, 8.

c. 1 Cor 4, 7.

d. Sal 127, 1.

e. Lc 17, 10.

f. Prov 3, 34.

g. Lc 14, 11.

h. Ef 2, 5.

La resistencia a la acedia

91. No desesperemos¹⁰⁰ en la ascesis, antes bien, aumentemos nuestro celo: olvidando lo que tenemos detrás, tendamos intensamente a lo que tenemos delante, prosigamos nuestra carrera hasta el final para esperar el premio de la llamada celestial de Dios^a. 92. Porque es breve nuestro tiempo. Apresurémonos a llegar a nuestra verdadera morada^b. Porque nosotros no somos aquí más que extranjeros, viajeros^c, y la razón de que seamos viajeros es que, después de haber luchado contra los enemigos con la ayuda de Dios, podemos llegar a la ciudad de los santos para allí reposar durante la eternidad sin fin.

93. Así pues, que nadie sea indolente o se relaje diciendo: «¡Cuán to tengo que soportar con los ayunos, con las veladas, con el dormir sobre la tierra, con la práctica de la continencia y las luchas contra los demonios! ¡Yo soy débil de cuerpo!». Más bien, ciñéndose con la fe^d, diga: 94. «Dios, a quien yo sirvo, él mismo me dará la fuerza». Pues si uno, gracias a Dios, vence el primer combate tiene más entusiasmo para vencer el segundo.

La plegaria como instrumento de lucha contra el diablo

95. Entregaos, pues, hermanos a perseverar en la plegaria, *a velar y orar para que no caigas en la tentación^e*, como dijo el Señor. 96. Cuando oréis, *no estéis ansiosos^f* en vuestro espíritu, antes bien, con el esfuerzo del alma, con espíritu sobrio, haced conocer a Dios vuestras peticiones^g. 97. Ensalzadle, pues, noche y día, mediante salmos, himnos y cánticos espirituales^h según lo que dice la Escritura: ¿De qué sirve que yo cante con el espíritu si mi mente permanece estéril? 98. ¿Qué dice, pues [el Apóstol]? *Salmodiaré con el espíritu, pero salmodiaré también con la menteⁱ* ¹⁰¹.

99. Sed sobrios y estad en vela. Porque vuestro adversario, el diablo, ronda en torno a vosotros intentando devoraros. Pero, si vosotros le resistís, firmes en la fe^k, él será consumido por el fuego y huirá lejos

a. Cf. Flp 3, 13-14.

b. Cf. Heb 6, 11.

c. Cf. Heb 11, 3.

d. Cf. 1 Pe 1, 13.

e. Mt 26, 41.

f. Lc 12, 29.

g. Cf. Flp 4, 6.

h. Cf. Ef 5, 19.

i. Cf. 1 Cor 14, 14.

j. Cf. 1 Cor 14, 15.

k. Cf. 1 Pe 5, 8.

de vosotros. 100. No temamos, pues, a los demonios que nos engañan y son nuestros enemigos. Ellos se jactan en nuestras fantasías, pero nada pueden contra los que tienen fe. No pueden, siquiera, forzarnos a hacer el mal, sólo nos lo sugieren induciéndonos al error mediante artificios engañosos. 101. Por lo demás, nos es posible, después de habernos purificado bien, invocar al Señor para que nos dé la facultad de discernir¹⁰² sus maniobras, según aquel que dijo: *No ignoramos sus propósitos*^a. 102. Pues la venida del Señor le ha hecho débil de forma que es impotente contra los creyentes. No escuchemos, pues, al diablo, sino más bien al Señor —está en nuestro poder el desobedecerle o el obedecerle— y no nos fiemos de las visiones que nos ofrece, pues tenemos a Dios que nos asiste. 103. Pues *Dios no nos ha dado espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza*^b.

25

Conclusión sobre las enseñanzas de Hipacio

1. Esto es lo que nos enseñaba en todo tiempo a nosotros, sus discípulos. Y nosotros, oyendo de él estas enseñanzas y viendo los milagros que Dios obraba por medio de él —pues, mediante la sola imposición de las manos, el Señor ha curado a muchas personas afectadas con toda suerte de enfermedades—, glorificábamos, llenos de admiración, a Aquel que había dado una gracia tal a sus siervos. Nuestro fervor se acrecentaba y comprendimos que era esto lo que el Señor le había dicho¹⁰³ por la voz que le había llegado a través de los aires: 2. *Yo te he puesto para la luz de las gentes hasta los confines de la tierra*^c. Pues, mientras vivió, su vida fue motivo para muchos de encontrar refugio en la iluminación de la salvación y, después de renunciar al mundo, hacerse monjes. Y, ahora que ha partido hacia Dios, sus enseñanzas serán útiles para muchos y les iluminarán el camino hacia la luz del Señor.

3. Ahora bien, la luz del Señor es la del temor del Señor. Pues, aquel que da oídos a los mandatos del Señor y a las exhortaciones de los santos Padres, y quien, iluminado por el Señor, camina firmemente sobre sus pasos —aquel, en efecto, que cumple los mandamientos de Dios, los observa y se humilla— pone sus cimientos sobre la roca, y *esta roca es Cristo*^d. 4. Tampoco los santos Padres nos enseñan nada que se aleje de los mandamientos de Dios.

a. 2 Cor 2, 11.

b. 2 Tim 1, 7.

c. Cf. Is 49, 6.

d. Mt 7, 25.

Régimen alimenticio de Hipacio

1. El régimen de Hipacio consistía en legumbres secas, verduras y un poco de pan. En su vejez tomaba un poco de vino¹⁰⁴. 2. Él siempre comía una vez superada la hora nona y, con frecuencia, retardaba ésta. Durante la cuaresma sólo comía cada dos días. Él vivía entonces como recluso cantando los salmos y rezando los oficios de Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas, primera Vigilia y Maitines según aquél que dice: *Siete veces te alabo en el día por tus justos juicios*¹⁰⁵. 3. De esta forma, en el espacio de un día y una noche cantaba siete veces los oficios recitando cien salmos y cien plegarias¹⁰⁶. Él siguió esta norma hasta su muerte y se la dejó en herencia a sus discípulos. Nunca, en su vejez, se relajó en el cumplimiento de su régimen habitual. 4. Ha de saberse que conservó hasta el final su buena salud y su cuerpo permaneció vigoroso. Y su vista era tan perspicaz como la del que se nutre de alimentos delicados. 5. Y es que, en realidad, los santos disfrutaban de menús espléndidos porque gozan, en el hombre interior, de la mesa divina y espiritual.

La compunción de Hipacio. Su actitud con los discípulos y los visitantes

1. Cuando Hipacio oraba estaba tocado continuamente del sentimiento de compunción, y lloraba y gritaba tan fuerte hacia Dios que, sumidos en lágrimas, nosotros experimentábamos temor. 2. Nos decía sin cesar: «Éste es el fundamento del progreso para el monje, renunciar a su propia voluntad, practicar la obediencia total hacia su padre espiritual y poner en Dios todas sus preocupaciones y sus esperanzas porque él se preocupa de nosotros^b. 3. El Señor no desprecia a los que confían en él. Ved que vosotros habéis venido a mi baja tras abandonar el mundo y a vuestros padres por Dios y habéis puesto sobre mí la carga de conducirlos. Así pues, lo que yo os digo lo debéis cumplir. 4. Por lo que a mí respecta, pongo todo mi celo en deciros lo que agrada a Dios. Seguid, pues, mis enseñanzas para que vosotros y nosotros nos hagamos agradables a Dios y yo merezca decir con vosotros el último día: 5. 'Heme aquí, Dios, con los hijos que me has confiado'». 6. Esto es lo que nos enseñaba. Puso también por escrito otros consejos y nos los entregó para que, gracias a ellos, nos pudiésemos hacer agradables

a. Sal 118, 164.

b. Cf. 1 Pe 5, 7.

al Señor. 7. A los amigos que venían al monasterio les decía también lo que debían hacer para que no prefiriesen nada al temor de Dios: evitar toda acción injusta, frecuentar continuamente las iglesias, dar limosna en la medida de sus posibilidades. 8. Exhortados de esta forma, le abrazaban y se retiraban edificadas.

28

Las luchas de Hipacio contra los demonios y los magos paganos

Curación de un hombre víctima de un encantamiento de una mujer

1. En una ocasión vino a verle un hombre del mundo que tenía una úlcera terrible —toda su pierna estaba supurando—. Hipacio le atendió y rezó por él; pero esto no le proporcionó ningún alivio. 2. Entonces el santo Hipacio le preguntó: «¿No has hecho algo malo?». Aquel le respondió «Antes de venir al monasterio, una mujer con un cuchillo ha hecho encantamientos¹⁰⁷ sobre mi úlcera». 3. Cuando hubo confesado, Hipacio nos contó que sucedió lo siguiente: «Aquella misma noche vi a la mujer sentada ante el portal y, a poca distancia, al diablo sentado en un dosel, con vestimenta imperial y escoltado por muchos demonios. 4. Los hermanos salieron para expulsar a la mujer y los demonios atacaron a los hermanos. 5. Pero, cuando yo me acerqué, dijo el diablo a sus servidores: 'Retiraos, vosotros no podéis nada contra él'. 6. E inmediatamente hizo desaparecer a todos». Y el hombre se curó al cabo de pocos días¹⁰⁸.

El palafrenero que enfermó y murió por culpa de un adulterio que no quiso confesar

7. En otra ocasión le fue llevado un hombre cuya cabeza estaba tan hinchada como si tuviese el volumen de tres cabezas unidas en una, y llena de úlceras. 8. Era un empleado de la posta imperial¹⁰⁹, un palafrenero como los llaman algunos¹¹⁰. Hipacio, pues, hizo una plegaria, le lavó con sus propias manos y se ocupó de él. 9. Sin embargo, al cabo de pocos días, la enfermedad se agravó e Hipacio, extrañado, dijo al hombre: «Confiesa: ¿no has hecho algo contra Dios? Pues, si no hubiese algún motivo, Dios no tendría ninguna razón para provocarnos estos esfuerzos»¹¹¹. 10. Como él no confesaba nada, el siervo de Dios vio durante la noche a cinco demonios que le decían: «¿Por qué nos quieres quitar a este hombre? No te esfuerces. Él nos ha sido entregado por causa de su pecado». 11. Y, cuando el santo les preguntó: «¿Qué pecado?», ellos dijeron: «A pesar de estar casado, ha cometido adulterio

con la mujer de otro y después del adulterio juró sobre el Evangelio¹¹², y por la mañana recibió la comunión». 12. Entonces el santo dijo al hombre: «¿Has hecho tú esto?». Él respondió que era cierto. Hipacio le dijo: «Puesto que a mi pregunta tú no has confesado tu falta, te quedan aún tres días y morirás. 13. Pues si tú hubieses confesado y te hubieses arrepentido, yo hubiese orado a Dios para que te perdonase y te curase». Después de esto, el hombre perdió toda esperanza y tres días después murió. Porque el que ha pecado morirá¹¹³.

*Historia del mago que se infiltró en un monasterio
próximo al de Hipacio*

14. Este otro hecho corresponde a unos monjes que tenían una pequeña iglesia a tres millas de distancia. Se acercó a ellos un mago¹¹⁴ aduciendo que quería renunciar al mundo. Llevaba consigo a un niño¹¹⁵. 15. Constantemente importunaba a los hermanos y al *higoúmeno* de maneras diversas. El nombre del *higoúmeno* era Eumacio, hombre admirable y lleno de amor de Dios. Éste, pues, envió un mensajero a Hipacio solicitándole que viniese a verle porque se veía profundamente perturbado. 16. Hipacio acudió y, apenas vio al mago, se dio cuenta de qué tipo de hombre era. 17. Sucedió que el niño cometió una falta y el hombre golpeó al niño¹¹⁶ de tal forma que cubrió todo su cuerpo de sangre. Entonces Hipacio tomó el bastón con que el otro había golpeado al niño y le golpeó diciendo: «¿Acaso has venido aquí para cometer un asesinato?». 18. El otro, furioso, le amenazó en estos términos: «Antes de que acabe la semana me vengaré de ti». 19. Hipacio volvió, pues, a su monasterio y, al cabo de cinco días, vio cuatro demonios con cuello y cabeza de serpiente¹¹⁷. 20. Pero el ángel de Dios que le acompañaba¹¹⁸ le tomó consigo y le levantó de forma que los demonios, aunque estiraban sus cuellos para cogerle, no lo lograban, pues él se elevaba más cada vez. 21. Finalmente, el ángel le mostró a este hombre [el mago] bajo la forma de un esclavo con los cabellos lustrosos¹¹⁹, sentado al pie de su lecho. El ángel le dijo: «Es éste el que los ha enviado». 22. Hipacio dijo a los demonios: «Yo os ordeno, demonios, en nombre de mi Señor Jesucristo que, lo que este hombre os ha enviado a hacerme a mí, vayáis a hacérselo a él». 23. Inmediatamente ellos se volvieron contra aquél que les había enviado y, al instante, incitado por ellos, comenzó a devorarse con voracidad su propia lengua y sus manos¹²⁰. 24. Así pues, los hermanos [del otro monasterio] volvieron donde Hipacio y le dijeron: «Aquél se devora a sí mismo de una manera tremenda e invoca tu nombre. Dígnate venir y orar por él». 25. Ahora bien, sucedía que Hipacio

a. Ef 18, 4.

se había recluso porque había comenzado la santa cuaresma, y les respondió: «Permitid que su castigo dure aún un poco para que aprenda a conocer el temor de Dios. Cuidadle hasta la santa Pascua». 26. Una vez terminado el ayuno, Hipacio se dirigió a él el santo día de la Pascua, le encontró sufriendo y le dijo: «¿Acaso es Dios injusto cuando aplica su cólera? Hablo como hombre: ¡Qué esto no suceda!^a. 27. ¿Has comprendido que Dios protege a sus siervos?». Inmediatamente hizo una plegaria sobre él, le ungió con aceite y le marcó con el sello de la cruz. 28. Al momento el Señor le curó del Maligno, pero no era capaz de tenerse en pie a causa de su terrible enfermedad. 29. Por ello, Hipacio dijo al *abba* Eumacio: «Dentro de pocos días estará curado y le despidas inmediatamente». 30. Los hermanos, liberados de esta perturbación, dieron gracias a Dios.

Historia del joven matrimonio que no tenía hijos

31. En otra ocasión, un lector de los santos Apóstoles¹²¹ que vivía próximo al monasterio, se casó. Después de recibir la mitad de la dote, reclamaba la otra mitad a los padres de la joven. Pero ésta no quedaba encinta. 32. Por ello, los padres que estaban irritados con la joven desde antes del matrimonio, cuando se dieron cuenta de que no quedaba encinta, no sólo no completaron la dote, sino que ni siquiera querían reconciliarse con la hija. Ambas partes, pues, acudieron a Hipacio y la joven le solicitó que la reconciliase con sus padres. Hipacio les dijo: 33. «Haced las paces con vuestra hija». Pero ellos rehusaban diciendo: «Si ella muere, nosotros debemos recuperar también la parte que le hemos dado de la dote, porque ellos no han tenido hijos». 34. Pasado algún tiempo, como no querían hacer las paces con su hija, les hizo llamar delante de todos, la puso en medio y le dijo: 35. «Yo te lo declaro en nombre de nuestro Señor Jesucristo: tú concebirás y parirás un hijo y le darás el nombre de Personas, por el nombre de su abuelo». 36. Y ella concibió y parió un hijo y le llamó Personas porque Dios hizo que se cumpliera la palabra de su siervo. 37. *Porque él satisface los deseos de los que le temen y escucha sus plegarias*^b. Los padres, entonces, según la ley, pagaron la suma debida, se reconciliaron y glorificaron a Dios por lo sucedido.

a. Cf. Rom 3, 5-6.

b. Sal 144, 19.

Historia de un campesino endemoniado que sufría fuertes ataques de epilepsia

38. En otra ocasión le llevaron al siervo de Dios a un campesino de nombre Zenón, el cual hasta tal punto se veía afligido por un demonio que ya no sabía dónde se encontraba. Deliraba y atacaba a todo el mundo¹²². 39. Su aldea se encontraba a seis millas del monasterio. Su esposa se arrojó llorando a los pies del santo Hipacio. 40. Hipacio solía decir a todos: «El Señor dijo al ciego: *¿Tú crees que yo puedo hacer esto?*». 41. Si el Señor exigía la fe de aquel que se le aproximaba, ¡cuánto más nosotros, pecadores! 42. Así pues, si vosotros creéis en mi Dios, al que yo sirvo desde mi juventud, si vosotros creéis que es él, mediante mi plegaria, el que os proporciona la curación, Dios os curará de buen grado. 43. Pero, si los que lo traen sólo poseen un poco de fe, el que intercede no puede ser escuchado fácilmente porque falta a la petición el apoyo de la fe del que lo solicita. 44. Si, por el contrario, su fe apoya la petición, Dios escucha a aquel que pide y le concede la curación. 45. Que nadie piense que un hombre puede curar a otro sin la gracia de Dios, pues ya dijo el Señor: *Curad a los enfermos, arrojad a los demonios; gratis lo recibís, dadlo gratis*^b. 46. Es evidente que es de Dios de quien, los que son dignos, reciben la gracia de las curaciones y que esta gracia que actúa en ellos concede las curaciones»¹²³.

47. Éstas son las enseñanzas que daba a quienes venían a él para ser curados, con el fin de que glorificasen a Dios que salva a quienes le dan gloria y que cura a toda enfermedad por la intercesión de los santos. 48. Así pues, cuando acogió a Zenón, paralizó sus brazos cubriéndole con un saco sin mangas de forma que quedaba ceñido con los brazos sujetos a la espalda. 49. El saco era muy sólido¹²⁴. Es así, en efecto, como él inmovilizaba con un saco a aquellos que estaban poseídos de una manera furiosa y se lanzaban sobre los otros para atacarles: de esta forma ya no podían atacar a nadie, sino que eran sujetados y sometidos al ayuno y a las plegarias. 50. Pues Dios les curaba por intercesión del santo. En este estado, pues, Zenón, entre delirios, decía al servidor de Dios: 51. «¿Qué tienes tú, hombre, que ver conmigo? ¿Por qué me quitas a los míos? Yo les reúno y tú les dispersas de mala manera. ¿Qué tienes tú que ver conmigo? ¿Por qué me privas de mis bienes? ¿Qué tienes tú que ver con los míos?». 52. Los hermanos, al escuchar estas voces sonreían al tiempo que se alegraban y alababan a Dios y, al comprobar los milagros que Dios ejecutaba por medio de los que le temen, se acrecentaba su ardor para servir a Dios con más

a. Mt 9, 28.

b. Mt 10, 8.

sinceridad. 53. Así pues, en pocos días Hipacio le curó. Pero, una vez vuelto a su casa, recayó inmediatamente en los desórdenes de su vida anterior y de nuevo el espíritu impuro se apoderó de él. 54. Por ello, fue llevado de nuevo al monasterio, y su estado era peor que antes porque rechazaba todo tipo de alimento. 55. El santo se acercó a él y le alimentaba con su propia mano, pero él lo aceptaba a duras penas. Permaneció, pues, durante algún tiempo y se recuperó, pero de nuevo se vio atormentado por el demonio y volvió a ser llevado bastante tiempo después. Esto sucedió cuatro veces. 56. Finalmente, el Señor le curó y él se lo agradeció al santo Hipacio dando gloria a Dios. En lo sucesivo, en efecto, disfrutó de buena salud.

57. El santo era muy paciente en los sufrimientos y se apiadaba de los que tenían enfermedades y decía: «Este hombre es aquel que fue molido a golpes por los ladrones y los demonios y abandonado medio muerto^a. Tengamos misericordia de él por Dios. Pues el Señor ha venido para rescatar a Adán mediante el bautismo, en el que son bautizados aquellos que creen en él».

29

Diversos carismas de Hipacio

1. El santo Hipacio leía siempre en silencio¹²⁵. En efecto, tenía avidez por las divinas Escrituras y, si encontraba en cualquier lugar un libro conteniendo normas sobre disposiciones morales, lo tomaba con ansiedad¹²⁶. Apenas salía [de su celda] si no era para acudir a la vecina iglesia de los Apóstoles los domingos para la divina liturgia¹²⁷; y, tras la despedida de los fieles¹²⁸, volvía inmediatamente al monasterio. 2. Tenía tal entendimiento¹²⁹ que parecía siempre como inspirado por Dios. Pues tenía el don de la clarividencia¹³⁰ de los acontecimientos y, por la gracia de Dios, veía las cosas de antemano. 3. Algunos instruidos en las letras¹³¹ habían renunciado al mundo y se habían hecho sus discípulos y si, a veces, en la conversación querían filosofar según las normas de la retórica, él les decía inmediatamente si habían respondido como era justo o según los artificios de la filosofía¹³².

30

Celo apostólico de Hipacio

1. Llevado por su celo por Dios, limpió muchos lugares de la región de Bitinia del culto erróneo a los ídolos¹³³. Apenas tenía conocimiento

a. Cf. Lc 10, 30.

de que en cualquier lugar se adoraba a un árbol o cualquier otro objeto similar, acudía allí inmediatamente. Llevaba consigo a los monjes, sus discípulos, lo cortaban y lo prendían fuego. De esta forma, poco a poco [estas gentes] se hicieron cristianas¹³⁴. 2. De hecho, el señor Jonás, que había sido su padre [espiritual]¹³⁵, había civilizado de esta forma la Tracia y los había hecho cristianos.

3. Cuando el santo Hipacio veía que alguno despreciaba la obra de Dios¹³⁶, se indignaba lleno de celo y nos decía: 4. «Hijos, aplicaos a la obra de Dios para que yo no me enoje. Pues, cuando estoy enojado, veo que mi plegaria no es pura. 5. Por ello, es bueno recibir una pequeña bofetada¹³⁷ para que reconozcamos que somos pecadores, según lo que dice el Apóstol: 6. *Me fue dado un aguijón, un ángel de Satanás, que me abofetea para que yo no me engría*^a. 7. Porque, desde que Dios me dio el encargo de conducirlos, a vosotros, sus ovejas, me amenaza un gran peligro si no os predico el Evangelio y no os enseño el camino de Dios. 8. Tengo miedo de ser objeto de acusación como Helí porque no había reprochado, para corregirlos, a sus hijos, los sacerdotes Ofnί y Fineés y, junto con ellos, fue golpeado por la cólera [de Dios]^b. 9. En efecto, el Apóstol dice: *Convince del error, vitupera, exhorta*^c y *aquel que ama a su hijo, le corrige*^d. 10. Vosotros, pues, hijos míos, entregaos a practicar la perfección en la virtud mediante la gracia y paciencia que Dios os ofrece y, cuando vuestro corazón se resista, forzadle al bien con paciencia y longanimidad^e. 11. Absteneos de todo tipo de mal^f, examinad todo, retened lo bueno^g. 12. Porque tenéis necesidad de paciencia para que, cumpliendo la voluntad de Dios, alcancéis la promesa^h. Pues es a los violentos a quienes pertenece el reino de los cielos y son los violentos los que lo arrebatanⁱ.

31

Generosidad de Hipacio con los pobres

1. Daba tantas limosnas a los pobres y a los monjes indigentes que quienes le veían alababan a Dios y decían: 2. «En verdad este hombre es lo que dice su nombre, *hypatios* [cónsul]¹³⁸ de Cristo, y Cristo le provee

- a. 2 Cor 12, 7.
- b. Cf. 1 Re 2, 27 ss.
- c. Cf. 2 Tim 4, 2.
- d. Heb 12, 6.
- e. Cf. Col 1, 11.
- f. 1 Tes 5, 22.
- g. Cf. 1 Tes 5, 21.
- h. Heb 10, 36.
- i. Mt 11, 12.

de todo». 3. En una ocasión en que había la amenaza de una hambruna él se vio a sí mismo, durante la noche, distribuyendo pan a los pobres y al ángel de Dios que siempre le acompañaba¹³⁹ diciéndole: 4. «Haz provisiones, *abba*, pues se va a producir una hambruna y es necesario que tú puedas entonces proveer [a los necesitados]». Inmediatamente, al día siguiente, convocó a sus amigos y con el dinero prestado pudo hacer provisiones de legumbres secas y de trigo a bajo precio. Al cabo de diez días, el alimento comenzó a escasear hasta el punto de que no se encontraba ni la mitad de mercancías que estaban a la venta hasta entonces. El hambre duró tres años. 5. Toda la población rural sufría el hambre y dependía de Dios y de Hipacio, sobre todo durante los inviernos¹⁴⁰. 6. El monje ordenó cocer legumbres secas y reunir a la gente a la hora nona —eran unas quinientas personas—. Mientras comían, todos cantaban *Kyrie eleison* y recibían con una acción de gracias y una plegaria el alimento de cada día, de forma que se cumplía lo que está escrito: 7. *Es generoso y distribuye a los pobres, su justicia permanece para siempre, su poder se exaltará gloriosamente*^a. 8. También lo que se dice en otro lugar: *Al creyente todo el tesoro de las riquezas, al incrédulo, ni un óbolo*^b.

9. Sin embargo, si alguien que se había visto beneficiado por él en su supervivencia quería proclamarle bienaventurado cara a cara, él se molestaba y decía: 10. «Si tú, hermano, has visto algo bueno en mí es cosa de Dios. Pero todo lo que has visto de otra forma, es mío. Así pues, ensalza a Dios y dale las gracias y no proclames bienaventurado a ningún hombre antes de su muerte. 11. Porque, mientras estamos en esta carne, estamos sometidos al miedo y al temor de que, siendo hombres, cometamos alguna falta y ofendamos a Dios. 12. Así pues, hasta el último día, que nadie se vanaglorie o se relaje, antes bien, debemos trabajar por nuestra salvación con temor y temblor, y con la ayuda de Dios».

13. Sucedió que un hombre muy rico, conocedor y amante de Dios, quiso fundar un *martyrion*¹⁴¹ en las cercanías [del monasterio] y quiso poner como clero a discípulos de Hipacio con este argumento: «Éstos están realmente crucificados». 14. Estos insistían mucho para que cediese, pero él no accedía fácilmente.

32

Hipacio predice la condena de Nestorio en el concilio de Efeso

1. Cuando Nestorio llegó de Antioquía para ser obispo de la brillante ciudad de Constantinopla —fue llevado por Dionisio que había

a. Sal 111, 9.

b. Prov 17, 6^a.

sido nombrado *magister militum* de Oriente¹⁴²—, 2. Hipacio tuvo una visión, en el momento en que Nestorio estaba a punto de llegar a la ciudad, en la que vio que ciertos laicos le instalaban en el trono de la santa iglesia de dicha capital¹⁴³. E inmediatamente una voz proclamó: «Dentro de tres años y medio será arrancada la cizaña^a»¹⁴⁴. 3. Hipacio, pues, comenzó a decir a algunas personas y a los hermanos: «Estoy preocupado, hermanos, por aquel que va a ser obispo, porque he visto que se aparta de la fe, pero que sólo reina¹⁴⁵ durante tres años y medio». 4. Por ello, cuando Nestorio pasó cerca del monasterio¹⁴⁶, Nestorio no quiso encontrarse con el santo —había tenido, no sé cómo, conocimiento del hecho—, a pesar de que acostumbraba a visitar en todas partes a todos los *higoumenos* durante su viaje. 5. Una vez que entró en la capital y fue hecho obispo, inmediatamente envió a Hipacio unos clérigos con este mensaje: 6. «Id a decir a ese soñador¹⁴⁷: ‘Yo reinaré veinte años sobre la ciudad, ¿dónde están tus sueños?’». 7. Pero Hipacio les respondió: «Decid al obispo que, si se cumple lo que he visto, se trata de una revelación, de lo contrario, era un sueño y una fantasía propia de hombre». 8. Perplejo, pues, por la respuesta que le fue transmitida, poco tiempo después Nestorio envió a otras personas a Hipacio para sorprenderle en ciertas palabras inapropiadas. Pero, después de haberle sometido a prueba mediante interrogatorios inoportunos y tendenciosos, no sólo no pudieron cogerle en sus palabras, sino que retornaron llenos de admiración porque habían descubierto que tenía una gran sensatez. Por ello Nestorio se mantuvo tranquilo y no volvió a enviarle a nadie. 9. Pero, pasados tres años, el malvado tesoro de su corazón comenzó a manifestarse. 10. En efecto, en sus homilías comenzó a decir palabras irreproducibles sobre el Señor que terminarían en su propia condena, y que no está permitido reproducir. Y es que el desgraciado no conocía estas palabras de la sagrada Escritura: *¿Quién describirá su generación?*^b, *y no escrutes lo que es muy profundo para tí*^c. 11. Desde que se dio cuenta de que Nestorio expresaba opiniones contrarias a lo que es sensato, inmediatamente Hipacio eliminó su nombre [de los dípticos] para que no fuese pronunciado en la misa¹⁴⁸.

12. Cuando lo supo el muy piadoso obispo Eulalio¹⁴⁹, temió por el desenlace de este asunto. Como se difundió el rumor, Nestorio le ordenó reprender a Hipacio, pues todavía estaba en posesión de la sede de la ciudad. 13. Eulalio, pues, habló a Hipacio en estos términos: «¿Por qué has borrado tú su nombre sin saber lo que va a suceder?»¹⁵⁰. 14. Hipacio le respondió: «Desde que he sabido que él dice cosas impropias sobre

a. Cf. Mt 13, 29.

b. Cf. Is 53, 8.

c. Cf. Ecl 3, 22.

el Señor, no quiero comulgar con él ni pronunciar más su nombre, pues ése ya no es obispo». 15. Entonces el obispo, encolerizado, le dijo: «Vete y rectifica lo que has hecho porque puedo tomar medidas contra ti». 16. Hipacio le respondió: «Haz lo que quieras. Por lo que a mí respecta, yo estoy decidido a soportar todo y con esta idea he actuado». 17. Ahora bien, cuando Nestorio iba a ser depuesto, Hipacio tuvo la visión de que un ángel del Señor cogía a san Juan Apóstol¹⁵¹ y le llevaba ante el muy piadoso emperador¹⁵² diciendo: 18. «Di al emperador: 'Pronuncia tu condena contra Nestorio'». Aquel lo escuchó y pronunció la condena. 19. Hipacio tomó nota del día¹⁵³ y se constató que ese mismo día había sido depuesto. Habían pasado tres años y medio como el Señor le había vaticinado. 20. Y pocos días después fue aportado el decreto de deposición de Nestorio. Fue leído delante de todo el clero y el pueblo estando presentes en la iglesia Eulalio e Hipacio¹⁵⁴.

33

Oposición de Hipacio a los Juegos Olímpicos de Calcedonia

1. En otra ocasión, el prefecto Leoncio¹⁵⁵ intentó instaurar en el teatro de Calcedonia los Juegos Olímpicos¹⁵⁶ que los antiguos emperadores y Constantino de memoria eterna habían suprimido¹⁵⁷. 2. Cuando Hipacio tuvo conocimiento de ello se mostró tan extremado en su celo que, entre gemidos y lágrimas, gritaba a Dios diciendo: «Señor mío, ¿veré yo en vida revivir la idolatría?¹⁵⁸ No lo permitas, Maestro». 3. Después dijo a los hermanos: «Si alguno tiene miedo de morir por Cristo, que no me acompañe». 4. Se le unieron alrededor de veinte hermanos e inmediatamente se dirigió al obispo Eulalio¹⁵⁹. 5. Al preguntarle el obispo por el motivo de su excitación, le dijo: «He oído decir y he sabido que están a punto de producirse manifestaciones de idolatría en los Juegos Olímpicos cerca de nosotros y de la santa iglesia de Dios, y yo he decidido morir en el teatro antes que permitir que esto suceda»¹⁶⁰. 6. El obispo se le opuso también en esta ocasión diciéndole: 7. «¿Estás tú totalmente decidido a morir aunque nadie nos obligue a ofrecer sacrificios? Dado que eres un monje, repósate y estate tranquilo. Éste es un tema de mi incumbencia». 8. Hipacio le replicó: «Puesto que es un asunto vuestro y tú no te preocupas de ello, yo, que veo al Maestro ultrajado por aquellos que organizan esto y al pueblo cristiano, por su ignorancia, entregado a adorar a los ídolos, he venido a afirmar solemnemente a tu santidad que mañana, cuando el Prefecto ocupe la presidencia [de los Juegos] entraré con una masa de monjes, le arrojaré de lo alto de su sede y moriré por Cristo antes de permitir, estando yo vivo, que esto tenga lugar».

9. Ya en otras ocasiones y con frecuencia el obispo le había despreciado y humillado. Pero Hipacio corrió rápidamente a los archimandritas diciéndoles: 10. «Luchad conmigo para expulsar al diablo; de lo contrario, muramos por Dios». Todos se alegraron y le obedecieron como a un padre. 11. Cuando el Prefecto tuvo conocimiento de que estaban de acuerdo en oponerse a él, puso como excusa una enfermedad y permaneció en la otra rivera, en Constantinopla, sin hacer nada de lo que tenía proyectado. 12. Efectivamente, como Hipacio había decidido ir a la lucha, el Señor cambió los designios de aquellos que maquinaban las maldades. 13. En cuanto al obispo Eulalio, al constatar que en este caso, como en otros muchos, Hipacio estaba crucificado [con Cristo], que actuaba siempre por Dios y que por Dios alcanzaba el éxito, le demostró en lo sucesivo una gran estima y le comenzó a respetar casi como a un padre¹⁶¹. De hecho, era una persona muy piadosa, que llevaba una vida muy santa y muy recta. 14. Hipacio había demostrado tanto celo en este asunto de los Juegos Olímpicos que estaba deseoso de saber en qué consistía la maldad de la institución, pues sólo tenía noticias de oídas. 15. Mientras estaba preocupado por esto, Dios le envió un hombre llamado Eusebio que era experto en el tema. 16. Este Eusebio le dijo que los Juegos Olímpicos eran una fiesta muy temible de Satanás, la culminación de la locura idólatra, una ocasión de pérdida y corrupción para los cristianos. Y le envió un informe por escrito.

34

Desapego de Hipacio de los bienes del mundo

1. El bienaventurado tenía tal desapego por los bienes de mundo, y estimaba tan poco el dinero, que nos decía con frecuencia para convencernos: «¿Qué es lo que yo poseo en este mundo? Pero Dios me ha hecho su ecónomo». 2. Por ejemplo: un día un *scholastikos*¹⁶² le dejó en herencia algunas monedas de oro y ciertas ropas. 3. Entonces dijo al hermano que le ayudaba: «Ve y extiéndelas para que no sean devoradas por la polilla». 4. El hermano las sacudió y dijo a *abba* Hipacio: «Mándame, más bien, que las envuelva en un lienzo para que no sean devoradas». 5. Pero Hipacio le reprendió y dijo: «Tú eres merecedor de un reproche por haber dicho: 'Yo las embalaré para meterlas en depósito' en vez de 'yo se las voy a dar a los pobres'». 6. El hermano quedó muy edificado al ver su amor a los pobres.

El bautismo de tres scholastikos

1. Un *scholastikos*¹⁶³ que había oído hablar del santo Hipacio y que era muy buen cristiano, lo conoció y se convirtió en un amigo sincero suyo porque aspiraba al amor de Dios y veneraba a los hombres piadosos. 2. Ahora bien, este hombre tenía tres hermanos, *scholastikos* también, y dos de ellos no habían recibido el bautismo¹⁶⁴. 3. Como él había comprendido gracias a su discernimiento espiritual que Hipacio era grande en el amor a Dios y que estaba adornado de la fe y de la virtud, acudió a él llevándole a sus hermanos. 4. Éstos dijeron a *abba* Hipacio para ponerle a prueba: «Una virgen libre¹⁶⁵ quiere recibir hoy vuestra hospitalidad y permanecer aquí». 5. Pero *abba* Hipacio, por la gracia de Dios, comprendió todo y les dijo: «Hay aquí una casa de hospitalidad¹⁶⁶ y la recibiremos».

6. Raramente sucedía que Hipacio hablase con una mujer¹⁶⁷. Ellos, entonces, le dijeron: «Si vuestra santidad quiere recibirnos, nosotros queremos, con la ayuda de Dios, recibir el santo bautismo de vuestras manos». 7. De hecho, ellos habían quedado muy edificadas por su conducta y estaban informados por su hermano mayor sobre la vida que llevaba. 8. Así pues, Hipacio, dando gracias al Señor, les dio algo para leer y les dijo: «Cada día, hijos míos, debéis entregaros con celo a salvar vuestras almas, pues es el único fruto que podéis extraer de esta vida mortal: todos los demás bienes permanecen aquí». 9. Pues eran muy ricos y vivían entre lujos.

10. Una vez bautizados, la gracia de Dios se expandió sobre uno de ellos de manera tal que aquellos que estaban cerca de él se dieron cuenta de que su alma había sido arrebatada al cielo. 11. Antes de que se inclinase para ser bautizado, era una persona orgullosa, entregada a los asuntos del mundo. 12. Pero, después de ser bautizado, se vio tan lleno de compunción de Dios que inmediatamente renunció a todas las cosas del mundo y sólo pensaba en la forma de agradar a Dios. 13. Orando y llorando noche y día nos incitaba también a nosotros a la compunción. Se mostraba humilde y se consideraba el último de todos. 14. El santo Hipacio le tomó afecto y, viendo el cambio que en él se había obrado por la acción del Espíritu Santo, quiso retenerle a su lado. Pero él pidió marchar para salvar a su esposa. 15. Entonces Hipacio le dijo: «Si te vas, inmediatamente te ordenan sacerdote». Y sucedió como le había dicho: una vez ordenado, su esposa y él convivieron castamente como hermano y hermana. 16. Llevado de la emulación y admiración por la vida del santo Hipacio, vivía piadosamente, de forma que todos se veían edificadas por su ejemplo. Y, queriendo imitar al *abba*, llevado de este deseo, solicitó que fuese escrita la vida de Hipacio. 17. Poco después,

también su hermano fue juzgado digno del sacerdocio y, viviendo en perfecto acuerdo, se entregaron asiduamente al servicio de Dios.

36

Fama y popularidad de Hipacio

1. ¿Cuántos otros, por sólo haber conocido a Hipacio, tuvieron ansias de ser bautizados por sus manos? 2. ¿A cuántos logró convertir de las herejías y del paganismo? Muchos de ellos se hicieron monjes y despreciaron el mundo. 3. ¿Cuántos hubo que, agitados por las tempestades del mundo, se refugiaron en Dios y obtuvieron la ayuda junto a él? Y es que, como se había hecho famoso, todos oían hablar de él. 4. ¿Qué extranjero que acudió a él no recibió hospitalidad? ¿Quién no obtuvo consuelo a sus penalidades? 5. Él sufría con los que sufrían y a los que eran negligentes en la ascesis les daba ánimos. Pues, cuando le veían ya anciano y que, con todo, seguía luchando con fortaleza, cobraban nuevos estímulos. 6. En cuanto a los heridos, a los inválidos, a los ciegos, a los paralíticos, a los enfermos, que el Señor curó mediante sus plegarias, ¿quién sería capaz de enumerarlos uno a uno?

7. Como se oía hablar de él en Occidente y en Oriente, le escribían como a un padre y le enviaban eulogías¹⁶⁸ de Jerusalén, de Egipto, de Siria, de Roma, de Asia, de Tesalónica¹⁶⁹. 8. Todos, los archimadritas, los obispos, los hombres piadosos del desierto, querían recibir de él respuestas por escrito y eulogías. Él les respondía y les invitaba a todos a orar por él «para que, decía, podamos hacer bien la travesía de esta vida».

37

El emperador Teodosio II y sus hermanas visitan a Hipacio

1. El muy piadoso emperador Teodosio le visitó por segunda vez, le saludó con afecto, le abrazó y le dijo: «Os veo tal como me habías sido descrito». 2. Le escribió con frecuencia como a un padre y le pedía que, a su vez, le contestase. Hipacio le envió, como respuesta, esta bendición, como a un cristiano: «Que el Señor os conceda seguir con corazón sincero sus preceptos»¹⁷⁰. 3. Las tres primeras emperatrices, hermanas del emperador¹⁷¹, deseosas de conocer a Hipacio, se dirigieron al palacio próximo a los Santos Apóstoles¹⁷² y le enviaron este mensaje: «Ven para que nosotras te conozcamos, o bien nosotras iremos a ti para recibir tu bendición». 4. Él se vio obligado a ir porque ellas amaban a Cristo, las edificó con sus exhortaciones, hizo una plegaria, las bendijo y se retiró.

Milagros realizados por Hipacio gracias a sus eulogías

1. Los otros dos *scholastikos* que le habían conocido¹⁷³ le frecuentaban como a un padre, pues admiraban su penetración espiritual y su forma de vida. 2. Ellos nos contaron que habían visto muchos milagros divinos realizados por este hombre. 3. Respecto a los milagros, algunos contaban éste también: «Nosotros habíamos ido a nuestra finca, y un joven, pequeño esclavo nuestro, se golpeó un ojo contra un leño de forma que la carne colgaba junto con el ojo, próximo a desprenderse. Todos lloraban y nadie sabía qué hacer. 4. Uno de ellos, esclavo como él, dijo: 'Que se le aplique una eulogía'¹⁷⁴ del santo Hipacio y su ojo curará'. 5. Enviaron a unos mensajeros, recibieron del santo una eulogía y la llevaron. Bañaron el ojo en el agua y lo vendaron. A la mañana siguiente, cuando quitaron el vendaje, encontraron el ojo sano e intacto, como el otro ojo, y todos alabaron a Dios».

6. Otros han contado repetidas veces que, encontrándose ellos lejos y habiendo caído en peligros, el Señor les había salvado por medio de las eulogías del santo Hipacio. 7. En una ocasión, un hombre que había sufrido un naufragio, cuando ya estaba a salvo con las restantes personas —el navío y toda la carga habían perecido—, dos marineros pudieron recuperar dos fardos de tejidos de seda y se preguntaban a quién pertenecerían. 8. El hombre en cuestión les dijo: «Abridlos, y si hay dentro eulogías del santo Hipacio, es a mí a quien pertenecen». 9. Una vez abiertos los fardos, encontraron, efectivamente, las eulogías y alabaron a Dios, pues, salvo uno, los vestidos no se habían mojado.

10. Cerca del monasterio había un establo donde se encontraban los caballos de la posta pública: un demonio se introdujo dentro y mató los caballos. El responsable del establo, entre grandes gritos, acudió y se arrojó a los pies del santo Hipacio. 11. Éste bendijo agua y se la dio diciendo: «Haz una aspersión en el edificio y sobre los caballos». Le dio también una eulogía y le dijo: «Cuélgala en el edificio y el demonio huirá»¹⁷⁵. 12. El hombre se fue, hizo lo que el santo le había ordenado y ya no volvió a morir ningún animal pues el demonio había huido.

13. También en muchas casas de los campesinos había entrado un demonio que les hacía mucho daño matando un buey o una oveja. 14. Inmediatamente los campesinos acudieron a él llorando para que viniera e hiciese una plegaria. Él fue, hizo una plegaria y el Señor curó los animales.

Reprobación de Nestorio y confesión de fe ortodoxa

1. Mucho tiempo después de que Nestorio fuese desterrado, venían a él con frecuencia dignatarios, clérigos y ascetas piadosos a preguntarle si era posible que Nestorio volviese a Constantinopla¹⁷⁶. 2. Pero él les decía: «Si llega el tiempo del Anticristo, entonces es necesario que Nestorio vuelva a Constantinopla; pero si no es llegado el tiempo del Anticristo, tampoco Nestorio volverá a Constantinopla. 3. Pues la doctrina de Nestorio es la preparación de la venida del Anticristo. 4. En verdad, hermanos, yo me asusto de la impiedad de aquellos que expanden sus doctrinas y se hacen vanas ilusiones sobre los misterios incomprensibles. *Audaces, arrogantes^a*, que se entrometen en cosas que no han visto^b, eso son Nestorio y sus seguidores. Excitarán contra ellos la cólera de Dios y la perdición no se hará esperar^c si no se convierten y no se arrepienten de su impío desvarío. 5. Nosotros, por el contrario, ojalá podamos avanzar por el camino de la verdad, *los ojos del corazón bien iluminados^d*, y mantener la fe que nos han transmitido los Apóstoles, adorando a un solo Dios en tres personas. 6. Porque una es la voluntad, uno el poder, una la deidad, uno el reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo¹⁷⁷. Y es verdadera la encarnación del Hijo único, que se hizo carne a partir del Espíritu Santo y de la Virgen María¹⁷⁸, según la piadosa tradición de los Padres, que se nos mostró en la carne, que realizó milagros divinos y extraordinarios, que sufrió por nosotros el suplicio de la cruz y de la muerte y que nos ha resucitado con él a nosotros que estábamos caídos por nuestros pecados y nos ha devuelto a la felicidad original». 7. Los que le escuchaban se alegraban y le abrazaban por verse tan bien instruidos.

*Curaciones de endemoniados y otros milagros**Curación de endemoniados*

1. En una ocasión, un domingo en que se dirigía a la iglesia de los Santos Apóstoles, se encontró con una mujer extranjera que, atormentada por un demonio, daba gritos y abjuraba diciéndole: 2. «¿Qué tienes

a. 2 Pe 2, 10.

b. Cf. Col 2, 18.

c. 2 Pe 2, 3.

d. Ef 1, 18.

tú que ver conmigo, Hipacio? ¡No me tortures!». 3. Después se acercó hasta el pórtico y permaneció allí, encorvada, hasta la despedida de los fieles. Apenas él salió, la marcó con la señal de la cruz e hizo una plegaria. 4. Ella se arrojó a sus pies y, apaciguada, se levantó vuelta en sí, pues Dios le había concedido la curación por la imposición de las manos del santo.

5. En otra ocasión, un joven, de nombre Alejandro, le fue llevado por su padre que lloraba y suplicaba al santo por su hijo. 6. Hipacio le dijo: «Déjale que permanezca en el monasterio». 7. Aunque permaneció cuarenta días, el demonio que moraba en él no quería salir. Finalmente, por las plegarias del santo, el demonio salió dando grandes alaridos.

8. En otra ocasión, un hombre llamado Esteban fue llevado por su madre. Estaba terriblemente atormentado por un demonio. No podía permanecer en un lugar, sino que se movía de un sitio a otro y hacía cosas extrañas. 9. Era tan fuerte que podía vencer a diez hombres y rompía con sus manos las cadenas como si fuesen varas de madera. 10. Permaneció un tiempo en el monasterio y fue curado por las plegarias de siervo de Dios. Después partió, pero volvió a caer en los desenfrenos juveniles del mundo. 11. Por ello, el demonio volvió a penetrar en él. De nuevo fue atado y llevado al santo. Dios le curó por la intercesión del santo. 12. Sucedió así una, dos, tres, cuatro veces de forma que pasó un periodo de cuatro años. 13. Por último, el demonio intentó hacerle cometer un asesinato. Cuando los hermanos reposaban al mediodía, cogió un pesado taburete y quiso golpear la cabeza de uno. Pero el Señor no lo permitió, pues *el Señor guarda las almas de los piadosos*^a. 14. Uno de los hermanos jóvenes se despertó y le sujetó. Se produjo un tumulto y con dificultad le pudieron atar entre treinta y seis. 15. Mordió a dos, a uno le arrancó un brazo, a otro un dedo. 16. Pero el Señor, gracias a las plegarias de su siervo Hipacio, terminó por curarle también a él y el demonio no volvió a acercarse a él. También curó a los que habían sido mordidos.

Amputación de una pierna gangrenada

17. Le fue llevado también un campesino, de nombre Trifón, que tenía gangrenada la pierna, para que fuese curado por el santo. 18. Entonces el servidor de Dios hizo venir a un médico experto para que éste, sirviéndose de su técnica, le cortase el hueso denominado peroné¹⁷⁹. 19. El médico dijo: «Cortémosle, más bien, la pierna desde la rodilla». Pero Hipacio, después de hacer una plegaria, mandó que le cortasen el hueso. 20. El médico, pues, tomó un taladro y un martillo y comenzó a partir el hueso hasta que se produjo un chasquido. Entre tor-

a. Sal 96, 10.

mentos le dijo el campesino: «¿Qué me estáis haciendo?». 21. El médico le dijo en plan de broma: «Te estamos haciendo una pierna pequeña sin hueso». 22. Una vez que el hueso fue separado del astrágalo, en poco tiempo el Señor le curó de forma que quedó con un pie sin hueso. Pero él caminaba como todos y no se fatigaba más que los otros y nada le molestaba, por lo que todos los que le veían glorificaban a Dios¹⁸⁰.

Los hermanos que cayeron a un pozo

23. En otra ocasión, los hermanos estaban cavando un pozo de dos brazas¹⁸¹ de profundidad. Estaban levantando una gran piedra para lo que se necesitaban ocho hombres y, cuando la posaron en el borde, rodó y arrastró a dos hermanos al fondo del pozo. 24. Estaba presente Hipacio y, al ver lo sucedido, exclamó en voz alta en el momento en que caían los hermanos: «Bendito sea el Señor». 25. Y ninguno de los dos sufrió el mínimo daño por la piedra, salvo que uno se mojó la vestimenta. 26. En efecto, había agua en el pozo y fue cavando a través del agua como encontraron la piedra. En cuanto al agua que encontraron, estaba destinada a regar el huerto.

El funcionario que encontró sus papeles

27. En otra ocasión, se trató de un secretario¹⁸² de los prefectos, de nombre Egersio, que estaba en servicio activo. Estaba en la mitad de su edad y era pagano. 28. Como Dios quería salvarle se las arregló para que perdiese sus documentos. Como había oído hablar de Hipacio, vino a él y se arrojó a sus pies diciendo: 29. «Reza para que encuentre mis documentos y creeré en Dios. Si no los encuentro, me daré a la fuga o idearé cualquier recurso para no ser condenado a muerte por el jefe». 30. Hipacio le aconsejó y le dio ánimos y, después de implorar a Dios, le dijo: 31. «Vete, encontrarás a un hombre que te dirá que los documentos han sido encontrados. Cumple inmediatamente lo que has prometido a Dios y hazte cristiano». 32. Cuando había caminado tres millas y estaba a punto de hacer la travesía [del Bósforo], se enteró de que los documentos habían sido hallados. 33. En efecto, un conocido suyo que le había seguido creyendo que se había dado a la fuga, se encontró con él y le anunció que los documentos habían sido encontrados. 34. Lleno de alegría, rehizo el camino hasta Hipacio dando gracias a Dios, y no sólo creyó en Dios y se hizo bautizar, sino que también renunció al mundo. 35. Puso, en efecto, a un conocido al frente del oficio y él llevó una vida santa y piadosa. 36. Se hizo hospitalero¹⁸³ y todos los días acogía tanto a monjes como a pobres en gran número y les alimentaba gracias a lo que Dios le había dado en su oficio civil¹⁸⁴.

Hipacio y el archimandrita Alejandro el Acemeta

1. He aquí otro suceso. Un cierto archimandrita, de nombre Alejandro, vino de Oriente acompañado de unos cien hermanos y se estableció en la Ciudad [Constantinopla]¹⁸⁵. 2. Su forma de vida le atrajo una fama muy extendida. Era celoso hasta el extremo y, llevado de este celo, reprendía a los magistrados siempre que se enteraba de algo reprehensible. 3. Pero éstos, haciendo causa común, le desterraron para que volviese a su patria de origen¹⁸⁶. 4. Tras abandonar la ciudad con los hermanos, se pone en camino y se refugia en los Santos Apóstoles, junto al monasterio de Hipacio. 5. Siguiendo las órdenes de los magistrados, el obispo [de Calcedonia]¹⁸⁷ envió un grupo numeroso de personas para expulsarles de aquel lugar. Esta masa de gente llegó y machacó a golpes a Alejandro y los hermanos, les expulsaron de la iglesia de los Apóstoles e incluso hirieron a algunos. 6. Entonces los hermanos, transportando a su *abba*, pues no podía caminar a causa de los golpes, pasaron junto al monasterio. 7. Cuando pasaban, Hipacio, que se encontraba allí, les retuvo. Introdujo a todos en el monasterio, les dio de comer y les curó las heridas. 8. El obispo de Calcedonia envió este mensaje a Hipacio: «Puesto que has recibido a Alejandro, mañana serás expulsado tú con él». 9. Hipacio respondió al mensajero: «Di al obispo: si se toca a Alejandro, será como si se toca la pupila del ojo de Dios»^a. 10. Al día siguiente, pues, el obispo envía a los guardianes¹⁸⁸ de los *martyria*, mendigos, algunos obreros de talleres, clérigos y dos mulos para que hiciesen montados en ellos su viaje al destierro¹⁸⁹. 11. Pero los campesinos, indignados, enviaron a decir a Hipacio: «Danos la orden y nosotros les reuniremos y les expulsaremos». 12. Pero éste les dijo: «Dejadles, hijos, pues si Dios no permite que seamos perseguidos, mi Dios los expulsará». 13. Ahora bien, cuando los hermanos de ambos [monasterios]¹⁹⁰ estaban ya preparados y cada uno dispuesto a llevar aunque sólo fuese un libro como bendición para el viaje, he aquí que llega a caballo un mensajero¹⁹¹ del Palacio [imperial] que, al comprobar lo que sucedía, se introduce en medio de la multitud y dice: 14. «Dadme un notario y papel; dadme los nombres de todos vosotros. La emperatriz¹⁹² me ha enviado para que tome nota de quiénes son los que expulsan a los siervos de Dios». 15. Inmediatamente, al escuchar estas palabras, todos cubrieron sus rostros y huyeron, de forma que no permaneció ninguno. 16. Y se cumplió la Escritura que dice: *¿Cómo puede uno perseguir a mil, y poner en fuga a diez mil, si Dios no los ha*

a. Cf. Zac 2, 12.

entregado?^a. 17. *Acampa el ángel del Señor en derredor de los que les temen y los salva*^b. 18. Después, durante días una fuerte tropa de soldados protegió el monasterio. 19. Por su parte, Hipacio hizo descansar durante algún tiempo al rebaño con su pastor y después les despidió. Ellos se fueron, dando las gracias, a una distancia de unas quince millas y allí construyeron un gran monasterio en el que habitan en comunidad trescientos ascetas que dan gloria a Dios sin cesar. 20. Éstos son los monjes que ocupan el monasterio llamado de los Acemetas¹⁹³.

42

Orgullo y desgracia del monje Macario, antiguo mago

1. Hipacio tenía un discípulo llamado Macario. Éste, cuando vivía en el mundo, tenía celo, pero poco conocimiento. Había vivido con unos magos y, por ello, su mente había quedado ocultamente alterada¹⁹⁴, pero él no era consciente de ello pues no se manifestaba. 2. Una vez que recibió el santo bautismo, llevado inmediatamente de celo y ansia espiritual, llegó al monasterio, renunció al mundo y se hizo monje¹⁹⁵. 3. Progresó de tal manera en la ascesis permanente —tenía, de hecho, un físico muy fuerte— que sus disciplinas equivalían a las de tres personas. 4. Hay que saber que si hay que cultivar el huerto o preparar el suelo para las viñas¹⁹⁶ o realizar cualquier otro trabajo duro, son escogidos los que son aptos para esta tarea; los otros hacen tejidos de piel de cabra. 5. Además, uno de ellos hace de calígrafo, otro lava, otro cose, aquél es portero —pues, al no haber más que una puerta, no se puede entrar o salir de otra forma—, aquél tiene el cuidado de los animales del molino, aquél otro es ecónomo —pero cuando es necesario construir un edificio, todos colaboran conjuntamente—, hay otro encargado de los enfermos, y otro, en fin, que tiene la tarea de recibir y alojar a los huéspedes¹⁹⁷. 6. Todos desempeñaban su servicio durante una semana y después lo intercambiaban con otro. Cada uno, al tiempo que se entrega a su tarea, recita un salmo y eleva a Dios las plegarias debidas, aparte del oficio común en el que participan todos. 7. Nadie puede, de ninguna manera, pasar del trabajo que le ha sido asignado a otro distinto, sino que permanece en el puesto que le ha sido ordenado.

8. Ahora bien, Macario, cualquiera fuese la tarea que le era asignada, se entregaba a ella con entusiasmo y celo, como verdadero servidor de Dios, siguiendo a aquel que dijo: *En los trabajos más que ellos*^c. 9. En

a. Dt 32, 30.

b. Sal 33, 8.

c. 2 Cor 11, 23.

sus mortificaciones se entregaba a largas vigiliass e incluso, con frecuencia, pasaba una tercera parte de la noche orando de pie. 10. Porque, además de la salmodia y de las vigiliass comunes, recitaba dos veces cada veinticuatro horas todos los salmos de David¹⁹⁸. 11. Su caridad hacia los hermanos era tal que nunca buscaba su propio provecho sino el del hermano. 12. Sirviendo a Dios de esta manera, fue también curado por Dios de su antigua desviación¹⁹⁹. 13. Cuando había pasado dieciocho años en el monasterio sin que el diablo fuese capaz de someterle por medio alguno, terminó por descubrir que su punto débil era la humildad. Le hizo recordar con complacencia todas las fatigas de su virtud y se le presentó en visiones bajo la figura de Cristo²⁰⁰. Por último, le cautivó con el engaño de la arrogancia sugiriéndole estos pensamientos: 14. «Tú eres más justo que todos los demás. Tú estás entregado a las ascesis más que todos. Jesús te ama, habita en ti, y habla a los hermanos por tu boca». 15. Pasado cierto tiempo, Hipacio, al igual que algunos de los hermanos, dedujo de sus palabras que estaba equivocado y le amonestó por ello. 16. Pero Macario no quiso escucharle, sino que se burlaba de todos pues estaba poseído por potencias hostiles. Esto le sucedió por su falta de discernimiento²⁰¹. 17. Llegó a un tal grado de locura que injuriaba con insolencia a Hipacio: 18. «Rebelde²⁰² a Cristo, la derecha de Dios está sobre mi cabeza, Jesús habla por mi boca, se ha revelado a mí y me ha dicho: ‘Yo te he concedido mil obispos para que mandes sobre ellos como arzobispo’». 19. Hipacio, apiadado de él, y para que en su locura no saliese del monasterio, le hizo poner cadenas en los pies²⁰³. Así, bien custodiado, volvería a entrar en razón. 20. Pocos días después, Macario dijo a Hipacio: «Libérame y dame un hermano para que me vaya y reúna los mil obispos que Jesús me ha prometido». 21. Hipacio le dijo: «Preferiría que no te fueses. Pero, si no soportas permanecer aquí, yo no te daré otro hermano; si quieres irte, vete solo». 22. Él se fue y se acercó rápidamente a los sagrados misterios, pero sin haber recibido la bendición ni haber pedido el beso de la paz a su padre espiritual. 23. Ésta es, en efecto, la norma y la costumbre que allí impera: el que sale del monasterio, ya sea para instalarse en otro lugar, ya sea porque parte de viaje, va primero a pedir la paz al presbítero y padre espiritual y recibe su bendición. De esta forma, sin obstáculo y sin falta, se acerca después a los santos misterios, de acuerdo con el mandato del Señor que dice: 24. *Si vas a presentar una ofrenda [ante el altar] ve primero a reconciliarte con tu hermano*^a. En efecto, en una ocasión, uno, por imprudencia, comulgó sin haber recibido la bendición y fue terriblemente castigado por Dios hasta que acudió a Hipacio y éste, después de orar por él, le curó²⁰⁴.

a. Mt 5, 23.

25. El desgraciado Macario, que tenía una total necesidad de las lágrimas de los siervos de Dios, pasó cuatro años sin ir a encontrar a su padre espiritual y pedirle la paz y no logró reunir a ninguno de los mil [obispos]. 26. Que no quisiese dar el beso de la paz a su padre fue para él un daño superior a cualquier otro. 27. En efecto, un año después de la muerte de Hipacio, cayó en una enfermedad extremadamente grave y algunos hermanos le llevaron al monasterio. Los discípulos de Hipacio, apiadados de él, le acogieron hasta que su carne y sus huesos se descompusieron. 28. Durante veinticuatro días no tomó ningún alimento y gritaba diciendo: 29. «Desgraciado de mí, que he renegado del santo Hipacio, mi padre». 30. En un momento de lucidez exclamó: «Mirad mi espalda; soy flagelado horriblemente con varas». 31. Mientras hablaba así, entregó su alma. Se le depositó junto a los demás hermanos, en el lugar en que cada día los hermanos elevan sus plegarias. 32. Y es que, como fue por su falta de discernimiento y por ligereza y que, llevado de su inexperiencia, no había entablado la lucha [contra el demonio] por falta de vigilancia, el Señor tuvo piedad de él y no le privó de la compañía de los hermanos. Y nosotros esperamos que por la intercesión de todos los santos y de nuestro padre Hipacio, él obtendrá el último día la misericordia del Señor junto con todos los servidores de Dios. Amén²⁰⁵.

33. Hemos relatado esto para mostrar la utilidad que ofrece la humildad. Si se tienen innumerables virtudes, pero sin humildad, todos los esfuerzos son inútiles. 34. Quienquiera se eleva en su corazón, es abominado por el Señor y edifica sobre arena^a y *Él desprecia a los orgullosos*^b. 35. Pero el Señor *no desprecia la plegaria de los humildes*^c: *yo me he humillado y me he salvado*^d. 36. Ved cómo el hermano se formó una vana opinión de sí mismo y se creyó ser algo. 37. Si la misericordia de Dios no se le hubiese adelantado, él habría perdido todo. 38. Cualesquiera sean las buenas obras que realiza el hombre, debe decir sinceramente en su corazón: 39. «Yo no soy digno de ser llamado esclavo del Señor, ni siquiera valgo nada en comparación con el más pequeño esclavo de Dios». Porque es Dios el que hace todo lo bueno, el que da la gracia y el que nos juzga dignos de saber hacer el bien, *él es quien enseña al hombre el conocimiento*^e. 40. Pues Él ha dicho: *Apártate del mal y haz el bien*^f, pues a cada uno le retribuirá el Señor lo bueno que hiciese^g.

a. Cf. Mt 7, 26.

b. Sal 122, 4.

c. Sal 101, 18.

d. Sal 114, 6.

e. Sal 93, 10.

f. Sal 33, 15.

g. Ef 6, 8.

*La lucha de Hipacio contra las prácticas mágicas**El mago de Antioquía que se introdujo en el monasterio*

1. En una ocasión, cuando Hipacio se encontraba de pie durante el oficio [divino] sintió un fuerte mal olor²⁰⁶. Y es que muchas personas de la ciudad, por haber oído hablar de él, venían para disfrutar de sus santas plegarias. 2. Una vez terminado el oficio, como inspirado por un impulso divino, llamó al hombre que expedía el mal olor y, colocándose en medio de todos, le dijo: 3. «¿De dónde eres, cuál es tu profesión y qué llevas contigo?». El otro dijo: «Soy de Antioquía y quiero hacerme cristiano». 4. Hipacio le cacheó y encontró en su cuerpo un trapo en forma de cinturón de tres dedos de ancho y le preguntó: «¿Qué significa esto? 5. Durante el rezo yo he percibido un olor satánico». Contra su voluntad el otro contestó que el trapo pertenecía a Artemis²⁰⁷. Inmediatamente ordenó que fuese quemado. 6. Ahora bien, una vez arrojado al fuego, el paño no ardió, sino que adoptó la forma de un objeto esférico. 7. Entonces el santo hizo una plegaria junto con los demás hermanos, lo pisoteó con sus pies, lo cortó en pequeñas tiras, lo mezcló con la tierra y lo arrojó a las letrinas²⁰⁸. Y dijo al hombre: 8. «Si quieres hacerte cristiano, entrégame tu libro y todos tus utensilios mágicos»²⁰⁹. Pero el hombre se ocultó y huyó.

Desenmascara a un adivino

9. En otra ocasión, habiendo oído que uno hacía de adivino, le hizo llamar con este mensaje: «Ven, para que te pague con el precio que te mereces». El otro vino e Hipacio le dijo: 10. «Oigo hablar de ti que anuncias el porvenir y que, si alguno ha perdido un objeto, tú le revelas quién lo ha robado. Yo te suplico, dime cómo haces para que, aprendiéndolo también yo, te aprecie como te mereces». 11. El otro comenzó a contar entusiasmado: «Cuando alguien me plantea un asunto cualquiera, inmediatamente, durante la noche, la cosa me es revelada y yo se lo comunico a las personas interesadas para que cada uno de ellos vaya al templo de los ídolos a sacrificar un buey o un carnero o un ave. Así, cada vez, yo le digo lo que el ángel me ha revelado». 12. Hipacio hizo anotar estas palabras por escrito²¹⁰, después mandó encerrarle y le dijo: 13. «¿Es, pues, así como Satán enseña a los hombres, por medio de ti, a adorar a los ídolos? Créeme, tú no saldrás de aquí para que Satán, sirviéndose de ti, no pierda a las almas. Te encerraré en una celda y te daré sólo pan mientras vivas»²¹¹. 14. De hecho, era ya anciano. Había pasado ya algún tiempo cuando los presbíteros²¹² de la aldea vecina

a su tierra vinieron y, con pena, prometieron a Hipacio que no le permitirían en lo sucesivo hacer estas cosas. 15. Hipacio le tomó juramento por escrito y, con esta condición, le dejó en libertad. Poco después murió.

El caso de Elpidio que abandona una asociación pagana y es represaliado

16. En otra ocasión, tuvo conocimiento de que a tres jornadas de marcha había una casa donde habitaban cuarenta hombres que sacrificaban a los ídolos²¹³. 17. Uno de ellos, de nombre Elpidio, quería hacerse cristiano y no participaba en los ritos prohibidos. Por ello, tras haberle flagelado muchas veces, le arrojaron fuera diciéndole: «Veamos de qué te sirve el Cristo». 18. Yacía en el suelo a causa de los golpes recibidos y que le ocasionaron terribles heridas. Cuando Hipacio se enteró, inmediatamente envió una bestia de carga y le hizo traer al monasterio. Le cuidó con esmero como a su padre y le curó las heridas. 19. Una vez recuperado, fue juzgado digno de recibir el bautismo de las manos de Hipacio, renunció al mundo, sirvió piadosamente al Señor durante tres años y, después de terminar felizmente su vida, se durmió a una edad avanzada. 20. En cuanto a aquellos cuarenta, Hipacio les envió un mensaje en estos términos: «Convertíos y haceos cristianos. De lo contrario, la cólera de Dios os golpeará muy rápidamente». 21. Como ellos no quisieron escucharle, no había pasado un año cuando les golpeó la cólera de Dios. 22. Unos murieron de una muerte amarga causada por un demonio, otros se dispersaron y la casa fue destruida de forma que no volvió a ser habitada²¹⁴, como está escrito: 23. *Asoladas sean sus moradas y no haya quien habite sus tiendas*^a.

44

Algunos milagros de Hipacio

La dama endemoniada de la emperatriz

1. En otra ocasión una *cubicularia*²¹⁵, llamada Eufemia, estaba atormentada por un demonio terrible. Envío un mensaje al santo pidiéndole que acudiese para hacer una plegaria sobre ella pues estaba en peligro. 2. Después de numerosas súplicas, él accedió porque era muy buena cristiana. Fue, pues, hizo una plegaria e inmediatamente ella comenzó a tomar alimentos. 3. Vuelto al monasterio, continuó orando

a. Sal 68, 26.

por ella invocando a Cristo. 4. Por ello, los demonios, irritados, acusaron a Hipacio en estos términos: 5. «¿Por qué nos fuerzas a abandonarla? Si tú nos expulsas de allí, vendremos a atormentarte a ti». 6. Y lo hicieron. Pues cuando aquella se curó atormentaron al santo de tal manera que durante veinte días estuvo enfermo. 7. Pero finalmente se curó y el Señor les privó de su eficacia.

El arquitecto imperial endemoniado que explotaba a los obreros

8. En otra ocasión, cierto *comes*²¹⁶, llamado Elpidio, arquitecto del Emperador, sufría también en su cuerpo terriblemente por culpa de un demonio. Víctima de dolores insoportables no cesaba de lanzar gritos. 9. Cuando oyó hablar del santo, acudió a verle transportado en una litera por sus esclavos. El santo Hipacio hizo una plegaria sobre él y, al mismo tiempo, haciéndole sentar en la litera, puso las manos en el lugar donde tenía los dolores y éstos se hicieron más soportables. Pero aquél no quería que Hipacio le dejase porque, en el momento que se alejaba, los dolores se reanudaban inmediatamente y comenzaba a lanzar grandes gritos. Decía, además, con jactancia: «Mis riquezas no se pueden enumerar». Cuando había pasado ya varios días en el monasterio, llegaron obreros a jornal y trabajadores que abordaron al santo diciéndoles: «Elpidio nos ha tratado injustamente» y además: «debe su riqueza a sus actos de injusticia». Al saberlo, el santo dijo a Elpidio: «Me ha sido revelado que vas a morir. Dios te ha castigado porque has cometido injusticias con muchos. Vete, pues, pon orden en tu casa y si has cometido injusticia con alguien, repárala para que tu alma encuentre alivio». Al escuchar este juicio, se marchó muy triste. Ahora bien, cuando se disponía a arreglar sus cosas, los médicos le dijeron, instigados por aquellos que querían apropiarse de sus bienes: «Tú no vas a morir». Pero, al cabo de tres días, se sintió muy mal y comenzó a gritar: «¿Dónde estáis, *abba* Hipacio?». Mientras decía esto, entregó su espíritu. Todos glorificaban a Dios porque, cuando él anunciaba algo, se cumplía inmediatamente.

El hereje Antíoco víctima de un maleficio

20. Otro hombre de nombre Antíoco, muy estimado por los Ilustres²¹⁷ fue víctima de un maleficio por uno que le envidiaba y hasta tal punto era torturado por el demonio que todos los que le veían tenían compasión de él.

21. Había sido llevado ya para ser curado a diferentes *martyria* y, finalmente, le trajeron a Hipacio. Este demonio era tan terrible que durante cincuenta días no se pudo dormir ni una hora por los gritos que

lanzaba. 22. Después de permanecer allí un año, el Señor le curó y después no cesaba de dar gracias y adorar a Dios y de pedir a Hipacio que orase por él. 23. Pertenecía todavía a otra religión²¹⁸. Y cuando pasó a la fe ortodoxa, renunció inmediatamente al mundo y demostró tal celo en la práctica de la virtud, pues Dios le concedió el espíritu de la ascesis, que se hizo un auténtico discípulo de Hipacio. Dios, en verdad, le llevó a la perfección gracias a las plegarias de los santos de tal suerte que se cumplieron las palabras de la Escritura que dicen: *Tal es el cambio producido por la derecha del Altísimo*^a.

El endemoniado Dionisio

24. En otra ocasión un hombre llamado Dionisio estaba tan maltratado por el demonio que todo su cuerpo se veía agitado por los impulsos que partían de su corazón y los temblores agitaban todo su cuerpo. 25. Acudió al siervo de Dios y el Señor le curó en pocos días. 26. Inmediatamente, también él renunció al mundo y se convirtió en un siervo de Dios y un auténtico discípulo del santo.

El cantero del que Dios se vengó por no cumplir su promesa

27. Otro hombre, cantero de profesión, se vio atraído por la forma de vida del santo y, deseoso de imitarle, prometió al *abba* renunciar al mundo. 28. Pero se fue, le entraron las dudas y cambió de idea. Dios le castigó con la pérdida de la vista y quedó totalmente ciego. 29. Volvió confesando su falta y dijo: «Yo he pecado, pues había hecho un pacto con Dios y no lo he cumplido. Rezad ahora por mí para que sea curado y no volveré a incumplir su promesa». 30. Hipacio oró por él y el Señor le curó. Se fue de nuevo e incumplió su palabra. 31. Pocos días después fue arrollado en la cantera y murió, y ni siquiera pudieron ser encontrados sus huesos, según lo que está escrito: 32. *Es un lazo consagrar a la ligera alguna de las posesiones*^b y, después de haberlas consagrado, no entregarlas a Dios. Dios no nos obliga a consagrarnos a él. 33. Pero se irrita si, habiendo establecido un pacto con él, no mantenemos la palabra: *Haced un voto al Señor, nuestro Dios, dice, y cumplidlo*^c.

Policronio, que tenía una enorme infección

34. Otro hombre, de nombre Policronio, tenía en su pie derecho una terrible infección que atravesaba, de un extremo al otro, la carne y

a. Sal 76, 11.
b. Prov 20, 25.
c. Sal 75, 12.

el hueso, de tal forma que no era posible comprobar dónde comenzaba y dónde terminaba la infección, ni cómo tratarla. 35. Decepcionado porque no sabían curarle, recurrió al santo Hipacio prometiéndole renunciar al mundo. 36. El *abba* le dijo: «Oremos a Dios para que seas curado y, si él te cura, sabremos si te llama a servirle».

37. Por decirlo en una palabra, Hipacio era como un médico regalado por Dios a esta tierra; era como Job, el pie de los cojos, el ojo de los ciegos, el bastón de los enfermos^a, el consuelo de los indigentes, según lo dicho: 38. *Da tu pan al hambriento de todo corazón^b, alberga en tu casa al pobre sin abrigo^c* y tu luz se elevará como la aurora.

39. Cuando tú me oigas hablar de un ciego, no pienses que es como el ciego de nacimiento, pues sólo el Señor puede hacer esta curación. 40. Lo mismo²¹⁹ respecto a los epilépticos: a nadie es posible curarlos salvo al Señor²²⁰, que se muestra benefactor de todos gracias a las plegarias de los santos, como está dicho en el Evangelio: 41. *Fue presentado a los discípulos pero no fue curado^d*, pero el Señor le curó.

45

Hipacio anula los efectos mágicos de la diosa Artemis

1. Sucedió en una ocasión que salió para visitar a los hermanos del interior de Bitinia, allí donde está el río Rebas²²¹. 2. Precisamente en esa época se celebraba el *calathos*, como se le llama, de la abominable Artemis²²². Cada año, la región celebraba su fiesta²²³ y durante cincuenta días, nadie emprende un viaje largo. 3. Pero como Hipacio quería continuar su camino, los lugareños le dijeron: «¿Dónde vas tú, buen hombre? El demonio te asaltará en el camino. No sigas pues ha hecho daño a muchos»²²⁴. 4. Al escuchar estas palabras, Hipacio sonrió y dijo: «Vosotros tenéis miedo de estas cosas, pero yo tengo a Cristo que me acompaña». 5. Durante el camino él permanecía seguro pues *el justo va confiado como un león^e*. 6. En esto, salió a su encuentro una mujer muy alta, de una estatura como de diez hombres. Ella paseaba mientras hilaba²²⁵ y pastoreaba una piara de cerdos. 7. Ahora bien, apenas él la vio, inmediatamente se santiguó y se detuvo orando a Dios. 8. Ella desapareció inmediatamente y los cerdos huyeron con gruñidos estridentes²²⁶.

a. Cf. Job 29, 15-16.

b. Is 58, 10.

c. Is 58, 7.

d. Mt 17, 16.

e. Prov 28, 1.

Hipacio sale indemne de una tormenta

1. En otra ocasión, durante el otoño, caminaba en compañía de otros hermanos por el monte Olimpo²²⁷ y, de repente, se detuvo. 2. Se produjo en la montaña un turbón de aire y una nube oscura les sumió en las tinieblas. Sus compañeros le dijeron: 3. «Señor, orad para que el granizo no caiga sobre nosotros». Inmediatamente, en el mismo sitio, Hipacio extendió sus brazos y elevó una plegaria a Dios. 4. Cayó una lluvia extremadamente violenta —y faltó poco para que fuese granizo—, pero ellos no se mojaron, ni siquiera sus sandalias, a pesar de que caminaron dos o tres millas²²⁸. 5. Una vez llegados al monasterio al que se dirigían, los hermanos de allí quedaron maravillados de que no había ni una gota en sus ropas.

Se debe creer en los milagros de Hipacio

1. Que nadie permanezca incrédulo ante el hecho de que Dios ha realizado estos milagros por medio de su siervo. Pues el Señor ya había dicho de antemano: 2. *En verdad yo os digo que si tuvierais fe como un grano de mostaza^a y si dijereis a este monte: «quítate y échate al mar», se haría^b y cuanto pidierais al Padre en mi nombre os lo dará^c.* 3. *Porque todo es posible al que cree^d y todo lo que con fe pidierais a mi Padre, lo recibiréis^e.* 4. Y el santo Apóstol explicó en otra ocasión lo que es la fe sin sombra de dudas cuando dijo: 5. *La fe es la firme garantía de lo que se espera, la puerta de las cosas que no se ven^f.*

6. Atended, pues yo juro ante Dios en Cristo que en nada hemos embellecido la narración en beneficio del siervo de Dios, Hipacio, sino que sólo hemos recordado los hechos más importantes para transmitirlos a los que desean servir a Dios. 7. Además declaramos que no era por una orden de Hipacio por lo que se producía la curación, o porque él diese órdenes a los demonios²²⁹, sino porque él invocaba a Cristo y se hacía agradable a sus ojos, pues *cuanto emprenda el justo tendrá buen suceso^g.* 8. Él, en efecto, se había hecho favorable al Señor porque le

- a. Mt 17, 19.
- b. Mt 21, 21.
- c. Jn 15, 16.
- d. Mc 9, 23.
- e. Mt 21, 22.
- f. Heb 11, 1.
- g. Sal 1, 3.

amaba y cumplía sus mandamientos con fervor ardiente: por esto Cristo ha ejecutado todo esto en él, pues *todas las cosas concurren para el bien de los que aman a Cristo*^a.

48

Más enseñanzas de Hipacio

1. Así, nos instruía siempre como un padre diciendo²³⁰: «Mis pequeños hijos, la vida cristiana no es una cosa cualquiera. 2. Esforzaos, *combatid el buen combate*^b, sufrid un poco para alcanzar un buen reposo. *Ganaos la vida eterna*^c; *corred para alcanzar el premio de la llamada celestial*^d. 3. *Aprended a hacer el bien*^e. Sed viriles en el Señor, armaos de la gran fuerza^f, porque nosotros no tenemos que luchar sólo contra la carne y la sangre, sino contra los malvados demonios^g y contra las pasiones de la carne. 4. Endosaos, pues, la armadura de Dios, ceñid vuestros riñones con la verdad, calzad vuestros pies de celo por el Evangelio de la paz, revestíos con el escudo de la fe, con el casco de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, orando sin cesar y suplicando a Dios^h. 5. Una vez revestidos de estas armas para obtener el salario inefable de la justicia, mostrémonos *soldados de Cristo*ⁱ, agradables a Dios, y luchemos valientemente *contra los engaños del diablo*^j y *resistamos hasta la sangre combatiendo contra el pecado*^k. 6. Porque es propio de los adultos *tener los sentidos ejercitados en discernir el bien del mal*^l, de acuerdo con aquel que dijo: 7. *Más que ellos en las fatigas, en las vigiliás, en los ayunos, en el frío, en la desnudez, en los golpes, en las pasiones, en los motines*^m.

8. Cuando uno, por apariencia o vanas palabras, se da el aire de filosofar sobre Cristo, vosotros no le escuchéis: pues *el reino de los cielos no está en las palabras, sino en el poder espiritual*ⁿ, y no en la aparien-

- a. Rom 8, 28.
- b. 1 Tim 6, 12.
- c. 1 Tim 6, 12.
- d. Flp 3, 14.
- e. Is 1, 17.
- f. Cf. Ef 6, 10.
- g. Cf. Ef 6, 12.
- h. Cf. Ef 6, 13-18.
- i. 2 Tim 2, 3.
- j. Ef 6, 11.
- k. Heb 12, 4.
- l. Heb 5, 14.
- m. Cf. 2 Cor 11, 23-27.
- n. 1 Cor 4, 20.

cia de ovejas^a, sino que, según lo que dijo el Señor, *por sus frutos les reconoceréis*^b. 9. Cuando se constata que uno ha cumplido con amor los mandamientos de Cristo y que sus acciones concuerdan con sus buenas enseñanzas, entonces, su corazón siempre contrito se humilla día y noche. 10. Aquel que obra así está firme en la verdad y vosotros os uniréis a un hombre como éste, admitámosle en nuestro grupo como un padre, maestro y hermano, como un miembro de la fe emparentado con nosotros, como un amigo fiel y sincero con la misma alma que nosotros, según aquél que dijo: 11. *Busca la compañía de los ancianos y, si es sabio, allégate a él y si ves a un hombre sensato, vete a encontrarle desde el alba*^c. 12. Pues aquél que se une a los santos, será santificado. 13. Y también: *No te acompañes del iracundo, ni vayas con el colérico para que no aprendas sus manejos y no pongas lazos a tu alma*^d. 14. *Las malas compañías corrompen las buenas costumbres*^e. 15. Si tú quieres unirse a uno, únete al bueno y sensato, pues *el hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas*^f y es siempre lo bueno lo que te aconseja. 16. Porque quiere hacerte semejante a él y conducirte a Dios, según aquél que dijo: Quisiera que todos los hombres fueran como yo. 17. *Pero cada uno tiene de Dios su propio carisma*^g.

18. De hecho, también Hipacio quería que todos sus discípulos estuvieran en el estado en que se debe aparecer ante Dios y que le sirvieran como él mismo le servía. 19. Pues era en este corazón perfecto como él educaba a sus hijos. Ellos, por su parte, le mostraban una gran veneración, le obedecían con temor y le honraban con reverencia como a su padre espiritual. 20. Les instruía sin cesar en estos términos: «Mis pequeños hijos, no perdamos el ánimo durante este breve periodo de nuestra vida, porque penamos por la virtud por poco tiempo y las promesas son grandes. 21. Esforcémonos por entrar en el reino de los cielos mediante esfuerzos de corta duración y hacernos inscribir como ciudadanos *para participar de la herencia de los santos*^h. 22. Porque *los sufrimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que se revelará ante nosotros*ⁱ. 23. Mientras se nos ofrece la *oportunidad*, vigilémonos a nosotros mismos y perseveremos para hacernos agradables al Señor, para que no tengamos un día que arrepentirnos y

- a. Mt 7, 15.
- b. Mt 7, 16.
- c. Eclo 6, 34-36.
- d. Prov 22, 24-25.
- e. 1 Cor 15, 33.
- f. Lc 6, 45.
- g. 1 Cor 7, 7.
- h. Col 1, 12.
- i. Rom 8, 18.
- j. Gál 6, 10.

llorar cuando ya no haya tiempo para convertirse o hacer cualquier buena acción. 24. La frivolidad de la vida mundana y las preocupaciones distraen nuestro espíritu para impedirnos que, vigilantes, nos acerquemos con lucidez a Dios y nos protejamos de todo mal. 25. En efecto, el que vive en la negligencia y llena su vientre no puede iluminarse con la luz del hombre interior en la oficina secreta de su corazón. 26. Pues el que es consciente de que el combate espiritual requiere energía, va adelante seguro y se vigila a sí mismo y, huyendo de las cosas terrenales, tiene su pensamiento puesto en Dios y, con ánimo vigilante, le desea noche y día. 27. Éste comenzará a ser iluminado en el hombre interior por la gracia de Dios y a ser conducido por el camino de la salvación. 28. Es necesario haber sido muy acosado por las tentaciones para alcanzar este primer grado. 29. Y si, incluso después de haber recibido la gracia, le asaltan las tentaciones y las tribulaciones, hay que perseverar en el bien orando a Dios continuamente. 30. Que éste no pierda el coraje y se haga indolente, sino que soporte la prueba valerosamente y persevere. 31. Porque *la caridad lo soporta todo*^a. Rápidamente la gracia de Dios rehace el camino y se instala en él.

32. »Observad, hijos míos, yo me veo obligado a deciros para vuestra edificación lo que debería mantener oculto para no enorgullecerme y ser castigado. Cristo, mi Señor, sabe que yo hablo para la gloria de Dios y para vuestra edificación. 33. Desde hace sesenta años yo llevo vida monástica y nunca me he saciado de sueño, de pan o de agua, para que pueda llegar a ser un verdadero y leal servidor y escuchar de la boca de mi Señor: 34. *Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor*^b. Sin embargo, hasta ahora, yo no soy nada comparado con el más pequeño de los servidores de Dios. 35. Antes, cuando estaba libre de estas preocupaciones, estaba constantemente atento a Dios y a mí mismo y tenía algo de crédito ante Dios».

37. Como él hablaba así, no sin cierta tristeza, uno de los hermanos le respondió en estos términos: 38. «Señor *abba*, en aquel tiempo, tú sólo te salvabas a ti mismo con la ayuda de Dios, pero ahora salvas a muchos. Y lo que pierdes por este lado, lo ganas el doble por el otro. Pues el Señor Jesús ha venido para salvar a todos los hombres». Al escuchar esto, se alegró en el Señor.

39. En otra ocasión, cuando muchos le importunaban y cada uno reclamaba su atención por muchos asuntos, el cuidado de los enfermos, los consejos al dispensero o al portero respecto a los extranjeros, los pobres, los hermanos, como era importunado, un hermano que se

a. 1 Cor 13, 7.

b. Mt 25, 21.

encontraba junto a él, le dijo: 40. «Señor, ¿todos éstos no distraen tu espíritu de Dios?». Pero él le respondió: 42. «Yo tengo confianza en la gracia de Dios. Aunque éstos fuesen muchos más, mi espíritu permanece vigilante fijo en Dios».

49

El asceta Zenón va a morir a Rufiniana

1. Cuando ya era viejo y tenía toda la cabeza y la barba blanca como la nieve —todo su aspecto era, por lo demás, venerable y edificante, propio de un sacerdote de Dios y de un padre— cuidaba una pequeña viña para que los enfermos disfrutasen de algún alivio. 2. Vino a él otro asceta, de nombre Zenón. Él le encontró en el camino en el preciso momento en que salía para la viña y le dijo: «¿Eres tú el señor Hipacio?». «Sí», respondió. 3. Y Zenón le dijo: «Yo he sido enviado a ti para que mis huesos reposen junto a ti». 4. Su apariencia era la del último de los hombres, pues, en su humildad, vestía ropas miserables, al punto que parecía un hombre del campo. 5. Hipacio le acogió. Pasó allí alrededor de diez días trabajando de una manera extrema. Cuando vio transportar un hermano difunto, se detuvo y dijo: 6. «Dios mío, concédeme también a mí, miserable, reposar aquí». El mismo día cayó enfermo y seis días después, se durmió. 7. Fueron encontrados en su saco cartas de recomendación²³¹ que revelaban que era un presbítero, pero él no lo había confesado a nadie.

50

Predicción por Hipacio de su muerte y últimos consejos

1. Tres meses después, cuando el santo Hipacio había alcanzado la edad de ochenta años y después de haber conducido bien el rebaño de Cristo durante cuarenta años y haber prestigiado el sacerdocio con su piedad, fue proclamado por Dios servidor prefecto de Cristo y muy amado. Antes de él, había entregado a Dios ochenta²³² discípulos que le precedieron.

2. Ahora bien, durante estos tres meses, nos decía: «Mis pequeños hijos, una cólera terrible amenaza al mundo y es mejor ir al Señor antes de que se produzca esta prueba²³³. 3. Vigilad, pues, por vosotros mismos. Yo ya he cumplido mi tarea. 4. Entregaos con ardor a servir con sinceridad al Señor, trabajad por vuestra salvación con temor y temblor, como habéis visto que lo he hecho yo. 5. Conservad las tradiciones que yo he recibido de Dios y que os he transmitido. 6. Porque yo tengo

confianza en Dios de que, si vosotros lleváis a cabo su obra, Dios no os abandonará. Antes bien, de la misma forma que tiene piedad de mí, tendrá piedad de vosotros. Estoy seguro también de que recibiréis con creces el salario por vuestra perseverancia y que os acogerá como a mis verdaderos hijos para que todos, con un mismo espíritu, seamos dignos de morar con los santos».

51

Muerte y sepultura de Hipacio

1. Mientras hablaba así, todos nos veíamos reconfortados y llorábamos porque veíamos que él deseaba morir. Después de estar enfermo durante cinco días, al sexto, que era domingo, dijo: «Llamad a los hermanos para que les dé la comunión. 2. Ya había entrado en éxtasis y mientras distribuía la comunión —uno le sostenía la mano—, entonó el hiposalmo²³⁴: *Venid, alegrémonos delante del Señor*^a. 3. Mientras los hermanos cantaban el salmo y recibían la comunión de su mano, lloraban todos porque se daban cuenta de que eran en realidad los ángeles quienes le acogían exultantes y, por ello, cantaban: *Venid, alegrémonos delante del Señor*.

4. Él creía ver, en efecto, algunos obispos y amigos íntimos que se acercaban para cogerle²³⁵ y en su éxtasis creía recibir bendiciones del que estaba a su lado y quería dárselas a otros, pero nadie acudía a recibirlas y el que estaba a su lado las retomaba. 5. Y todos, amigos, monjes, clérigos se juntaron y recibieron de él la bendición. 6. Él bendijo a todos, les despidió, se durmió en paz y fue a unirse a los santos Padres²³⁶. Dejó una comunidad de alrededor de cincuenta hermanos que había confiado a un sucesor²³⁷ para que les dirigiese.

7. Acudieron muchos obispos y todos aquellos que le amaban por su vida virtuosa, de manera que se formó una gran multitud del pueblo cristiano y de monjes venidos de cada uno de los monasterios. 8. Todos encendieron cirios y le despidieron piadosamente cantando salmos e himnos. Todos los que escoltaban su precioso cuerpo lloraban porque se habían convertido en huérfanos de tal padre. 9. Así pues, fueron depositados en paz sus santos despojos en un sarcófago de piedra en el venerable oratorio del monasterio dentro de la capilla donde los hermanos elevan sus plegarias a Dios. 10. Mientras era depositado, la multitud se abalanzaba sobre su lecho fúnebre para llevarse cualquier fragmento de sus vestidos como eulogía²³⁸. Uno, con un cuchillo cortaba un trozo de mortaja, otro de su túnica, otro le arrancaba algunos pelos de la

a. Sal 94, 1.

barba. Con dificultad algunos pudimos interponernos, pero no sin que muchos opusiesen gran resistencia. 11. El sarcófago lo había donado el servidor de Dios Urbicio²³⁹. 12. Junto a él reposa san Ammonio, el gran profeta del desierto, del que se dice que se mutiló una oreja para no recibir el sacerdocio²⁴⁰. Su forma de vida había sido ejemplar y le admiraban todos aquellos que aman al Señor.

13. Es así como también nosotros debemos practicar la ascesis, hermanos. Pues el Señor ensalza a los que le ensalzan y a aquellos que le sirven con autenticidad, no sólo él los registra entre los ciudadanos de su reino, sino que, de una forma magnífica, pone su forma de vida como modelo para la perfecta imitación.

52

Calamidades e invasión de los hunos profetizadas por Hipacio

1. Aún no habían transcurrido treinta días cuando, inesperadamente, una granizada asoló esta región de forma que los racimos que ya habían madurado fueron totalmente devastados por el granizo. 2. Los granizos eran como grandes piedras con una especie de ojo humano en su interior que quería decir: «Mirad lo que va a venir». 3. En efecto, en el espacio de sólo cinco meses, hubo grandes temblores de tierra que duraron algún tiempo²⁴¹. El pueblo bárbaro de los hunos, que estaba asentado en Tracia, se hizo tan fuerte que más de cien ciudades fueron tomadas²⁴² y poco faltó para que también Constantinopla estuviese amenazada y la mayoría de sus habitantes emprendió la huida. 4. Incluso los monjes querían huir a Jerusalén porque faltó poco para que los hunos se acercasen e incluso destruyesen Constantinopla. 5. Hubo tantas carnicerías y derramamientos de sangre que no fue posible contar a los muertos. 6. Los hunos tomaron las iglesias y monasterios y dieron muerte a gran número de monjes y vírgenes hasta el punto de que el mismo San Alejandro²⁴³ fue saqueado y se llevaron los tesoros y ornamentos, cosa que antes nunca había sucedido. 7. Y es que, aunque los hunos habían hecho numerosas incursiones antes de que San Alejandro fuese fortificado, ninguno había osado antes aproximarse al *martyrion*. 8. Asolaron de tal forma la Tracia que ésta aún no ha podido recuperarse y volver a ser lo que era antes. 9. Nosotros nos llenamos de admiración al comprobar que era esto precisamente lo que el santo Hipacio nos había predicho en el momento de su muerte. Pues ¿cómo podría él haberlo sabido si el Señor no se lo hubiese revelado?

La hermana de Hipacio renuncia al mundo

1. Hipacio tenía sólo una hermana que, al quedar viuda de un único matrimonio del que había tenido una hija, renunció al mundo y se entregó al servicio de Cristo. Murió ella también tres días antes que su hermano. 2. En cuanto a su hija, también ella tuvo un solo matrimonio²⁴⁴ y, después de haber tenido una sola hija, renunció también al mundo en compañía de su esposo. 3. Éste fue diácono y después murió. Ella, por su parte, se entregó a Dios de todo corazón y le servía día y noche. 4. Así pues, el santo Hipacio imitó en todo a nuestro padre Antonio, incluso en lo relativo a su hermana²⁴⁵. 5. Porque también aquél tuvo sólo una hermana, al igual que el nuestro. También, durante su vida carnal, el santo Hipacio solía decir: 6. «Sabed, hijitos, que yo he visto a nuestro santo padre Antonio en compañía de los santos Apóstoles. Él me ha abrazado, me ha dado su bendición y, después de elevar una plegaria, me ha despedido».

Visita el monasterio un amigo del asceta Zenón

1. Más tarde, llegó al monasterio un presbítero en busca de Zenón. Como nosotros le dijimos: «Nosotros no sabíamos que era presbítero», él nos respondió: 2. «Este Zenón, que vosotros tomasteis por insignificante, era el ecónomo²⁴⁶ de ochocientos hermanos. Cuando aún vivía, él me dijo —fue mi amigo en Alejandría y en el desierto—: «El Señor me ha revelado este oráculo²⁴⁷: 'Vete donde Hipacio y allí morirás; 3. y ten la seguridad de que, apenas hayas muerto y llegado a Dios, yo tomaré también a *abba* Hipacio para que te siga'». 4. De hecho, *abba* Hipacio murió, de acuerdo con el oráculo de Dios que le había sido revelado a Zenón, sólo tres meses después de Zenón. «Cuando yo llegué a este monasterio viviendo aún Zenón», siguió contando este *papas*²⁴⁸, «él me hizo una señal con la cabeza y me recomendó no decir a ninguno de vosotros que yo le conocía. El monasterio de Zenón se encontraba cerca del mar Rojo que atravesó el pueblo de Israel. Este monasterio ha sido tomado por los bárbaros. Las gentes de allí han tenido siempre a Zenón por un profeta»²⁴⁹.

55

Policronio se hace monje

1. El hermano Policronio, mencionado anteriormente²⁵⁰, que había sufrido una infección en el pie y a quien el santo Hipacio había dicho:
2. «Si te curas, hazte monje, si Dios te lo concede», se hizo efectivamente monje y siervo de Dios de acuerdo con la profecía de nuestro padre Hipacio.

56

El monasterio de Rufiniana sigue fiel a Hipacio

1. Los discípulos de Hipacio continúan sirviendo a Dios manteniendo, con un mismo espíritu, el amor mutuo y la armonía en Cristo, celebrando la memoria de su padre. Siguen sus exhortaciones poniendo todo su celo en presentarse ante Dios como obreros puestos a prueba y Dios les concede su gracia por las plegarias de los santos y de nuestro santo padre Hipacio.
2. En efecto, siguiendo las tradiciones de su padre y su conducta espiritual, ellos caminan en Cristo siguiendo los pasos de su padre. Y, formando coros espirituales, hacen elevar a Dios sus himnos, noche y día, dando gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo al que es debida toda gloria, honor y admiración, ahora y siempre, por los siglos de los siglos, Amén.

NOTAS

¹ *Scholasticos*: no parece tener aquí el sentido técnico de «abogado» u hombre de leyes, sino, más bien, hombre de letras, equivalente al latino *homo litteratus*.

² No tenemos noticias de que en esta época hubiese comunidades de monjes o ascetas en Frigia.

³ El autor pone de manifiesto que en la época en que nació Hipacio, hacia el 365, Frigia estaba escasamente cristianizada, pero que sus padres eran cristianos. Más adelante sugiere que en la época en que escribe, un siglo después, casi toda la población era cristiana. El escaso nivel cultural y moral de los clérigos rurales es un tema recurrente en la literatura de la época. Y no sólo de los clérigos: en las actas de los concilios ecuménicos del siglo V figuran algunos obispos analfabetos que ni siquiera saben firmar los documentos conciliares.

⁴ Este pasaje es oscuro y algunos piensan que el texto está alterado. Nos atenemos en la traducción a las variantes textuales propuestas por Festugière y que Bartelink ha tenido en cuenta en la edición crítica que seguimos.

⁵ La vida monástica comenzó a desarrollarse en Constantinopla en la segunda mitad del siglo IV y, efectivamente, el fundador del primer monasterio, según todas las fuentes antiguas, fue en el 381 un tal Isaac al que sucedió Dalmacio al frente del monasterio que llevó su nombre y llegó a ser uno de los más importantes de Constantinopla. Cf. Introducción.

⁶ En la Antigüedad era costumbre azotar a los niños en la escuela; es posible que, como el padre era su maestro, los azotes fueran por este motivo. En cualquier caso, la conducta del joven Hipacio no parece muy ejemplar y el autor parece intentar justificarlo con un pasaje evangélico.

⁷ *Mone*, equivalente al latín *mansio*: eran posadas o alojamientos donde pasar la noche, que salpicaban las vías antiguas cada veinte o treinta kilómetros. Por ello el término pasó a ser sinónimo del espacio recorrido en una jornada.

⁸ Estaba muy difundida la creencia de que los demonios tenían como una de las moradas preferidas los bosques y los montes. En la *Vida* aparece el término *daimon* (demonio), generalmente en plural, alternando con *diabolos*, menos frecuente y casi siempre en singular.

⁹ *Pais*: resulta un poco extraño que se le denomine «niño» pues más adelante dice que tenía ya dieciocho años. Pero puede tratarse de un número simbólico pues las letras con que se indica 18 en griego son las iniciales del nombre de Jesús. La presencia de un santo o un simple cristiano se creía que podía bastar para alejar los demonios, aunque de lo que sigue parece deducirse que los compañeros de viaje eran también cristianos. El biógrafo quiere dar a entender que el enorme poder que Hipacio tendrá contra los demonios se manifestó ya en su infancia.

¹⁰ La imagen idílica de los pastores caló mucho en la literatura antigua a raíz de la difusión de la literatura pastoril de época helenística.

¹¹ La figura del cantor existía en todas las iglesias antiguas, pues el canto de los salmos y otros poemas era un elemento muy importante de la liturgia.

¹² El vino estaba desterrado de la dieta de los monjes ascetas porque se consideraba que excitaba la lujuria y sólo era admitido como medicina. Del mismo Hipacio dirá Calínico (cap. 26) que en su vejez tomaba un poco de vino.

¹³ No tenemos otras noticias por otras fuentes de este Jonás. Se trataba de un soldado de la *schola palatina* o guardia imperial. También el Dalmacio que fundó un monasterio en Constantinopla era miembro de la guardia imperial y abandonó a su familia para abrazar la vida monástica en compañía de su hijo Fausto.

¹⁴ *Kalybe*: uno de los términos usados en la hagiografía de la época para indicar las chozas o cabañas donde habitaban los ascetas solitarios.

¹⁵ Armenia comenzó a ser cristianizada a finales del siglo III por el famoso Gregorio el Iluminador y el cristianismo caló profundamente a pesar de ser una región marginal del Imperio romano.

¹⁶ Este monasterio recibió el nombre de Halmyrissos, como se indica más adelante. Se trata seguramente, más que de los hunos, de los godos que en ésta época invadieron la Tracia presionados por las invasiones de los hunos y que después destruirán el monasterio. Los autores antiguos suelen ser imprecisos al mencionar los nombres de los distintos pueblos bárbaros.

¹⁷ Cf. Dedicatoria del editor, nota 2.

¹⁸ *Hesychia*: tranquilidad de espíritu que hace posible la vida contemplativa. Es un término muy difundido en la literatura ascética y mística de la Antigüedad para indicar la meditación en silencio que posibilita la unión con Dios.

¹⁹ Calínico quiere dar a entender que toda la información sobre esta primera etapa de la vida de Hipacio la había recibido de boca de éste.

²⁰ Así en griego (*abba*), es decir, padre, sinónimo de *higoumeno*, abad en latín: cf. nota 17.

²¹ No ha narrado antes cuándo había sido consagrado presbítero Jonás. El autor hace esta aclaración pues sólo a los presbíteros les estaba permitido ungir a los enfermos.

²² Hipacio no era presbítero, por lo que hacía en secreto la bendición sobre el enfermo. La actuación de los monjes cumpliendo funciones de los presbíteros daba lugar a problemas con la jerarquía eclesiástica.

²³ La descripción da a entender que era una reacción psicológica, pero con la colaboración divina. A lo largo de toda su vida Hipacio dará pruebas de una gran capacidad curativa en la que se mezclan los estímulos psicológicos, sus conocimientos de medicina natural y su carisma taumatúrgico. Aquí el biógrafo, quizá porque Hipacio era aún joven y no había adquirido los dones taumatúrgicos que son un carisma de los grandes ascetas, parece querer eludir los elementos milagrosos. Pero ya aparecen en la narración los principales recursos de que se servirá Hipacio en sus curaciones.

²⁴ El ayuno era una de las disciplinas fundamentales de los ascetas. El ayuno de cinco días a la semana, de lunes a viernes, era una práctica extendida especialmente en los monasterios según recuerda san Agustín (*Ep.* 36, 4) y atestiguan otras fuentes: era el denominado «ayuno semanal».

²⁵ Un dicho que circulaba entre los ascetas.

²⁶ La comparación de los combates ascéticos contra las pasiones con las competiciones atléticas es muy frecuente en la literatura ascética y hagiográfica.

²⁷ Se trata de un juicio condescendiente con el matrimonio que no compartían todos los escritores cristianos de la época. El autor introduce aquí una serie de reflexiones que interrumpen la narración.

²⁸ *Eulogía*: propiamente «bendición», *benedictio*, en latín. En origen, el pan eucarístico, pero fue adquiriendo diversos significados, como regalo, y se aplicó también a las reliquias u objetos que habían estado en contacto con los hombres santos o con su tumba. En este caso, se aplica al vino que debe beber, pues se pensaba que tenía efectos saludables como reconstituyente.

²⁹ *Kastellion*: este término se aplicará también a los monasterios en forma de fortaleza del desierto de Judea. Debe aludir a las invasiones de los godos en Tracia en el 395 (Zósimo 5, 22).

³⁰ *Parrhesia*: libertad de palabra para hablar con los poderosos.

³¹ *Illustrious*: latinismo jurídico para indicar a los altos magistrados y funcionarios de la Corte imperial.

³² Flavio Rufino, de origen galo, fue prefecto del pretorio de Oriente y favorito del emperador Arcadio desde el 392 hasta el 395 en que fue condenado a muerte por abusos de poder y malversaciones. Se distinguió por su piedad cristiana y fundó en la costa asiática un monasterio que llevó su nombre y que más adelante ocupará el propio Hipacio, tras un largo abandono. Cf. PLRE II, s.v.

³³ En la literatura hagiográfica del Oriente cristiano se convirtió en un lugar común que los monjes santos y carismáticos acudiesen a la Corte de Constantinopla para interceder ante el emperador y los poderosos y que éstos les invitasen a bendecir sus casas y su familia. Este viaje de Jonás es uno de los más antiguos que conocemos.

³⁴ Literalmente *agrammatos*, es decir, analfabeto: aquí posiblemente quiere decir no experto en letras.

³⁵ Esta narración pretende reproducir palabras textuales que Hipacio contaba a sus discípulos.

³⁶ Aquí designa con el término «archimandrita» al sucesor de Jonás al frente del monasterio.

³⁷ No está claro si este término tiene el sentido original de instruirle en la fe cristiana para recibir el bautismo o el sentido genérico de fortalecimiento en su fe, pues en el capítulo 1 dice que sus padres eran «temerosos de Dios», expresión que suele ser sinónimo de cristiano.

³⁸ Calcedonia se encontraba en la orilla asiática del Bósforo, por lo que había que cruzar el estrecho.

³⁹ O bien leguas: *semeia* es una indicación de longitud. Nos inclinamos por millas, pues el lugar a donde llegan está a 4.500 kilómetros de Calcedonia.

⁴⁰ Cf. nota 32.

⁴¹ Término con que se designaba el santuario que contenía las reliquias de un mártir.

⁴² Sobre este famoso conjunto arquitectónico, denominado Rufiniana por el nombre de su fundador, cf. Introducción. Rufino construyó también un palacio personal que Calínico no menciona.

⁴³ Al igual que los montes y los bosques, se creía que las ruinas eran una de las moradas preferidas de los demonios.

⁴⁴ Algunos manuscritos añaden: «y los campesinos son muy pobres».

⁴⁵ Hipacio expulsa al demonio del lugar mediante un exorcismo, a pesar de no ser presbítero. Como ya se indicó, la iglesia construida por Rufino estaba dedicada a los apóstoles Pedro y Pablo.

⁴⁶ Hipacio demuestra desde el primer momento su capacidad de liderazgo que ejercerá durante el resto de su vida.

⁴⁷ Hay que suponerlo, más que como los claustros de los monasterios medievales europeos, como un espacio abierto al estilo de los monasterios orientales, como, por ejemplo, los del monte Athos.

⁴⁸ La figura de las diaconisas era frecuente en esta época en Oriente: baste recordar para esta misma época a la famosa Olimpia u Olimpiade de Constantinopla, gran amiga y colaboradora de Juan Crisóstomo y sumamente rica, como parece ser el caso de la aquí mencionada y de nombre desconocido.

⁴⁹ Literalmente «cristiano».

⁵⁰ En esta época eran frecuentes los falsos monjes, generalmente ambulantes, que querían vivir de la caridad sin trabajar y cuya conducta dejaba mucho que desear: el nombre más común para denominarles era el de *gyróvagos*.

⁵¹ *Misokalos*: desde la aplicación de este calificativo al diablo por Atanasio de Alejandría en su *Vida de Antonio*, el término penetró en el vocabulario hagiográfico.

⁵² Los conflictos de autoridad eran frecuentes en las fundaciones monásticas.

⁵³ Es decir, al monasterio de Halmyrissos fundado por Jonás.

⁵⁴ La práctica de ungir o beber el aceite de las lámparas encendidas en los santuarios o sobre las tumbas de los santos para realizar milagros de curaciones será muy frecuente en las narraciones hagiográficas. La creencia de que muchas enfermedades tenían un origen diabólico estaba muy extendida y el milagro consistía en expulsar al diablo del cuerpo mediante un exorcismo.

⁵⁵ En las narraciones de milagros se pone especial énfasis en resaltar que es Dios quien realiza el milagro y que el santo es un simple intermediario. Se pretende con ello resaltar el contraste con los magos cuya eficacia taumaturgica se atribuía al diablo.

⁵⁶ Normalmente se creía que Dios concedía este carisma como recompensa por toda una vida de perfección ascética. Hipacio debía tener en este momento cerca de cuarenta años. Pero no será hasta más adelante cuando Calínico presente a Hipacio en plena posesión de estos carismas.

⁵⁷ Esto sucede en torno al año 406.

⁵⁸ Sobre Isaac y la difusión del monacato en Constantinopla y sus alrededores, véase Introducción. Murió por estas mismas fechas y todos los autores de la época le consideran el iniciador del monacato en la capital del Imperio.

⁵⁹ El autor da a entender que en estos primeros años la autoridad de Hipacio se afirmó bajo la tutela de Isaac que, por lo demás, no sabemos que hubiese participado en la fundación del monasterio de Rufiniana. Calínico atribuye todo el protagonismo a Hipacio, pero los numerosos incidentes y otros detalles parecen sugerir que no fue así.

⁶⁰ *Mone*: propiamente estación de posta, cf. nota 7.

⁶¹ Juan Crisóstomo fue obispo de Constantinopla desde el 398; exiliado en el 403, fue llamado de nuevo y enviado definitivamente al destierro en el 404, muriendo en el 407 en la lejana aldea de Cucusus en Armenia. Famoso por su oratoria y por su forma de vida ascética, se granjeó muchas enemistades por sus críticas al clero de la capital y a la emperatriz Eudoxia, esposa de Arcadio. Ello

fue aprovechado por su poderoso rival, el obispo Teófilo de Alejandría, para lograr condenarle en el conocido como «Sínodo de la Encina» del 403. Su rehabilitación y la vuelta de sus restos a Constantinopla se produjo en el 438 siendo emperador Teodosio II, hijo de Arcadio y Eudoxia. Las alabanzas de Calínico se explican por la fama de santidad de que en esta época disfrutaba Juan Crisóstomo, y porque el llamado Sínodo de la Encina en que fue condenado se reunió junto a Rufiniana. Hipacio, que se había establecido allí hacia el 400, debió de conocer personalmente al Crisóstomo y quizá fue testigo del juicio en que fue condenado y depuesto. Para más detalles, cf. Introducción.

⁶² Estaba muy extendido en la época el rechazo de la ordenación sacerdotal por los monjes, por humildad y por otros motivos. Crisóstomo era opuesto a esta idea y sabemos que con frecuencia recurrió a los monjes por consagrarles obispos y ésta fue una de las causas de las enemistades que se granjeó.

⁶³ Todas las traducciones que conozco dicen: «le mordió [al obispo] un dedo». Prefiero esta otra traducción porque eran frecuentes los casos de los monjes que se automutilaban para ser inhábiles para el sacerdocio ya que las normas canónicas impedían ordenar a personas mutiladas. Seguramente se trata de una alusión a Ammonio, uno de los monjes egipcios que habían fundado Rufiniana. Lo recuerda más adelante el propio Calínico.

⁶⁴ En el capítulo 8 pareció dar a entender que el demonio que moraba en las ruinas de Rufiniana había sido expulsado a la entrada de Hipacio. Sobre la concesión de los carismas taumatúrgicos, cf. nota 56.

⁶⁵ *Koubikularios*: término latino utilizado en el lenguaje de la administración de la *Pars Orientis*. Los *cubicularii* eran los ayudados de cámara del emperador y de la emperatriz. Eran eunucos y, por su proximidad con el poder, gozaban de gran confianza y actuaban como verdaderos validos.

⁶⁶ Urbicio aparecerá en otros pasajes de la *Vida*: en el capítulo 15 se le menciona como *Praepositus Sacri Cubiculi*, es decir, gran chambelán de la Corte o máximo responsable de la administración del palacio imperial. Debió morir a edad avanzada durante el reinado de Anastasio. Personaje bien conocido, existe amplia bibliografía sobre él. Cf. PLRE II, s.v. «Urbicius 1».

⁶⁷ Era costumbre de los monjes intensificar sus disciplinas durante la cuaresma con prácticas de un extremado ascetismo. Teodoreto, en la *Historia de los monjes de Siria*, describe los monjes reclusos que se encerraban de por vida en chozas o cuevas.

⁶⁸ Cf. *supra*, nota 62. Filoteo fue obispo de Calcedonia entre el 406 y el 431.

⁶⁹ Se trataba quizá de una hemiplejía, enfermedad que era atribuida a prácticas mágicas de origen demoníaco.

⁷⁰ *Misokalos*: cf. nota 51.

⁷¹ La idea de que los demonios disfrutaban con el humo de las víctimas ofrecidas en los sacrificios paganos se remonta a los primeros apologistas del siglo II.

⁷² A saber, *Praepositus Sacri Cubiculi*: cf. nota 66.

⁷³ Otros manuscritos dicen «por un voto».

⁷⁴ Término clásico para indicar sepulcro o cenotafio que hizo suyo el lenguaje cristiano.

⁷⁵ A saber, Teodosio II.

⁷⁶ No está claro si «hermanos» se refiere a los monjes del monasterio o a los hermanos carnales de Urbicio. Cuando escribe Calínico éste vive aún.

⁷⁷ En los monasterios solían entrar personas sin ninguna preparación y de costumbres muy rudas. Además, muchos detalles de la *Vida* parecen reflejar que el carácter y temperamento de Hipacio dejaban bastante que desear.

⁷⁸ La hora normal de la comida principal, unas tres horas después del mediodía.

⁷⁹ *Eulogia*: cf. nota 28. Aquí alude a la costumbre de bendecir el pan y la comida y al saludo de paz que acompañaba la bendición.

⁸⁰ A saber, Timoteo y Mosquio, cf. capítulo 8.

⁸¹ Flavius Monaxius desempeñó una brillante carrera política. Fue *praefectus urbi* en 408 y 409, *praefectus praetorio* en 414 y desde el 416 al 420, y *consul ordinarius* en el 419. Cf. PLRE II, s.v. «Fl. Monaxius».

⁸² La admisión de esclavos en monasterios sin permiso del dueño estaba prohibida por la legislación, por lo que Hipacio contraviene las leyes vigentes.

⁸³ Seguramente era fruto de la unión del propio Monaxio o un pariente con una esclava.

⁸⁴ Interpretación discutida: Festugière traduce «il lui avait fait donner une instruction très poussée».

⁸⁵ El autor describe con gran precisión las torturas y malos tratos a que podían ser sometidos los esclavos. Con ello Monaxio pretendía que el esclavo confesase el paradero de sus compañeros.

⁸⁶ Se trata de un milagro inspirado en Hch 16, 22 ss., que se convirtió en un lugar común literario de muchos relatos hagiográficos. Calínico quiere dar a entender que Dios está con Hipacio aunque actúe contra la ley.

⁸⁷ Pasaje muy interesante sobre las facultades curativas de Hipacio. El autor, sirviéndose de un lugar común de la hagiografía, denigra la labor de los médicos y aduce que el santo no tenía ningún conocimiento médico. Pero los recursos curativos de que se sirve son una combinación de técnicas populares y de gestos mágicos bajo forma cristiana. Ésta será la tónica de numerosos milagros curativos que se atribuyen a Hipacio en capítulos posteriores.

⁸⁸ A la saliva se le atribuía un poder curativo de tipo mágico: un precedente se encuentra en la narración evangélica de Mc 7, 32-35.

⁸⁹ Aunque del término empleado, *paralythe*, deriva paralítico, aquí no se trata de una parálisis propiamente dicha, sino de una pérdida temporal del uso de los miembros y de una epilepsia. Era una creencia muy extendida que el diablo podía entrar en el cuerpo de los hombres mediante un rayo.

⁹⁰ Hipacio en todos sus exorcismos curativos se sirve generalmente del aceite, casi nunca del agua bendita.

⁹¹ La descripción de las manifestaciones epilépticas de este poseído se asemeja mucho a las que ofrece san Jerónimo de un camello endemoniado en *Vida de Hilarión*, 14. En ese caso, el efecto del exorcismo de Hilarión se manifiesta de manera inmediata, pero en Hipacio es frecuente que se retrase varios días. Quizá los siete días no sean ajenos a los significados simbólicos y valores mágicos que se atribuyen al número siete.

⁹² Zoanés o Ioanés fue *comes sacrarum largitionum*, uno de los más altos

cargos de la corte de Constantinopla, del 429 al 431. El *magister militum* era el más alto cargo militar en cuanto responsable de todas las tropas de infantería, cargo que competía con el *magister equitum* que estaba al frente de la caballería.

⁹³ *Perierguía*: término clásico para indicar los poderes de encantamientos o hechizos de magos y brujos que, para los cristianos, procedían del diablo.

⁹⁴ Es un lugar común de los relatos hagiográficos que los santos curan gratuitamente, frente a los médicos que son acusados de actuar sólo por dinero.

⁹⁵ A diferencia del caso de Agatángelo en que el diablo había penetrado en su cuerpo mediante un rayo, en este caso había sido a consecuencia de un maleficio obrado por un mago. Era necesario conocer al autor del maleficio para poder contrarrestarlo.

⁹⁶ Hipacio recurre con los animales domésticos a la misma combinación de recursos curativos populares y gestos mágicos que hemos visto que empleaba con las personas. Era creencia generalizada que el diablo no sólo podía dañar a las personas sino también a los animales, las plantas y las cosechas. La acción benefactora de los monjes fue uno de los medios más eficaces para introducir el cristianismo en los ambientes rurales.

⁹⁷ Dalmacio, sucesor de Isaac, iniciador del monacato en Constantinopla, fue *higoúmeno* del más importante monasterio de la capital y ejercía una especie de control y supervisión de los otros monasterios. Murió en el 436. Calínico atribuye a Hipacio la sucesión de Dalmacio en este papel de «padre» de los monasterios del área de influencia en Constantinopla de lo que no hay constancia en otras fuentes.

⁹⁸ *Palaisai*: término usado para indicar los ejercicios en la palestra. El vocabulario deportivo alcanzó una gran difusión en la literatura ascética para expresar la lucha con el diablo, las pasiones, etc. Teodoreto de Ciro se sirve con gran profusión y variedad de la terminología agonística en sus *Historias de los monjes de Siria*. Calínico utiliza varios términos (*apagagon*, *agonisasthai*) en el pasaje que sigue.

⁹⁹ Calínico interrumpe aquí la narración biográfica para insertar un largo discurso que contiene lo que podemos denominar la *didaskalia*, enseñanzas y admoniciones de Hipacio. Lo había anunciado ya en el Prólogo de la obra. Más adelante (cap. 27) dirá que Hipacio había dejado al morir instrucciones por escrito. Es posible, pues, que el biógrafo reúna aquí las enseñanzas orales y escritas del santo. Se trata de unas enseñanzas poco originales, llenas de las vanalidades y lugares comunes de la literatura ascética de la época basadas en citas de la Escritura. El lector que no esté interesado puede saltarse este largo capítulo y continuar con la narración biográfica.

¹⁰⁰ *Akediasomen*: este verbo, derivado del término *akedia*, expresa el relajamiento, la indolencia, la desesperanza que el asceta podía experimentar en la práctica de la virtud y que, según todos los tratadistas antiguos, era una grave tentación en la que el monje podía caer.

¹⁰¹ Se trata de una manipulación del texto paulino que hace referencia al don de la glosolalia y que poco o nada tiene que ver con el sermón de Hipacio, sea él o no el autor.

¹⁰² *Diakrisis*, facultad que tenían muchos monjes santos de discernir y juz-

gar entre lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso para combatir con el diablo. Se suele traducir como «discernimiento de los espíritus».

¹⁰³ Cf. capítulo 10.

¹⁰⁴ La ascesis alimenticia del santo era moderada, similar a la de la mayoría de los monjes, formada fundamentalmente por legumbres. El vino estaba prohibido salvo en los casos de enfermedad o vejez. Puede compararse este régimen con el mucho más extremado que llevaban muchos monjes sirios tal como narra Teodoreto en sus *Historias de los monjes de Siria*. En general el régimen de los cenobitas era más moderado que el de los solitarios.

¹⁰⁵ El canto de los oficios con sus horas, con pequeñas variantes, se inició en las prácticas monásticas orientales de donde pasará a Occidente. Ya Cipriano de Cartago en el siglo III recurrió a este pasaje del Salmo 118 para explicar las siete plegarias cotidianas (*De orat. Dominica* 34). Juan Casiano (*Institutiones* 3, 3) repite el mismo argumento y dice que era una costumbre reciente. En la regla de Pacomio se establecían cuatro servicios al día (Paladio, *Hist. Laus.* 32, 6). Teodoreto de Ciro cuenta la curiosa historia del monje Paladio que fundó una comunidad mixta de griegos y sirios y, divididos en dos coros, se turnaban en recitar los salmos en su lengua respectiva (*Historias de los monjes de Siria* 5, 5).

¹⁰⁶ Es bien conocido el valor simbólico que los antiguos atribuían a los números, en especial al siete y también al cien.

¹⁰⁷ En todas estas narraciones, cuando el enfermo no reacciona a las plegarias y primeros cuidados del santo, ello es una señal de que es víctima de un encantamiento, por lo que resulta necesario hacer frente al diablo.

¹⁰⁸ Cuando el enfermo ha sido víctima de un encantamiento la curación requiere generalmente un cierto tiempo.

¹⁰⁹ *Dromos*, versión griega del *cursus publicus* o posta imperial.

¹¹⁰ *Hippokomos*, conductor de caballos o palafrenero: a pesar de lo que parece dar a entender el autor, no es un término popular, sino clásico.

¹¹¹ Se supone generalmente, en este tipo de narraciones, que el diablo penetra en el cuerpo del enfermo a consecuencia de algún pecado.

¹¹² Se supone que juró a la mujer que no estaba casado.

¹¹³ Esta maldición que lleva a la muerte del culpable se justifica con una cita bíblica. El santo se convierte en ejecutor del designio divino. Se trata de maldiciones que recuerdan las prácticas de magia negra y que no dejarán de plantear problemas a los teólogos bizantinos: así en la *Question 62* del Pseudo-Anastasio se plantea el tema de «si alguien provoca la cólera de un hombre santo que envía sobre su casa enfermedad, muerte o un demonio, ¿puede acudir a otro hombre santo para que levante la maldición?».

¹¹⁴ *Periergus*: uno de los términos clásicos de mago o hechicero.

¹¹⁵ Sin duda un *paredros*: los magos solían servirse de un niño como paredro o médium para realizar sus actos. También en el mundo bíblico y cristiano el niño actúa con frecuencia como instrumento divino, especialmente en las profecías. Resulta extraño que estos monjes admitiesen al niño, porque estaba prohibida su entrada en los monasterios.

¹¹⁶ Tanto Bartelink como Festugiére traducen «su hijo»: no veo motivos para considerar que el niño fuese hijo del mago.

¹¹⁷ Es frecuente la representación del demonio bajo forma de animales monstruosos. Muchos detalles de esta narración sugieren un rito de necromancia.

¹¹⁸ No se ha mencionado antes este ángel: seguramente se trata del ángel de la guarda que acompaña a todo cristiano.

¹¹⁹ Seguramente quiere decir «rizados», es decir, como los etíopes o negros bajo cuya forma era frecuente representar al diablo. Se creía que los magos tenían capacidad de movilizar y dar órdenes a los demonios.

¹²⁰ Característica de los epilépticos: se creía que la epilepsia era una enfermedad de origen diabólico.

¹²¹ Recordar que la iglesia del conjunto de Rufiniana estaba dedicada a los apóstoles Pedro y Pablo.

¹²² Todos los síntomas son de ataques de epilepsia.

¹²³ Calínico pone en boca de Hipacio un discurso en que éste expone un principio fundamental de la doctrina cristiana: la *dynamis*, la gracia o carisma en versión cristiana que tienen los santos para realizar los milagros les viene de Dios. Con ello se quería marcar las diferencias con los magos y curanderos paganos cuya *dynamis* los cristianos atribuían al diablo.

¹²⁴ Se trata de la camisa de fuerza con que tradicionalmente se ha inmovilizado a los endemoniados. Hipacio lo tenía en el monasterio para tratar estos casos que debían ser frecuentes.

¹²⁵ *Hesychos*: la *hesychia* de los monjes era el orar en silencio para alcanzar la contemplación divina: aquí el biógrafo indica que leía las Escrituras en silencio.

¹²⁶ Pasaje oscuro. Quizá el texto está corrompido.

¹²⁷ Hipacio, que había sido ordenado presbítero (cf. capítulo 13), era quien celebraba los oficios divinos para sus monjes y los fieles de la zona los domingos en la vecina iglesia de los Apóstoles. La costumbre de la misa diaria no existía en la Antigüedad.

¹²⁸ *Apolysis*: término con que se designaba el final de una reunión para la plegaria y, en el caso de la misa, la acción de gracias con que se recibe el permiso para retirarse.

¹²⁹ *Synetos*: más que inteligencia racional, la capacidad de discernir y penetrar en los espíritus, que era un carisma divino.

¹³⁰ *Prooratikos*: capacidad de profecía y de prever el futuro.

¹³¹ *Scholastikoi*: aquí no tiene el sentido técnico de «abogado», sino el de persona culta o, como indica después, experta en la retórica y la filosofía. La mayoría de los monjes eran incultos y analfabetos, por lo que los instruidos debían ser una excepción.

¹³² Calínico expone aquí el lugar común de la literatura hagiográfica de que la sabiduría de origen divino es muy superior a la mundana. El modelo aparece en la *Vida de Antonio*, donde Atanasio presenta al monje casi analfabeto dando lecciones a un grupo de filósofos. Retórica y filosofía eran casi conocimientos sinónimos en esta época.

¹³³ Para los autores cristianos de esta época el paganismo se reduce a la idolatría, el culto a los ídolos que son generalmente los de tipo naturalista encarnados en dioses del pasado.

¹³⁴ Tanto en Oriente como en Occidente estaba muy extendido el culto a los árboles o a los bosques sagrados. El fuego se consideraba el elemento purificador por excelencia tanto de objetos de culto como de escritos heréticos o de carácter mágico. Los monjes fueron los principales agentes de la cristianización de los ambientes rurales, recurriendo con frecuencia a medios violentos. Pero muchas de las supersticiones que combatían quedaron incorporadas a las creencias cristianas.

¹³⁵ Cf. capítulo 42: *pneumatikos pater*: la idea de la paternidad espiritual se remonta al Nuevo Testamento y en el monacato se generalizó el término para indicar al *abba* o al *higoúmeno* que funda o dirige una comunidad monástica.

¹³⁶ Expresión que indica el oficio divino, *opus dei* en la *Regla* de san Benito.

¹³⁷ Los castigos corporales eran frecuentes en los monasterios.

¹³⁸ Juego de palabras en que relaciona el término *hypatos*, cónsul en griego, con su nombre *hypatios*. El simbolismo de los nombres de los santos se convirtió en un lugar común de la literatura hagiográfica.

¹³⁹ Su propio ángel de la guardia, como seguramente en el capítulo 28; cf. nota 118.

¹⁴⁰ Las hambrunas cíclicas eran un fenómeno crónico en el Mediterráneo, pero solía ser la población de las ciudades la más afectada. Sin embargo, Hipacio se movía en un ambiente rural.

¹⁴¹ En origen este término indicaba el santuario donde estaban depositadas las reliquias de un mártir, pero con el tiempo pasó a ser sinónimo de iglesia. Era frecuente que personas ricas y famosas intentasen construir iglesias en sus propiedades y que, en este caso, fueran atendidas por monjes de Rufiniana. La jerarquía eclesiástica ponía obstáculos para autorizar estas iglesias que escapaban fácilmente al control de los obispos.

¹⁴² Máxima autoridad militar del Imperio de Oriente, será cónsul en el 429.

¹⁴³ No resulta clara la información que Calínico proporciona. Nestorio, que era un monje de Antioquía, famoso por sus cualidades oratorias, fue llamado a Constantinopla por expreso deseo del piadoso emperador Teodosio II. No se conoce por otras fuentes el protagonismo que se atribuye al *magister* Dionisio, ni a quién va dirigida la expresión «ciertos laicos»: posiblemente es una velada alusión a Teodosio, aunque era norma que el emperador tuviese un importante protagonismo en el nombramiento de los obispos de la capital del Imperio. La entronización de Nestorio en Constantinopla tuvo lugar el 10 de abril del 428.

¹⁴⁴ Se trata de un caso evidente de lo que se conoce como profecía *post eventum*, pues Calínico escribe después de que hubiesen ocurrido los hechos. Efectivamente Nestorio fue condenado en el concilio de Éfeso en junio del 431.

¹⁴⁵ Presente en vez de futuro, como es frecuente en las profecías.

¹⁴⁶ En su viaje de Antioquía a Constantinopla.

¹⁴⁷ Expresión despectiva por vidente o profeta.

¹⁴⁸ Se trata de la costumbre que ya existía en esta época en Constantinopla y otras ciudades de Oriente de incluir el nombre del obispo actual y de los difuntos en los oficios litúrgicos. Hipacio obró en contra de las normas eclesiásticas al tomar por su cuenta una medida como ésta.

¹⁴⁹ Obispo de Calcedonia del que dependía el monasterio de Hipacio y que, por lo tanto, era su superior jerárquico.

¹⁵⁰ El texto puede indicar «sin saber las consecuencias» o «sin saber cómo va a terminar el asunto».

¹⁵¹ Éfeso era la ciudad del evangelista Juan, donde, según la tradición, habría muerto y existía una basílica a él dedicada que engrandecerá y enriquecerá Justiniano. En esta ciudad se reunió el concilio que condenó a Nestorio en el 431.

¹⁵² A saber, Teodosio II (408-450).

¹⁵³ Se trata de un lugar común en las narraciones hagiográficas para constatar la veracidad de las visiones proféticas.

¹⁵⁴ La versión real de los hechos está muy simplificada y llena de anacronismos. Sobre las circunstancias que explican esta versión que ofrece Calínico, cf. Introducción. En cualquier caso, la actitud que se atribuye a Hipacio no es nada ejemplar pues se enfrenta a los obispos que eran sus inmediatos superiores, el de Calcedonia y el metropolitano de Constantinopla. Los monjes jugaron un enorme protagonismo en la condena de Nestorio y el concilio de Calcedonia del 451 aprobará diversos cánones para someter a los monjes a la autoridad de los obispos.

¹⁵⁵ Fue *praefectus urbi* de Constantinopla en el 434 y 435: cf. PLRE II, s.v. «Leontius 9».

¹⁵⁶ Los *Olimpia* o Juegos Olímpicos era la denominación que recibían las competiciones deportivas, teatrales y musicales que se celebraban en época tardía del Imperio en muchas ciudades de Oriente.

¹⁵⁷ La información no es correcta: los auténticos juegos de Olimpia perduraron al menos hasta finales del siglo IV en época de Teodosio I. Constantino y otros emperadores cristianos lo único que intentaron suprimir, sin éxito, fueron los juegos de gladiadores.

¹⁵⁸ Desde los primeros tiempos los cristianos condenaron los juegos y espectáculos por sus vinculaciones con cultos paganos. En realidad, en esta época esta vinculación había desaparecido y las condenas se debían más bien a razones morales.

¹⁵⁹ Cf. *supra* nota 149.

¹⁶⁰ Hipacio evoca viejas circunstancias de las torturas de los cristianos en los lugares de espectáculos y el deseo de morir allí como los antiguos mártires. Los monjes fueron siempre los luchadores más radicales contra todo tipo de reminiscencias paganas.

¹⁶¹ Se trata de un tema frecuente en la hagiografía monástica: los obispos se someten a los monjes santos.

¹⁶² Seguramente aquí indica un abogado o funcionario experto en leyes de la Corte de Constantinopla.

¹⁶³ Cf. nota anterior.

¹⁶⁴ En esta época, especialmente entre las personas instruidas, era frecuente aplazar el bautismo.

¹⁶⁵ *Eleuthera*: es decir, que vivía en el mundo y no en una comunidad monástica.

¹⁶⁶ *Xenidion*: casa de huéspedes o alojamiento para viajeros. Era frecuente que los monasterios contasen con una instalación de este tipo.

¹⁶⁷ Este dato y lo narrado sobre el obispo Eulalio confirman un dicho que corría entre los monjes de la época: «El monje debe huir de los obispos y de las mujeres».

¹⁶⁸ *Eulogiai, benedictiones* (bendiciones) en latín: con este término se hace referencia a los pequeños recipientes de barro o metal que enviaban los fieles para que fuesen rellenos de aceite o agua bendecidos o que habían estado en contacto con un santo por los efectos milagrosos que se les atribuía.

¹⁶⁹ Esta descripción de la popularidad del santo en vida parece inspirarse en lo que Teodoreto de Ciro dice de Simeón el Estilita en las *Historias de los monjes de Siria* 26, 11.

¹⁷⁰ Desde Teodosio I, abuelo de éste, los emperadores demostraron gran admiración hacia los monjes a los que consultaban y solicitaban sus consejos y predicciones. Teodosio II se distinguió por su piedad —el historiador Sócrates dice que convirtió el palacio imperial en un monasterio— y estuvo muy influido durante su largo reinado por los monjes.

¹⁷¹ Se refiere a Pulqueria, Arcadia y Marina, hijas, como Teodosio II, de Arcadio y Eudoxia. Las tres se distinguieron también por su piedad y permanecieron vírgenes (Pulqueria se casará con Marciano tras la muerte de Teodosio y será Augusta).

¹⁷² Se trata del palacio de Rufiniana que, tras la condena a muerte de Rufino, pasó a ser propiedad imperial.

¹⁷³ Cf. capítulo 35.

¹⁷⁴ Es decir, agua bendecida por el santo.

¹⁷⁵ En este caso la eulogía debía ser un objeto perteneciente al santo o que había estado en contacto con su cuerpo y que actuaba como amuleto.

¹⁷⁶ Nestorio fue desterrado por el emperador Teodosio II después del concilio de Éfeso del 431, primero a Petra en Arabia en el 434, y poco después, en el 435-436, al gran oasis en Nubia, pero tenía muchos partidarios entre los obispos orientales y sus enemigos temían que el emperador cambiase de opinión y fuese llamado.

¹⁷⁷ Se trata de una especie de profesión de fe de Hipacio contra la doctrina de Nestorio. Según la tradición, el concilio de Éfeso del 431 había proclamado el dogma de María *theotokos* (madre de Dios), lo cual es falso. Nestorio defendía que a María debía denominársele con más propiedad *Christotokos* (madre de Cristo), lo que aprovecharon Cirilo de Alejandría y sus seguidores para acusarle falsamente de negar la divinidad de Cristo: de ahí la proclamación del dogma trinitario que hace Hipacio.

¹⁷⁸ Se trata de la única mención de María en toda la *Vida*: la devoción a María no aparece en la espiritualidad de Hipacio y estaba escasamente difundida en los pensadores cristianos de esta época, lo que no fue óbice para que Cirilo de Alejandría se aprovechara de los sentimientos populares y de ciertos monjes para hacer condenar a Nestorio.

¹⁷⁹ *Kamaliskos*, que parece ser idéntico a peroné.

¹⁸⁰ Se trata de un milagro combinado con prácticas quirúrgicas, algo que es frecuente en las narraciones hagiográficas. De todas formas, no resulta fácil comprender en qué consistió exactamente la operación quirúrgica.

¹⁸¹ *Oryge*, medida de 6 pies (1,776 m). El término *lakkon* puede significar

pozo o cisterna: por el contexto de la narración me parece más apropiado el primero.

¹⁸² *Scrinarios*: término latino helenizado; eran los miembros de los *scrinia*, los oficios de los altos funcionarios, en este caso un prefecto que no se especifica.

¹⁸³ *Xenodochos*: los *xenodochia* eran casas para albergar a extranjeros, enfermos, huéspedes, etc. En época cristiana alcanzaron gran difusión y muchas iglesias y monasterios tenían albergues y hospitales de este tipo. En este caso, no parece que el funcionario se hiciese cargo del de Rufiniana sino que él fundó uno personalmente con los ahorros de su cargo de funcionario.

¹⁸⁴ *Strateia*: en esta época se designa con este término proveniente del mundo militar todos los servicios civiles de la administración. Por ello no comparto la traducción de Festugière «campagne militaire».

¹⁸⁵ Se trata de famoso Alejandro Acemeta, originario de Siria, que tuvo gran protagonismo en la vida de Constantinopla en los primeros años del siglo V; cf. Introducción.

¹⁸⁶ Esto sucedió seguramente en el 428 a raíz del decreto de C. Th. XVI, 5, 65 que condena diversas sectas como los mesalianos y euquitas por sus excesos asociados a la herejía y a las que se asimiló a Alejandro y sus seguidores.

¹⁸⁷ Se trata de Eulalio con quien Hipacio mantuvo otros enfrentamientos con motivo de la predicación de Nestorio y de la organización de los juegos en Calcedonia (cf. caps. 32 y 33). Este enfrentamiento es anterior al que tuvo con motivo de Nestorio, pero Calínico no sigue un orden cronológico.

¹⁸⁸ *Dekanoi*, latín *decani*: porteros o guardianes, en este caso de los santuarios de los mártires.

¹⁸⁹ Esta extraña mezcla de personas de distinta condición social aparece con frecuencia en los motines de las ciudades de la época como gentes manipuladas por las autoridades civiles y eclesiásticas. Los dos mulos iban, sin duda, destinados a los dos archimandritas, Alejandro e Hipacio.

¹⁹⁰ Creo que éste es el significado de *amphoterói* frente a las traducciones que proponen Bartelink o Festugière.

¹⁹¹ *Dekanos*: cf. nota 188: en este caso se trata de los funcionarios del palacio imperial que hacían tareas de porteros, mensajeros, etcétera.

¹⁹² Se trata de la esposa o alguna de las hermanas de Teodosio II: todas se distinguieron por su gran afecto hacia los monjes y visitaban a Hipacio.

¹⁹³ *Akoimetoí*, «no durmientes», nombre con que será conocida esta comunidad de Alejandro: se distinguió porque importó de Siria un nuevo régimen monástico caracterizado por el mucho tiempo dedicado a la plegaria, su extrema pobreza y el poco trabajo manual. El nuevo monasterio fue fundado en Gomón, al extremo del Bósforo. Alejandro murió allí hacia el 430. El tercer sucesor, Marcelo, volverá a establecerse en Constantinopla donde su comunidad alcanzará un gran prestigio.

¹⁹⁴ *Parallaxia*: cf. capítulo 22: *paraplexia* y nota 89. Estos términos expresan las alteraciones físicas y psicológicas que el demonio producía a través de la práctica de la magia.

¹⁹⁵ Esta larga historia de Macario puede tomarse como indicio de lo similares que eran los estímulos, actitudes y creencias de monjes como Hipacio y los magos paganos.

¹⁹⁶ Resulta un tanto sorprendente que los monjes, que no bebían vino, cultivasen viñedos, pero en el capítulo 49 dice que estaba destinado a los enfermos. El vino era considerado una medicina en la Antigüedad.

¹⁹⁷ La distribución de tareas en las comunidades cenobíticas aparece muy pronto en los monasterios egipcios y está muy bien definida en la primera regla conocida, la de Pacomio, a comienzos del siglo IV. Como tantos otros elementos del monacato fue tomado del Oriente por los legisladores occidentales como san Benito de Nursia. En este capítulo Calínico aprovecha la historia de Macario para hacer una exposición de la regla que regía en Rufiniana.

¹⁹⁸ Los monjes solían aprender de memoria todo el salterio, aunque fuesen analfabetos, que era el caso de la mayoría.

¹⁹⁹ *Paraplexia*.

²⁰⁰ Las apariciones del diablo como Cristo para engañar a los ascetas es un lugar común de la hagiografía.

²⁰¹ *Diakrisis*: capacidad de discernir lo bueno de lo malo que Dios concede al monje humilde y vigilante.

²⁰² *Antartes*: término aplicado especialmente al diablo y al anticristo.

²⁰³ Como un endemoniado.

²⁰⁴ La enfermedad como castigo divino era una idea muy extendida.

²⁰⁵ Hay que leer entre líneas para interpretar esta historia. Los conflictos de autoridad eran frecuentes en los monasterios, especialmente cuando el fundador o el padre espiritual se acercaba a la vejez, como en este caso. Por otro lado, los excesos en el ascetismo solían provocar demencias, que, en este caso, se atribuyen a su vida anterior entre magos y al orgullo para sacar una conclusión edificante para los lectores. También subyace en la narración la idea de que los monjes tenían la tentación de creerse superiores a los obispos y poner a éstos bajo su autoridad, como hizo varias veces el propio Hipacio.

²⁰⁶ La presencia del diablo se caracterizaba por el mal olor, a diferencia de los santos que expiden buen olor: de ahí procede el dicho «morir en olor de santidad».

²⁰⁷ Ya desde la prehistoria aparece atestiguado el cinturón como instrumento mágico. En esta época, los fieles recurrían a los cinturones de los monjes como amuleto taumatúrgico. Artemis o Diana era considerada diosa protectora de la magia y la *Vida de Hipacio* ofrece rica información al respecto: capítulo 45.

²⁰⁸ El quemar o arrojar al barro o a las letrinas se consideraba la forma más eficaz de destruir los objetos mágicos y purificarse de su contacto. Este pasaje puede compararse con uno de la *Vida de Porfirio de Gaza*, 71, de Marco el Diácono, en que el obispo ordena arrojar a las letrinas los textos mágicos encontrados en las casas de Gaza.

²⁰⁹ *Peri ergá*: todo lo relacionado con los *peri ergoi*, los magos. El libro hace referencia a los escritos, generalmente en papiro, que contenían las fórmulas e imprecaciones mágicas.

²¹⁰ Seguramente para denunciarle a las autoridades pues la magia era un delito duramente penado por las leyes.

²¹¹ Hipacio se toma la justicia por su cuenta.

²¹² *Presbyteroi*: a diferencia de la mayoría que traducen «ancianos», creo

que se trata de los presbíteros de la aldea donde vivía: la connivencia en ambientes rurales entre clérigos y magos era frecuente.

²¹³ Extraño caso que parece aludir a la existencia de una especie de asociación o comunidad pagana semejante a las monásticas. Trombley (*Hellenic Religion and Christianization* (c. 370-529), Leiden, 1990) dice que se trata de una comunidad que «is difficult to understand and has no parallels». En cualquier caso, esta historia y otras muchas demuestran lo poco aplicable que era la legislación de los emperadores cristianos prohibiendo los cultos paganos.

²¹⁴ Quizá, bajo esta descripción de la venganza divina se oculta una denuncia a las autoridades civiles pues los monjes fueron los principales perseguidores de los cultos paganos, especialmente en los ámbitos rurales.

²¹⁵ Eran mujeres de alto rango que atendían las habitaciones privadas (*cubicula*) de la emperatriz.

²¹⁶ Alto funcionario de la corte: los *comites*, de donde el español «conde», formaban la «comitiva» imperial.

²¹⁷ Cf. *supra* nota 31.

²¹⁸ Seguramente a una iglesia herética, pues, cuando se trata de paganismo, Calínico no lo oculta, y por lo que dice a continuación. La anécdota demuestra que los herejes no tenían escrúpulos en acudir en busca de curación a santuarios de otra confesión religiosa: los milagros de Cosme y Damián en Constantinopla testimonian varios casos.

²¹⁹ Acepto la corrección de Festugière: *tanto* por *auto*, y por lo tanto me separo de la traducción de Bertelink.

²²⁰ Resultan extrañas estas elucubraciones del autor sobre la capacidad de curar de Dios o de los santos, pues Hipacio realiza varias curaciones de epilépticos, una enfermedad muy frecuente.

²²¹ Actual Riva, pequeño río que desemboca en el mar Negro junto a las bocas del Bósforo.

²²² *Calathos*, latin *modius*, una especie de sombrero en forma de cesto con que se representaba a Artemis y otras diosas. Artemis era una diosa apotropaica, protectora de los viajeros y, en general, de los hombres durante toda su vida: una especie de ángel de la guarda. Era muy venerada en Éfeso y otros lugares de Asia Menor y era considerada también protectora de la magia.

²²³ Me separo de las traducciones de Batelink y Festugière.

²²⁴ Éste y otros muchos pasajes demuestran lo arraigadas que pervivían las supersticiones paganas a mediados del siglo V.

²²⁵ Las diosas hilanderas eran símbolo de la fertilidad, como lo era también Artemis.

²²⁶ Se creía que los cerdos podían ser personificación de los demonios: baste recordar Mc 5, 13, donde se dice que entraron en una piara de cerdos.

²²⁷ No confundir con el Olimpo de Grecia. Había otro Olimpo en Bitinia, cerca de la capital, Prusa. El lugar está a unos doscientos kilómetros al sur de Rufiniana. No se nos dice el motivo de tan largo viaje a un monasterio de la región.

²²⁸ Este milagro recuerda la práctica del «círculo mágico», muy extendida en la Antigüedad y que es atestiguada también en algunos textos hagiográficos cristianos: se trataba de trazar un círculo con el que se quedaba inmunizado

de la lluvia, el granizo, el fuego, etc., y recuerda ciertas manifestaciones de chamanismo.

²²⁹ Según la interpretación tradicional, lo que caracteriza a la magia es que el mago pone a los demonios a su servicio: Calínico, una vez más, intenta marcar las diferencias entre la actuación de los magos y la de Hipacio.

²³⁰ Calínico introduce aquí, de nuevo, una engorrosa *didaskalia* o reproducción de las enseñanzas de Hipacio, compuesta, en parte, sólo de citas bíblicas. Al igual que dijimos respecto a la del capítulo 24, el lector interesado sólo por la narración hagiográfica puede prescindir de ella.

²³¹ *Systatika*: en la Iglesia antigua se había extendido la costumbre de que, cuando un obispo o clérigo iba de viaje, fuese provisto de escritos que probaban su condición para ser acogido como correspondía allí donde acudiese o tuviese que alojarse. Ello se explica porque los clérigos no vestían hábitos especiales que revelasen su condición.

²³² Quizá un número simbólico: un discípulo por cada año de su vida.

²³³ La predicción de los sucesos que seguirán a la muerte de un santo se convirtió en un lugar común de la hagiografía. De todas formas, la profecía de Hipacio presenta ciertos tintes milenaristas y apocalípticos, pues el milenarismo estaba extendido en ciertos ambientes cristianos.

²³⁴ Comienzo de un salmo que era repetido.

²³⁵ Esta visión no difiere mucho de la del desgraciado Macario del capítulo 42.

²³⁶ Hipacio murió el 30 de junio del 446.

²³⁷ Es posible que éste sea el propio autor de la *Vida*, Calínico; cf. Introducción.

²³⁸ Se creía que cualquier objeto que hubiese estado en contacto con un santo o hubiese sido bendecido por él era una reliquia que tenía efectos taumátúrgicos para el portador: estos objetos recibieron el nombre de *eulogiai*, *benediciones* en latín. Teodoreto de Ciro en su *Historia de los monjes de Siria* describe varios casos similares.

²³⁹ Sobre este personaje, cf. capítulo 12.

²⁴⁰ Uno de los llamados «hermanos largos» que habían fundado la primera comunidad pacomiana en Rufiniana: cf. Introducción y nota 62.

²⁴¹ Esta zona de Bitinia era y es muy propensa a los seísmos.

²⁴² Los hunos con Atila al frente invadieron en esta época todo el territorio de los Balcanes llegando hasta Grecia: las fuentes contemporáneas hablan de setenta ciudades destruidas.

²⁴³ Se trata de un santuario próximo a Constantinopla.

²⁴⁴ Las segundas nupcias estaban mal consideradas en la Iglesia antigua, por eso se resalta que tanto la madre como la hija fueron «monógamas».

²⁴⁵ La popularidad que alcanzó la *Vida de Antonio* escrita por Atanasio de Alejandría determinó que el santo ermitaño se constituyese en modelo a imitar por todos los monjes.

²⁴⁶ De acuerdo con la regla de los monasterios pacomianos de Egipto, el responsable de toda la organización material del monasterio.

²⁴⁷ *Chresmon*: resulta anormal la utilización de este término, «oráculo», de tradición pagana, pues los autores cristianos normalmente se sirven del término bíblico «profecía» y es el que utilizará Calínico en los pasajes que siguen.

²⁴⁸ *Papas*, «padre»: término de origen egipcio que en esta época se aplicaba a los sacerdotes y, en especial, a los obispos. En Occidente terminará por ser aplicado sólo al obispo de Roma.

²⁴⁹ Calínico intenta con estas anécdotas y profecías poner de relieve la santidad de Hipacio. La narración parece inspirada en las novelas de aventura de la época.

²⁵⁰ Cf. capítulo 44.

ISBN 978-84-9879-035-1



9 788498 790351